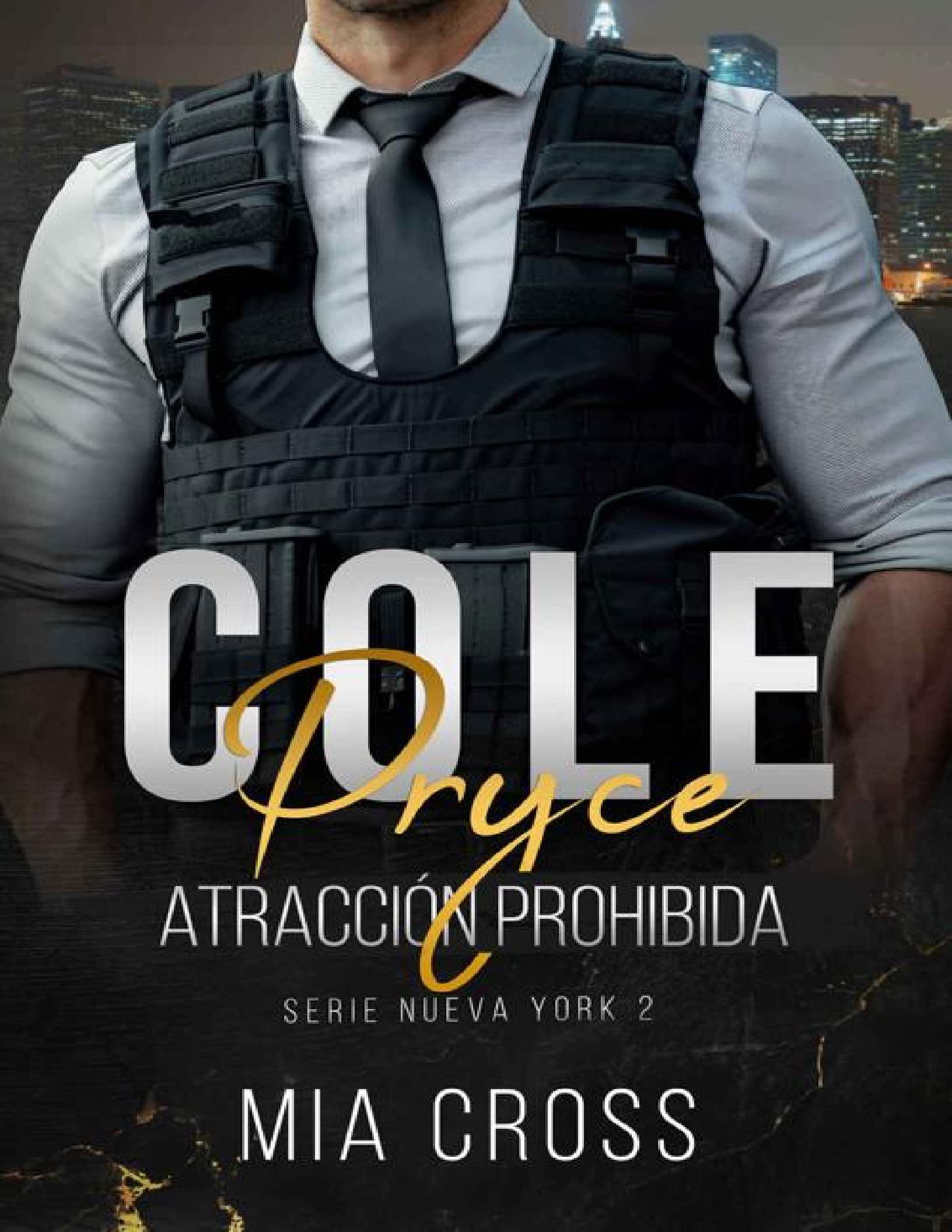

COLE
Pryce
ATRACCIÓN PROHIBIDA
SERIE NUEVA YORK 2
MIA CROSS


COLE
Pryce
ATRACCIÓN PROHIBIDA

Título: *Cole Pryce. Atracción prohibida – Serie Nueva York - Libro 2*
Autora: *Mia Cross.*
Género: Romance erótico / Suspenso romántico.
Primera edición: Abril, *2025.*
Edición, Corrección y Maquetación: *Mia Cross.*
Diseño de Portada: *Calice Libros.*
ISBN: 9798319479686

Prohibida su venta y distribución sin autorización expresa.

Descubre lo que sigue: contenido exclusivo para lectores curiosos.



Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y eventos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.
Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio, sin el permiso por escrito de la autora, excepto en casos de breves citas utilizadas en reseñas o críticas literarias.

Sinopsis

Cole:

Ella es diferente. Utiliza el sarcasmo tanto en ataque como en defensa, pero su arma letal es la sonrisa.

Kate Martins esconde un secreto que la atormenta y, mientras busca respuestas, se va metiendo en mi cabeza, enredándose en mis pensamientos y alejando mis pesadillas.

Ya tengo suficientes fantasmas en mi complicada vida, no puedo sumarle el duelo sin sanar que ella carga, ni la sombra de su ex. Pero cuanto más intento mantenerla alejada, más fuerte se vuelve el deseo de tenerla a mi lado, es como un fuego que amenaza con consumirme.

Kate:

Es terco, irónico y lleva sus cicatrices como si fuesen medallas.

Cole Pryce no confía en nadie, y mucho menos en mí. Es un enigma que debo resolver si quiero obtener las respuestas que busco. Más me acerco a él, más cuenta me doy de que no soy la única que oculta cosas.

Con susurros y miradas cargadas de tensión, inventamos un juego de seducción que nos costará caro, no obstante, ya estoy demasiado involucrada para dar marcha atrás.

Entre secretos inconfesables y sombras del pasado, nace una atracción prohibida.

Prepárate para descubrir que cuando los secretos se entrelazan con la pasión, la verdad se convierte en un arma de doble filo.

Índice

Sinopsis
Índice
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Epílogo.
Gracias a…

Mia Cross
Mantengamos en contacto

Bienvenida al universo de Mia Cross, un lugar donde el amor, el peligro y las sorpresas siempre están a la vuelta de la esquina.

Prólogo

Me ajusto el chaleco antibalas por última vez y reviso la carga de mi arma. Llevo la corredera hacia atrás, dejando una bala lista en la recámara, y aseguro el rifle en su sitio. Hago una seña al equipo para que se dispersen, cada uno en su posición.

No voy a permitir errores. No esta vez.

Han sido días de cacería, de seguir rastros apenas perceptibles, de noches en vela con la esperanza de que esta vez consigamos cerrar el maldito caso de una vez por todas.

La denuncia fue el hilo que nos condujo hasta aquí, hasta este almacén, donde pondremos fin a su persecución.

—Sin disparos —ordeno con voz firme.

No quiero que ningún cabrón tenga la excusa de morir antes de cantar. Nos van a decir hasta lo que cenaron anoche.

Vamos a entrar en su madriguera, un agujero de mala muerte en medio de la nada, el refugio donde se escondieron.

—Entramos —aviso. Y avanzo con el rifle pegado al hombro, el ojo en la mira y la respiración medida.

Es hora de terminar esto.

Capítulo 1



Un mes y medio antes.

Hace mucho que no me sentía tan jodido. Y no solo por las heridas, que arden como el infierno y duelen como si me hubieran pateado los huevos. No, esto va más allá. Es el peso en el pecho, el cansancio acumulado de meses de mierda y los recuerdos que no me dejan en paz.

Intento moverme, buscar una posición que duela menos, pero apenas lo hago, veo estrellas. Mi cuerpo es un desastre y mi mente no está mucho mejor.

—Joder… —murmuro entre dientes.

—Quédate quieto o se te abrirán los puntos —espeta la enfermera sin mirarme, con ese tono de autoridad que parece reservado solo para mí.

No sé por qué le caigo tan mal, pero tampoco me importa demasiado. Lo que sí agradezco son las vistas, porque está buenísima.

—Me encanta ese tono dulce que tienes para pedir las cosas —respondo con ironía.

—Deberías conocerme enfadada —contesta sin inmutarse—. Mueve el culo.

No espera a que lo haga por mi cuenta. Tira de mi brazo bueno y me ayuda a acomodarme en la cama con una fuerza sorprendente para su tamaño. Contengo un gruñido cuando la herida arde como mil demonios. No le voy a dar el gusto.

—¿Cuándo me toca el analgésico? —pregunto, cerrando los ojos.

—En dos horas —dice mientras manipula la máquina que mide mis signos vitales—. Intenta dormir.

—Inyéctame un sedante entonces —bufo.

No puedo ni cerrar los ojos con este dolor. Las pesadillas tampoco ayudan.

—Hay pacientes peor que tú. Deja de hacerte el mártir y no toques más el botoncito para llamarme. ¿Lo entiendes así o te hago un dibujo?

—Joder, qué dulce eres. ¿Te quieres casar conmigo?

Me lanza una mirada que podría congelar el infierno y sale murmurando algo que no alcanzo a oír. Suelto una carcajada mientras me entretengo con el contoneo de su cadera, aunque me cuesta un tirón en la herida.

Ni reírme puedo. Esto no es vida.

Volviendo a la enfermera, algo esconde detrás de ese sarcasmo afilado. Nadie es así por gusto. Sé de lo que hablo.

Intento agarrar el vaso de agua en la mesita y gruño de impotencia. El proyectil entró y salió sin tocar órganos vitales, pero los puntos internos son un maldito infierno. A eso le sumo el hombro dislocado y otra bala que me rozó la pierna, desgarrando el músculo. Estoy hecho mierda. Al menos, la misión fue un éxito… aunque el arresto del cabrón fue un desastre. Se lo merece por lo que hizo.

Unos golpes en la puerta me sacan de mis pensamientos. Y espero que del aburrimiento.

—¿Cómo has amanecido? —pregunta Luke.

Desde que estoy ingresado, no ha dejado de venir.

Pasé meses sin verlo mientras trabajaba encubierto. En esos casos, mi vida personal queda completamente fuera de escena; hasta mi nombre desaparece. Me tocó interpretar a un verdadero grano en el culo, alguien que buscaba problemas con cualquiera que se cruzara en su camino. Irónicamente, ese papel, tan opuesto a quien soy en realidad, terminó divirtiéndome más de lo que esperaba. Hasta que acabó conmigo en esta cama.

Yo soy un tipo tranquilo, de los que prefieren mantenerse al margen de la vida de los demás. No tengo necesidad de imponer mi punto de vista ni de buscar enfrentamientos o discusiones para sentirme válido. Me gusta conversar, debatir ideas, encontrar puntos en común. Aquel personaje era todo lo contrario: impulsivo, ruidoso, siempre en la búsqueda de probar su verdad y molestando a cualquiera que se pusiese delante. Admito que, a pesar de lo agotador que fue, hubo momentos en los que me lo pasé bien viviendo como alguien tan distinto a mí. Quizá, en el fondo, fue un respiro de quien suelo ser.

—¿Qué ha pasado? —indago, al ver la mugre del uniforme de bombero de mi amigo.

—Accidente en la autopista. Un chaval quedó atrapado, pero lo sacamos de entre las chapas. Salió sin un rasguño, ¿puedes creerlo? Tuvo suerte. Y tú, ¿cómo vas?

Me encojo de hombros. Conozco a Luke desde que éramos críos. Siempre fuimos tres: él, Mike y yo.

«Ese maldito día… si hubiese sido más rápido, si hubiese tomado otra decisión…»*.*

—¿Y el golpe en la cabeza? —pregunta. Eso me saca del recuerdo.

—Es lo que menos duele. No puedo ni moverme, Luc. Creo que estaría mejor si me hubiese caído de un primer piso.

—No sabes lo que dices. Eso sí que duele, te lo digo por experiencia. Una vez salté desde un segundo para huir de un incendio y creí que me partía en dos —comenta, y se sienta en un pequeño silloncito.

—No puedo competir contigo —murmuro con una sonrisa cansada.

—Si lo sabes, deja de quejarte —bromea—. Ven a mi casa cuando salgas de aquí.

—No, gracias. No hay nada como el hogar de uno. Mis mierdas son mías y debo tragármelas solo. Sabes que se me pasará en unos días… hasta que me den otra misión.

Él me estudia en silencio. Sabe que mi humor es muy negro cuando no estoy trabajando y mis pensamientos se van tiñendo del

mismo color mientras estoy inactivo. El aburrimiento despierta mis pesadillas si no tengo en qué pensar.

—Esto no serán solo unos días, C —comenta, pero prefiero hacer oídos sordos.

—Tengo que bañar al paciente —sentencia la enfermera, entrando sin golpear.

—Cualquier cosa, ya sabes… me llamas —murmura Luke, palmeándome el hombro antes de salir.

—Es inofensiva —bromeo—. Dicen que perro que ladra, no muerde.

Luke entiende lo que quiero decir, pero no agrega nada. Nos deja solos.

—¡Vaya! ¿Así, sin aviso? Me gustan las chicas que toman la iniciativa —comento cuando la enfermera corre la sábana que me cubre hasta la cintura.

Me clava los ojos y entrecierra los párpados. No hace falta que hable. Su mirada lo dice todo: «cállate y déjate».

—Estira el brazo —ordena.

¿Eso ha sido un repaso de pies a cabeza o me lo parece a mí?

Me masajea con una esponja húmeda y jabonosa en silencio. El alivio es inmediato. Suspiro sin poder evitarlo.

—Qué bien lo haces —balbuceo, disfrutando más de la cuenta.

Cuando estoy así de vulnerable, dolorido y atrapado en mis demonios, necesito contacto. Un contacto que no recibo.

No lo dejes por esto, C. Hazlo por los dos.

La voz de Mike se distorsiona con el tiempo y me aterra olvidarla. Lo que no puedo obviar es el hecho de que le prometí que no lo dejaría. Por lo que sigo. Con mis dudas intactas, pero sigo.

Las manos de la enfermera son húmedas y tibias. Me ponen la piel de gallina. Un leve escalofrío me recorre de pies a cabeza, apartándome de mis pensamientos oscuros.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto, buscando distraerme. También porque su tacto resbaladizo y suave está teniendo un efecto difícil de ocultar.

—No estoy aquí para hacer amigos —aclara, y traga saliva mientras me lava el pecho. Su aliento es mentolado y su perfume floral. Una mezcla extraña que me pone los pelos de punta. Cierro los ojos e inspiro profundo.

Y cuando la esponja baja por mi abdomen, su respiración se entrecorta. La mía también.

¡Mierda!

Llevo la mano a mi paquete, intentando disimular la monumental erección que tengo ahora mismo.

—Es normal —murmura. Su voz ahora mismo es más suave.

—¡No! —exclamo, atrapando su muñeca con fuerza—. No vas a meter la mano ahí.

Me mira, sorprendida. Respira agitada, con las mejillas sonrojadas. Si le permito que me toque bajo el slip, este baño acabará de una forma que no imagina.

Capítulo 2



Nunca pensé que las tareas en este hospital serían fáciles, pero tampoco imaginé que tendría que lidiar con pacientes tan complicados. Hace dos días llegó uno que... es una pesadilla. Insolente, gruñón y, para colmo, parece disfrutar molestándome.

Su nombre es CP. ¿Quién se llama CP? Solo un agente del FBI podría mantener su nombre oculto, supuse, y acerté. Me he ganado la lotería; al fin me toca uno como paciente. Por eso trabajo aquí, después de todo: en el hospital donde se atienden los agentes de las distintas fuerzas que caen heridos en acción, o como se diga. Mi intención siempre fue conocer uno, y el día ha llegado.

La primera vez que lo vi fue en mi turno de noche. Estaba recién operado; la sala apenas iluminada no hacía justicia a su sufrimiento. Cuando me acerqué, su expresión de dolor reprimido reveló que estaba acostumbrado a aguantar, a fingir que todo estaba bien, aunque estuviera roto por dentro y por fuera.

—Tranquilo, no es grave. Con varios días de reposo, esto será solo *un mal recuerdo* —le digo, administrando *la medicación en su brazo.*

Me mira a los ojos, desafiándome.

—¿Te pagan por decir esa mierda? Porque suena como una frase estúpida, de las que se repiten sin pensar —responde con voz grave y áspera.

Por supuesto, no me quedé callada. «Que te den», murmuré.

Desde entonces, nuestras interacciones son un tira y afloja de sarcasmo y sonrisas forzadas. A veces, siento que disfruta sacándome de quicio y lo logra con poco esfuerzo. Cada vez que entro a su habitación, es como si se activara mi botón de irritación. Sin embargo, debo admitir que su mirada oscura me fascina. A pesar de sus sombras, hay una belleza en su melancolía que resulta atractiva.

—Te estaba buscando —dice Hunter. Él es algo así como un amigo.

—Aquí estoy —murmuro.

Me gusta disfrutar de un momento de paz en el ventanal al final del pasillo, tomarme un respiro cuando no me necesitan o entre las rondas que hacemos por turnos con las demás enfermeras, me carga de energía. Mi última actividad fue con Pryce…, no hace falta que agregue más. Me urgía este instante silencioso para pensar y volver a convencerme de que lo que estoy haciendo es lo correcto; mejor dicho, lo único posible si quiero respuestas, y para eso, necesito un plan.

—Acabo de cruzarme con el director; te estaba buscando —añade Hunter.

—Ahora voy a su despacho —digo. Se queda estudiándome en silencio, lo que me obliga a preguntar—: Hoy está tranquilo, parece.

Como es médico de emergencias y no hubo ninguna en el día, es lo único que se me ocurre.

—Por suerte, sí. —Su voz se suaviza al observarme, como si tratara de leer algo en mi expresión. Frunzo el ceño y espero lo que sea que tenga para decir—. Ya te has enterado, ¿verdad?

Asiento con la cabeza y me deshago del vaso vacío. Sé que se refiere a que tenemos un agente del FBI entre los pacientes y no a otra cosa, menos mal. Hunter conoce mi historia y mi propósito en el hospital. No lo comparte, pero me respeta. Ahora, después de muchas discusiones. Si por él fuera, debería olvidarme de todo y pasar página.

—Está en mi planta —comento.

—Manda cojones. Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea.

—Lo sé, gracias. Voy al despacho del director —digo, tratando de evitar una conversación pesada.

Mientras camino hacia la oficina de Gibson, procuro mantener la mente en blanco. No puedo ponerme ansiosa. Idearé algo. El agente CP ya está aquí; solo necesito planear cómo ganarme su confianza. Esa sería la parte más difícil, considerando su personalidad… y su atractivo.

—Kate, te requieren en la habitación diecisiete —me interrumpe una enfermera, con gesto de fastidio, el mismo que se me dibuja en el rostro.

Sé quién está allí. El hombre es impaciente.

—¿Ahora?

—Dice que es urgente —responde la chica antes de alejarse.

Cambio de dirección hacia la habitación diecisiete. Espero que el director no me necesite con urgencia.

Abro la puerta con un movimiento brusco y allí está, apoyado contra la almohada, con la sonrisa de autosuficiencia que tanto detesto y que tan guapo lo hace lucir.

Hago un esfuerzo por no fijarme en él más de lo necesario. Sin embargo, es imposible ignorar lo obvio: el tipo está buenísimo. Incluso con la cara algo pálida y las ojeras de quien no ha dormido bien en días, tiene algo que me afecta más de lo que me gustaría admitir. Es como si todo en él, desde sus ojos oscuros hasta la manera en que su cuerpo ocupa el espacio, demandara atención.

—Qué mal paciente eres —comento, sin molestarme en ocultar la irritación.

—Vaya, pensé que te habías perdido. El hospital no es tan grande, ¿o sí?

No le voy a dar lo que quiere; no me afectará esta vez.

—¿Cuál es la emergencia? —pregunto, cruzándome de brazos.

—Me duele —responde, señalándose la pierna como si fuera la evidencia más obvia.

Me acerco, a regañadientes. Desde el primer paso, siento la tensión que me provoca su cercanía.

—Es normal, estás recién operado. Además, tengo la orden de ponerte bajas dosis de analgésicos. Necesitas descansar y no molestar al personal —alego, revisando la herida.

Intento mantenerme profesional, pero él siempre logra acelerar mi pulso. Sus ojos oscuros me siguen en silencio y no puedo evitar preguntarme qué estará pensando.

El aire que nos rodea se percibe más denso, ¿o solo me parece a mí?

—Deberías relajarte más. No te hará bien estar siempre tan tensa —susurra, con un tono burlón.

Lo miro de reojo mientras acomodo el vendaje. Prefiero ignorar cómo reacciona mi cuerpo, que parece traicionarme cada vez que percibe su aroma particular. Que oculte su vulnerabilidad bajo una fachada de arrogancia me inquieta. Es como si estuviera decidido a enfrentarse al mundo solo, pero, al mismo tiempo, esperase que alguien se atreva a acercarse para tenderle una mano.

—¿Eso es lo que querías decirme? ¿Que estoy tensa? Porque si es así, enhorabuena, acabas de hacerme perder el tiempo.

—Te encanta visitarme. Niégalo —responde con una sonrisa arrogante.

Hay algo en su tono, en la forma en que lo dice, que hace que mi corazón dé un vuelco. Casi se me escapa un sí. Me alejo un paso, confundida por mis pensamientos.

Mis ojos recorren su cuerpo, notando la tensión que se esconde bajo los vendajes. Me detengo justo donde comienza la sábana, recordando el último baño que le di. Siempre logra encender la chispa que no puedo ignorar y mi mente le sigue el juego. Es odioso.

Sus pupilas están fijas en mí, como si esperara algo.

—Si no necesitas nada más, tengo que ver al director —digo con frialdad.

Su expresión cambia; la sonrisa desaparece y sus ojos se oscurecen.

—Seguro que eso es mucho más importante que estar aquí, ¿no? ¿Estás en problemas, *enfermera*?

Su voz baja es casi ronca y, por un segundo, olvido dónde estoy.

«Sí estoy en problemas, contigo».

Si estuviésemos en otro lugar, quizás las cosas serían diferentes. Me atrevería a…

Pero no lo estamos.

Aprieto los labios y doy un paso atrás. Su mirada sigue clavada en mí, evaluándome, como si tratara de leer lo que no digo.

—Descansa, agente.

Salgo de la habitación con el corazón acelerado. Él puede que sea la persona capaz de ayudarme y tengo que analizar las implicancias de ello.

Capítulo 3



Hoy me siento un poco mejor. O quizás me estoy acostumbrando al dolor. Lo que no cambia es el peso de la soledad en este maldito cuarto. Un desfile interminable de médicos y enfermeras va y viene, pero eso no alivia la sensación de estar atrapado. Me he convertido en un inválido que necesita ayuda hasta para ir al baño. Y si eso no es humillante, no sé qué lo será.

Golpean la puerta. No es mi enfermera. Ella nunca llama. Un día va a encontrarme en una «situación comprometedora» y no será mi culpa. Aunque, ahora mismo, las ganas de pensar en sexo han desaparecido por culpa del poco descanso que consigo entre pesadillas. Odio estar aquí.

—Señor —saludo a mi jefe, incorporándome. En vano—. Deben ser malas noticias si viene en persona.

—Al contrario, Pryce. ¿Cómo te sientes? —pregunta, haciendo un gesto para que me quede como estoy.

—Mejor, señor.

—Te alegrará saber que todos los implicados en la misión están en perfectas condiciones. El objetivo ya está bajo custodia y los fiscales trabajan en su larga lista delictiva. Misión cumplida. Felicidades.

Asiento, complacido. No todos los días se encierra a un mafioso de Nueva York y se protege a un testigo clave sin perder a nadie en el proceso.

Mi jefe arrastra la butaca y se sienta junto a mí con su típica expresión seria.

—Una bala casi te perfora el bazo y el músculo de la pierna está bastante comprometido. Necesitas rehabilitación.

—Estaré bien.

—Por eso el FBI te asignará una enfermera veinticuatro siete. Para que te tomes el tiempo necesario.

—Señor, con todo respeto...

—La respuesta a la petición que quieres hacer es «no». Cole, ambos sabemos que, con tal de volver a estar en activo, acelerarías el proceso y pondrías en riesgo tu salud.

—Señor...

—Es una orden, agente Pryce.

No hay discusión posible. Si hay algo que no se puede hacer con Reynols, es discutir.

—Sí, señor —cedo, molesto.

Su mirada es empática, pero su postura es firme. Lo admiro por eso. Aunque nada cambia el hecho de que esto va a ser una tortura. Quedarme en casa, sin acción, sin propósito, con la cabeza llena de mierda del pasado.

Un golpe en la puerta nos interrumpe.

—Permiso —murmura una voz femenina.

Levanto la vista y ahí está ella: mi maldita enfermera.

Pero esta vez no lleva su uniforme celeste. Tiene el pelo suelto. Y una sonrisa que no le conocía.

—Señorita… —empieza a decir Reynols.

—Martins, pero puede llamarme Kate.

—Kate —repite él, aprobándola con la mirada—. Estaba poniendo al corriente a su paciente sobre lo que hemos hablado con anterioridad, en el despacho del Doctor Gibson.

¿Ella? ¿Ella será mi enfermera a domicilio?

Joder.

Kate… Kate Martins.

Lo repito en mi cabeza mientras grabo su sonrisa en mi memoria. Porque algo me dice que no la voy a ver con frecuencia.

La enfermera más insufrible del hospital será mi sombra.

Podría ser peor.

O tal vez no.

—Bueno, yo me retiro. Agente Pryce, me alegra ver que vas mejorando.

—Gracias, señor.

En cuanto Reynols se marcha, Kate cruza los brazos y me observa con una mezcla de desafío y fastidio.

—Dime que es una broma —suelto sin rodeos.

Ella levanta una ceja, imperturbable.

—Ojalá lo fuera. Créeme, no me emociona pasar más tiempo contigo. Pero parece que te has ganado el premio: yo.

Me acomodo en la cama, reprimiendo una sonrisa.

—Debo haber hecho algo en otra vida… No tengo claro si bueno o malo, pero algo... —dejo que la ironía se note en mi voz.

Su expresión se endurece.

—¿Cuál es tu problema? Si no me quieres cerca, puedes negarte. Hay pocas enfermeras dispuestas a lidiar con tu... encanto.

Me divierte su tono cortante. Tiene agallas.

Y si ella está dispuesta a dar pelea, yo también.

—Oh, no te preocupes, *cariño*. No pienso rechazar esta oportunidad. Creo que podemos llevarnos… bien —comento.

Su mandíbula se tensa. Sé que la palabra «cariño» la ha irritado.

Da un paso adelante. Se queda ahí, a centímetros de mi cama. De mí.

No hay miedo en su mirada. Ni siquiera duda.

Solo una jodida determinación que me desconcierta.

—No estoy aquí para hacer amigos, ya te lo he dicho —advierte —, así que no intentes complicar esto más de lo que ya es.

—¿Complicar? No, esto va a ser entretenido. Cuéntame, ¿qué te ha hecho aceptar? También podrías haber dicho que no. Bien sabes que no soy el mejor paciente.

—Digamos que tengo mis razones. Razones que a ti no te interesan.

«Mis razones».

Esa frase queda flotando en el aire y deja en evidencia que hay algo más detrás de su respuesta, algo que no quiere compartir.

Y eso despierta mi instinto.

¿Por qué aceptó? ¿Qué demonios busca?

Intento incorporarme un poco, soltando un suspiro de dolor.

—Bueno, mientras hagas bien tu trabajo… Vas a necesitar toda la paciencia del mundo conmigo y no sé si tienes mucha —aseguro.

—Te sorprenderías —murmura.

Sin más, da media vuelta y sale de la habitación.

«Genial. Esto va a ser un puto desastre», pienso mientras cierro los ojos.

Y, al mismo tiempo, no puedo esperar a ver qué sucede.

Ah, y tiene una sonrisa que debería estar prohibid

Capítulo 4



Instalarme en la casa de Cole Pryce me hace sentir que estoy en territorio enemigo.

Después de un largo día, solo deseo silencio, aunque con CP a mi lado veinticuatro horas, eso va a ser imposible.

La contradicción que siento desde que crucé la puerta no desaparece. Su presencia llena el espacio: su olor, su energía. Y, aunque me cuesta admitirlo, me agrada. Esa sensación me pone en alerta. Es como si mi cuerpo reaccionara a algo que mi mente sabe que debe evitar.

Aquí no puedo ser yo misma. No debo. Sé que estoy dando un paso necesario, aprovechando una oportunidad inesperada y, para obtener respuestas, tengo que soportar la presencia de este hombre ceñudo y molesto, que parece disfrutar haciéndome perder la calma.

Distraerme por lo que sea que me provoque su cercanía está totalmente fuera de discusión.

Lo observo mientras se mueve por la sala con torpeza. Cada gesto revela el dolor que intenta ocultar. En su propio ambiente parece más dueño de sí mismo, menos vulnerable que en el hospital. Sin embargo, la sombra en su mirada sigue ahí. No muestra debilidad, aunque sé que la siente. Y eso lo hace aún más peligroso... y sexy.

Levanta la cabeza y me atrapa con la mirada, como si quisiera desnudar cada pensamiento que intento esconder.

—¿Te parece bien el dormitorio? —pregunta con una sonrisa ladeada que irrita y encanta a la vez.

—Perfecto.

Se dirige a su sillón y lo sigo con la vista.

—No tienes que demostrarme que puedes solo. Lo sabes, ¿verdad? No te juzgaré si pides ayuda.

Sus ojos recorren mi rostro antes de contestar. Sé que va a soltar una ironía antes incluso de que abra la boca. Lo que no me espero es que se detenga en mi cuerpo un segundo más de la cuenta.

—No te preocupes, sé cómo sobrevivir. Y no tengo nada que demostrarte.

—Ya... pero alguien tiene que asegurarse de que no te mates antes de que sanes lo suficiente para volver al trabajo.

—Claro, ahora eres mi *niñera* personal.

—Soy la enfermera que te ayudará a curar el cuerpo —me acerco, manteniendo el tono neutro, aunque sé que mi simple proximidad lo tensa—. Te guste o no, me lo agradecerás un día.

Cuando lo ayudo a sentarse, su brazo sano se apoya en mi cintura. El contacto es breve, pero suficiente para que mi respiración se acelere. Su calor traspasa la tela y me recorre como un latigazo. Me congelo un instante. Mi instinto me dice que me aparte, aun así, estoy atrapada entre la incomodidad y un deseo inconfesable.

No. Esto no puede estar pasándome.

—¿Qué sucede? —su voz es profunda, baja, casi un desafío—. ¿Te incomoda estar tan cerca de mí?

—No, lo que me incomoda es tu actitud de macho alfa herido —respondo con frialdad, forzándome a tomar distancia antes de que mi cuerpo decida traicionarme.

Siento su mirada sigue en mí, pesada, inquisitiva. No me hace falta verlo para saber que está analizándome, intentando descubrir lo que no expreso.

—Dime, Kate Martins, ¿qué buscas con esta experiencia, además de cuidarme?

La pregunta me da en plena boca del estómago. Su tono de voz no carga malicia, pero es su insistencia la que me desestabiliza. No puedo permitirme perder el control.

—Dinero. Eso es lo que me hace falta. ¿Te vale esa respuesta? —replico.

No espero su reacción.

Me alejo hacia la cocina en busca de espacio, de aire, lejos de su intensidad y de mis propias emociones confusas. Pero ni siquiera así logro calmar el ritmo de mi pulso acelerado.

El móvil vibra en mi bolsillo. Suspiro. No tengo humor, pero respondo.

—¿Dónde estás? —La voz de Hunter suena a una orden impaciente.

Genial. Justo lo que me faltaba.

—¿Y a ti qué te importa?

Hablo más alto de lo que debería. Pryce frunce el ceño desde el otro lado de la sala. Lo ignoro.

—Kate, es él —la voz de Hunter se filtra con urgencia—. Vi a tu paciente cuando lo subían a la ambulancia. Es él.

El mundo parece ralentizarse.

—¿Qué dices?

—Es el agente que lo trajo aquella noche. Lo reconocí, aunque puede que haya cambiado algo en su aspecto... estoy casi seguro —insiste, con ese tono que usa cuando intenta empujarme a hacer lo que él quiere.

—No puede ser, Hunter —le aseguro.

Sería demasiada coincidencia. Demasiada casualidad.

—Dime dónde estás y lo hablamos.

—No importa dónde estoy.

Mi mente va demasiado rápido. Pryce sigue mirándome, y yo empiezo a calcular la distancia hasta la puerta.

—Kate, escúchame.

—Hunter, por favor…

Cuelgo antes de que pueda insistir.

El silencio de la estancia es abrumador.

Siento a CP detrás de mí, su presencia es como una sombra y su mirada, un peso que se instala en mi espalda.

Espero que no haya escuchado más de la cuenta. No puedo darme el lujo de que lo haga.

Capítulo 5



Trato de no prestar atención a la conversación que mantiene Kate, pero su lenguaje corporal me dice demasiado y eso es un maldito imán para mi preocupación. La rigidez de su espalda, la forma en que baja la voz al hablar y cierra los labios en una línea tensa... Algo no encaja. Parece estar decidiendo entre romperse o salir corriendo.

Mis alarmas se encienden.

Joder. No es mi problema.

Eso me repito mientras la curiosidad me arde en las entrañas. Pero claro, preocuparme por gente que apenas conozco es parte de mi maldita naturaleza.

—¿Todo bien? —pregunto, esforzándome por sonar casual.

Parpadea como si evaluara si confiar en mí o no; aun así, su respuesta llega rápido y seca.

—Sí, todo bien.

Miente. Es tan obvio como irritante. Su mirada se desliza hacia otra parte, esquivando la mía. Algo la ha descolocado.

—Mira, no me interesa meterme en tus cosas —digo, manteniendo mi actitud tajante—, pero si estás escondiéndote de alguien, hacerlo en mi casa no es la mejor idea. Ya tengo suficientes problemas.

Espero una reacción, un destello en sus ojos que me diga que he dado en el clavo. Pero lo único que hace es inhalar hondo, clavar la mirada en su móvil y girarse hacia la ventana, como si de repente el paisaje fuera lo más interesante del mundo.

Chasqueo la lengua, fastidiado, y me dejo caer en el sofá. Grave error. Un pinchazo me recorre la pierna, recordándome que mi cuerpo está jodido.

—¡Esta mierda me está matando! —gruño mientras dejo caer la cabeza contra el respaldo.

No quiero preocuparme por ella; sin embargo, ya lo estoy haciendo. Y no me gusta.

—Puedes ir a descansar. No me voy a escapar —suelto, más para llenar el silencio que otra cosa.

—Creo que iré a mi casa a buscar algunas mudas de ropa —comenta sin quitar la vista de la ventana.

—Si sabes conducir, puedes usar mi coche.

Eso sí la hace reaccionar. Se gira, me mira con sorpresa y una ceja arqueada con ese aire retador que ya empiezo a reconocer.

—Hubiese jurado que eras de los que tratan a su coche y a su polla con la misma importancia.

Suelto una carcajada corta.

—No tienes idea de cómo trato a mi polla. Si te portas bien, quizás te la preste también.

Por un instante, sus ojos chispean. Su boca se abre apenas, como si no supiera si responder o reírse. Me adelanto y me río primero, disfrutando del momento.

—¿Qué? —le pregunto, inclinándome un poco hacia ella para importunarla un poco más.

—Nada. ¿Dónde están las llaves? —dice al final, sin seguirme el juego.

Qué lástima. Me habría encantado ver hasta dónde podía llegar con ella. Aunque, para ser sincero, verla así, con esos vaqueros ajustados y esa camiseta que deja un hombro al descubierto, me distrae más de lo que debería.

Al querer ponerme de pie para buscar las llaves, apoya una mano en mi brazo y me detiene. Un cosquilleo inesperado me sorprende y me aparto como si me quemara.

—¿Qué sucede? ¿Te incomoda estar tan cerca de mí? —pregunta, burlándose con una sonrisa ladeada.

Está imitando mi tono de antes, y lo hace bastante bien.

—Un poco sí, Kate Martins —le respondo y le sostengo la mirada.

La tensión entre nosotros es innegable, casi incómoda. Es un tira y afloja silencioso. Inspira hondo, como si pretendiera controlarse, y me observa de pies a cabeza.

¿Me está evaluando?

—Dame una tregua, ¿sí? Es el primer día —comenta, con una indiferencia que no logra ocultar su preocupación—. Pórtate bien en mi ausencia; cuando vuelva, te baño.

¿Qué demonios?

No había caído en eso.

¡No! Ni de coña. No sucederá. Aprendí a ducharme solo a los seis años y no necesito ayuda... aunque, pensándolo bien…

No. Definitivamente, no.

—La llave está ahí —digo, señalando el control remoto de mi Mustang GT convertible.

—¿Tienes todo a mano o necesitas algo? Muévete lo menos posible, Cole.

La forma en que dice mi nombre me deja un segundo fuera de combate. Lo pronuncia con suavidad, como si estuviera probando cómo se siente pronunciarlo. Y no sé por qué, pero me golpea justo en el pecho.

Cuando abre la puerta para irse, procuro recuperar algo de control.

—Trátalo como tratarías a mi polla, por favor —suelto, sin poder resistirme.

Ella se detiene un segundo, sacude la cabeza y sale sin mirar atrás. Me recuesto en el sofá, incapaz de borrar la imagen de su sonrisa contenida.

Capítulo 6



Nada más arrancar el coche de CP, su maldita sonrisa arrogante se cuela en mi mente. Su risa ronca, su mirada encendida de burla y su… comentario.

—Si tratase este automóvil como, por momentos, desearía tratar tu polla, te auguro dolor y humillación. Mucho —murmuro.

«Tal vez, solo tal vez, te la curaría después», pienso, sorprendida por la dirección de mis cavilaciones.

¿Cómo puedo estar pensando en él de esa manera?

Sacudo la cabeza, intentando apartar esa imagen de mi mente. No puedo estar pensando en él de esa manera. Pero es que el tío está increíble: esa forma de moverse, los músculos marcados, esa actitud entre desafiante y divertida... Y, hostia, sabe exactamente cómo tocarme las narices con sus comentarios.

—Es lo que busca, no te hagas la inocente —me digo en voz alta y dejo escapar un resoplido.

Llego a casa más rápido de lo que esperaba, recojo algunas mudas de ropa y lo necesario para curaciones. Cuando estoy guardando todo en el coche, mi móvil vibra. Al ver el nombre de Hunter en la pantalla, bufo y lo ignoro. Necesito procesar todo lo que me ha dicho y aún hay demasiadas piezas sueltas. No me basta lo que me contó.

Ganarme la confianza de Pryce es mi mejor opción. Aunque implique lidiar con su boca afilada y ese cuerpo que parece esculpido para la tentación.

Al entrar al apartamento de Cole, todo está en silencio. Imagino que se ha tomado en serio mi consejo y está descansando. Golpeo la puerta de su dormitorio, pero no hay respuesta. Un sonido lejano me da la pista.

La ducha.

Frunzo el ceño.

Corro hacia el baño.

—¡Abre! —exijo al encontrar la puerta con llave—. No estás en condiciones de ducharte solo.

—Dame un minuto —responde desde dentro.

—No. Abre ahora mismo.

—¡Qué pesada eres! —gruñe mientras sale del baño.

La imagen que tengo delante me deja sin palabras. Cole está con una toalla ceñida a la cintura, el pelo húmedo cayendo sobre su frente y gotas de agua resbalando por su torso.

Mierda.

Mi boca se seca. Mi piel se eriza. Y mi mente me traiciona con una imagen de mis manos recorriéndolo.

—Deja de gritarme —me recrimina, acercándose.

Retrocedo por instinto, pero el calor de su piel y la forma en que me mira me hacen olvidar por qué lo he hecho.

«Esa espalda merece caricias», pienso, sin querer. Me sale solo.

—Deberías haber esperado. Iba a bañarte yo —logro decir, aunque mi voz tiembla.

—Kate, prefiero bañarme desnudo. Ya sabes, como lo hace la gente normal. —Su sonrisa es una mezcla de burla y provocación.

—Y en privado, también, ¿verdad? —digo, pretendiendo sonar mordaz, si bien la falta de firmeza en mi tono lo delata.

—Exacto.

Hace un gesto hacia sus partes bajas con la cabeza, como si hiciera falta explicarlo.

—Sé lo que los hombres tienen entre las piernas, Pryce. Te aseguro que he visto más penes que un urólogo —espeto, fingiendo desdén.

Su sonrisa maliciosa me dice que no me cree ni por un segundo.

—Peor me lo pones, Kate. No me gusta que comparen a «mi chica» con otras.

Por un instante, me cuesta comprender lo que ha querido decir. Hasta que lo hago.

—¿Tu chica? ¿Acabas de llamar «tu chica» a tu... pene?

Su expresión es tan seria que me cuesta mantenerme imperturbable, hasta que la risa se me escapa sin permiso.

—Polla, entonces —dobla su apuesta con un gesto retador.

—Pene... Soy enfermera —lo corrijo con superioridad, sin dejarme vencer.

Y entonces, sin previo aviso, deja caer la toalla.

Un segundo eterno.

Un solo parpadeo.

Me niego a mirarlo directamente; no obstante, mi visión periférica es muy buena. Todo es impresionante.

La imagen se graba en mi mente con una claridad aterradora.

—Ponte algo —mascullo, dándome la vuelta de golpe, tras un largo segundo de silencio—. Te haré las curas en el sofá.

Me escabullo hacia mi habitación y cierro la puerta con demasiada fuerza. Apoyo la espalda contra ella, intentando regular mi respiración.

No puedo creerlo.

Ese hombre es un maldito peligro. Para mi autocontrol, sobre todo.

Si el primer día es así, ¿qué me espera en los próximos?

Me dejo caer en la cama con un suspiro. Ganarme su confianza es la prioridad, pero la idea de acabar en su cama también es tentadora. Arriesgada, pero tentadora.

—No creo que suponga un sacrificio —me digo a mí misma.

Descarto la idea de inmediato y me levanto para buscar el maletín de curaciones.

Cuando regreso al salón, él me espera sentado en el sofá, solo con un pantalón corto.

—Sangra un poco —comenta mientras señala su costado.

—Te jodes —le suelto sin filtro—. Y si se te infecta, te jodes más.

Ríe por lo bajo, disfrutando de mi mal humor.

—Me gusta verte así, enojada. Prefiero eso a cuando te fuiste antes, asustada o triste.

Su tono se vuelve más serio, como si de verdad se preocupara.

Sus palabras me tensan. Me arrodillo a sus pies y abro la caja de gasas. Estamos demasiado cerca.

Cuando levanto la cabeza para advertirle que va a arder, nuestras miradas se cruzan.

El aire se carga de electricidad. Su respiración se vuelve más profunda. Su mirada baja a mi boca. La tensión es evidente, intensa.

—Esto va a arder —susurro, sin estar segura de si me refiero a la herida o a lo que está pasando entre nosotros.

Capítulo 7



Han pasado dos días desde la llamada que recibió Kate y no encuentro la manera de averiguar de qué se trataba. Cada vez que intento acercarme o sacar el tema, se me adelanta, desviando la conversación con una facilidad irritante. Sé que esconde algo. Mi instinto me dice que tiene que ver conmigo y esa jodida sensación de estar en la oscuridad me pica más de lo que debería. No entiendo por qué. Apenas nos conocemos. Y, sin embargo, la incertidumbre no me deja en paz.

Como si eso no fuera suficiente, la tensión entre nosotros es tan densa que empieza a desquiciarme. Me tiene al límite. Aunque, siendo sincero conmigo mismo, por la forma en que me trata y la manera en que yo respondo, está claro que ni ha ocurrido ni ocurrirá nada entre nosotros.

No puedo evitar que una sonrisa se me dibuje en el rostro al recordar la manera en que me miró cuando dejé caer la toalla, su esfuerzo ridículo por no bajar la vista, la forma en que sus labios se entreabrieron por un segundo, antes de recuperar el control. Me enciendo con solo recordarlo. Me está volviendo loco y ni siquiera tiene que esforzarse. Esa actitud desafiante, la mirada que me lanza como si estuviera esperando la oportunidad perfecta para atacarme… Joder, nunca me había sentido tan intrigado por alguien.

Sacudo la cabeza, frustrado, y salgo de la habitación. Kate está en el sofá, con las piernas cruzadas y un libro en las manos, completamente ajena a mi tormento interno. O, más bien, fingiendo estarlo.

—Por fin, remolón. ¿Desayunas? Hice unas galletas.

—No era necesario —murmuro, forzándome a no fijarme en lo ridículamente bien que le quedan esos pantalones cortos.

—Humor comprobado —bromea, y dibuja una tilde en el aire.

—No estoy de mal humor.

—Hablas solo mientras duermes —dice, siguiéndome a la cocina. Le encanta llenar los silencios, como si le fastidiara el silencio.

—Tengo pesadillas.

—Ah. No sabía. Si necesitas algo para dormir, puedo darte…

—No necesito nada—la corto de inmediato. Hablar de mis noches de mierda no está en mi lista de cosas pendientes.

Veo cómo sus labios se presionan en una fina línea y su expresión cambia, pero no dice nada. Me pasa un plato con galletas tibias, como si ese gesto fuera suficiente para disolver la incomodidad.

—Lo siento —en respuesta a mi disculpa, solo me mira a los ojos.

—Hoy deberías dejarme revisar tus heridas. Si sigues insistiendo en bañarte solo, al menos déjame ver cómo están.

—Solo buscas una excusa para tenerme medio desnudo otra vez —digo, con una media sonrisa. Me encanta ver hasta dónde llega su paciencia.

Kate me lanza una mirada llena de ironía antes de mirarme de arriba abajo de forma exagerada y soltar un suspiro fingido.

—Te equivocas. Verte sufrir es mi fantasía favorita.

—Tal vez tus fantasías sean otras y no quieras admitirlo.

La guerra visual que iniciamos se interrumpe cuando suena el timbre. Sonrío de lado y le lanzo un beso en el aire antes de que se dé la vuelta. Pone los ojos en blanco y se marcha a abrir la puerta. Aprovecho el momento para mirarla sin disimulo. Maldita sea, hasta molesta se ve tentadora.

Luke entra detrás de ella, directo hacia mí. Me estrecha la mano con firmeza y Kate le ofrece galletas antes de agarrar las llaves.

—Voy a casa a buscar ropa. Si necesitas algo, me llamas —dice, dirigiéndose a mí.

—Sí, *mami* —bromeo, disfrutando de cómo resopla antes de marcharse.

Luke espera a que la puerta se cierre antes de girarse hacia mí con una ceja arqueada.

—¿Qué pasa aquí? —pregunta.

—Nada —respondo, pero mi voz no suena convincente. Luke me conoce demasiado bien.

—No me jodas, C. ¿Te estás encaprichando con esta chica?

—Eso no es asunto tuyo.

Me sigue hasta el salón y se deja caer en el sillón más lejano, mirándome con esa expresión que usa cuando está a punto de decir algo que no quiero escuchar.

—Es más asunto mío de lo que crees. Soy yo quien te soporta después. No es el momento, ni la chica, tampoco la situación. La tienes metida en tu casa, Cole. Busca afuera.

—No hay nada. Ella está aquí para ayudarme y en unos días desaparecerá. Fin de la historia.

—Supongo que sabes lo que haces…

—No hago nada.

No dice nada, pero sé que ha notado algo. ¿Que no puedo sacármela de la cabeza? ¿Que cada vez que se muerde el labio tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no agarrarla de la cintura y descubrir si sabe tan bien como imagino?

Necesito cambiar de tema.

—He vuelto a soñar con Mike —comento, dando por finalizado el tema «Kate».

—¿Lo de siempre? —Bajo la cabeza en respuesta—. El día que aceptes que no ha sido tu culpa, desaparecerán. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Y si sí fue mi culpa?

—Puedes averiguarlo.

—No quiero confirmarlo.

—Cobarde. Eso es lo que eres —me suelta, sin rodeos.

—Tal vez —reconozco.

Luke se pasa una mano por el pelo y suspira.

—Mira, C, es tu decisión. Pero hasta que no lo enfrentes, no vas a salir de esta. Avísame si decides hacerlo. Yo leeré esos informes

contigo si hace falta.

—Gracias. Ya ves que estoy mejor.

Se pone de pie y me da una palmada en el hombro antes de soltar su última advertencia.

—Recuerda: es tu cuidadora —me advierte—. Deja de mirarla como la miras, o es posible que te metas en un lío. —

—No la miro de ningún modo —miento descaradamente.

Suelta una carcajada ronca que me contagia antes de salir por la puerta. Maldito Luke Grady y su sexto sentido. Siempre tiene razón.

No hay nada entre Kate y yo. Es la enfermera que esconde secretos y despierta mis alarmas. Es todo.

¿Me atrae? Claro. Pero eso no significa que vaya a pasar algo.

¿Le gusta mi cuerpo? Puede ser. A muchas mujeres les atraen los músculos.

No hay más.

Capítulo 8



Hoy mi paciente no tiene un buen día y yo tampoco. Cada vez que parpadeo, una lágrima se escapa, y me duele tener que reprimirlas. Han pasado dos años sin él y aún no puedo aceptar que no lo volveré a ver.

—Kate, ¿me ayud…? ¿Qué te pasa?

CP me sorprende mientras me dejo llevar por la nostalgia frente al ventanal. Seco la humedad de mi cara apresuradamente.

—No es nada. ¿Qué necesitas?

Cole Pryce, el implacable hombre de lengua afilada, el que no puede dirigirse a mí sin un comentario mordaz, se acerca sin decir palabra y coloca sus manos en mis mejillas, levantándome la cara hasta que sus ojos oscuros se encuentran con los míos.

—Esto —susurra, limpiándome las lágrimas con sus pulgares— no es nada.

Su mirada se suaviza.

Mis párpados se cierran, agradecida por el contacto. Dejo caer la frente contra su pecho y busco consuelo donde sé que no debería encontrarlo. Me lo permite, y con un gesto casi protector, acaricia mi cabello.

—Puedes contármelo, Kate —insiste.

Inspiro hondo, oliendo su aroma, encontrándolo familiar.

—Hoy es el aniversario de la muerte de mi hermano —murmuro, sin mirarlo. No quería hablar de esto, y mucho menos con Pryce. Pero la tristeza me desborda.

Me aprieta más fuerte contra su cuerpo, envolviéndome en un abrazo inesperado. Su respiración acaricia mi cabello y, cuando deja salir un suspiro cargado de empatía, mis defensas se derrumban. El llanto, que hasta ahora había sido silencioso, se transforma en una corriente imparable, empapando su camiseta.

Cuanto más me quiebro, más fuerte es su agarre.

Me siento protegida y me gusta.

No puede ser él quien me consuele.

No él.

Esto tiene que ser una broma cruel del destino.

Creo que ya es suficiente. Me aparto lo justo para mirarlo a los ojos y darle las gracias, luchando con el deseo de quedarme en sus brazos. Por suerte, soy la vencedora.

—¿Mejor? —pregunta, su tono es suave, preocupado.

Niego con la cabeza, esforzándome por dibujar una sonrisa. Es lo mejor que puedo ofrecerle en este momento.

—Lo estaré.

—Hoy voy a consentirte —declara con firmeza, como si ya lo hubiera decidido.

—No me parece... —intento replicar, pero me interrumpe poniendo un dedo en mis labios, elevando una ceja.

—Voy a hacerlo.

El gesto, su proximidad, su voz... todo me perturba. Es una pelea que no quiero ganar.

Toma su móvil y hace una llamada, pidiendo comida de algún restaurante. Nunca aparta sus ojos de los míos, ni su mano de mi espalda.

—Ve a lavarte la cara, no puedo concentrarme si tienes esa apariencia de niña desprotegida —sentencia.

No lo puedo creer. Acaba de cargarse el momento y su forma áspera de pronunciar palabras tan poco sutiles me irrita. El enfado aparece con una rapidez inimaginable, llega a mis manos, las que contengo con un esfuerzo titánico, porque ganas de abofetearlo no me faltan.

—Eres un insensible —le digo, para dejarle claro que sus palabras me han dolido.

Al intentar alejarme, me arrincona contra la ventana. Su presencia es enorme, intensa, provocadora.

—Todo lo contrario, Kate. Verte así me da ganas de... —Se detiene, cierra los ojos e inspira profundo—. Ve a lavarte la cara, hazme caso, si no quieres que deje de frenar mis impulsos.

Prefiero no entender lo que dice, me niego. Lo mejor es fingir demencia y escapar de esta maraña de emociones que acaban de enredar mis pensamientos.

El silencio entre nosotros se siente como un desafío. Dejo que mis ojos se entretengan con sus rasgos un par de segundos y cedo a lo que me pide. Respiro hondo y me doy la vuelta para dirigirme hacia el baño.

Me lavo la cara, dejando que el agua fría me ayude a disipar la confusión que su cercanía provoca en mí.

Al regresar a la mesa, advierto que CP ya está sirviendo la cena. Su postura revela que sigue tenso, aunque en otro sentido. Me siento y comenzamos a comer. Un par de bocados después, él rompe el mutismo.

—Mi mejor amigo murió hace dos años —comenta. Su voz es baja y grave, como si cada palabra le pesara—. Era como un hermano para mí.

Lo miro, sorprendida por el cambio en su tono. Él no me da tiempo a procesarlo.

—Sé lo que sientes. —Suspira, con la mirada fija en el plato—. En mi caso, es peor, porque soy el responsable de su muerte.

Sus palabras caen como un golpe seco en mi pecho.

«De la de mi hermano también», pienso, pero de inmediato me reprendo. No puedo saberlo con certeza y estoy dejando que las insinuaciones de Hunter me afecten. Aun así, la sospecha vuelve a encenderse en mi mente, mientras observo a CP consumido por la culpa.

Me obligo a desviar la conversación.

—Lo siento. ¿Tienes hermanos?

Él levanta la mirada. Aunque sus ojos siguen cargados de pesar, parece agradecer la oportunidad de hablar de algo menos doloroso.

—Soy hijo único. Mi madre murió hace años y mi padre formó una nueva familia en Chicago. ¿Y tú?

—Éramos dos. Mis padres siguen juntos por costumbre. No superan la pérdida. Los visito poco, sus discusiones sobre trivialidades me agotan. Permanecer en esa casa más de cinco minutos es deprimente. No solo perdí a mi hermano aquel día; con él, murió mi familia.

—Lo lamento —susurra, mientras extiende la mano para acariciarme la cara. Anhelo que su toque se quede ahí, que el calor de sus dedos me envuelva un poco más.

Mi boca se abre para hablar, pero un sonido me interrumpe: mi móvil. Miro la pantalla. Hunter.

La tensión regresa y el aire entre nosotros se vuelve denso. CP frunce el ceño, como si intuyera que la llamada podría cambiarlo todo.

—¿Vas a contestar? —pregunta. Su tono es neutro, pero el brillo en sus ojos delata su interés.

Dudo un segundo. El teléfono sigue sonando.

—Sí, tengo que atender —respondo y me pongo de pie para hacerlo en privado—. Hola, Hunter.

—Hola. ¿Cómo estás? Quiero verte. No me llamas, no apareces por el hospital. ¿En qué andas, Kate? Me tienes preocupado.

—Estoy cuidando a un paciente a domicilio. En unos días estaré de vuelta —respondo.

Prefiero ignorar que la conversación gira solo en torno a él. Es lo usual. El duelo es mío, sin embargo, la preocupación, de él. Siempre igual.

—Déjame acompañarte hoy.

—No hace falta, Hunter. Gracias por llamar.

—Kate…

—Estoy en el trabajo y no puedo entretenerme.

Suspira y se despide. Parece un poco ofendido.

Al volver a la mesa, Pryce me observa con el entrecejo fruncido y la mandíbula apretada.

—¿Todo bien? —pregunta.

Asiento, aunque sé que no le engaño. Con los platos en la mano, me dirijo a la cocina.

—La comida estaba deliciosa, gracias.

—De nada —responde tenso. Se levanta de golpe, interrumpiendo mi camino, toma mis hombros y me obliga a girar hacia él.

—¿Qué me ocultas, Kate Martins?

El aire parece desvanecerse. Su rostro está tan cerca que puedo sentir su aliento. Mis dedos tiemblan por el deseo de tocarlo. Mis labios, traicioneros, piden lo que mi mente se esfuerza en negar.

No me gusta admitir que mi cuerpo responde antes que mi mente.

No puedo permitirlo.

—Te invito a tomar un helado —murmuro, aferrándome a mi última pizca de cordura—. ¿Te animas a caminar unos metros?

Él me mira, ladea la cabeza, y una sonrisa irónica se dibuja en sus labios. Sabe lo que intento hacer, pero asiente.

Capítulo 9



El aire fresco de la noche roza mi piel y despeja mi cabeza, aunque no lo suficiente. La tensión sigue ahí, como un nudo que no logro deshacer. Caminamos en silencio, inmersos en pensamientos que ninguno se atreve a compartir. Cojeo, sintiendo cómo el dolor se intensifica con cada paso. No quiero que ella lo note. No quiero que nada me haga parecer vulnerable ante ella.

Lo que acaba de pasar en el apartamento aún da vueltas en mi mente. La cercanía, esta maldita atracción que crece como una tormenta está a punto de estallar.

Pero hay algo más. Algo que no encaja con Kate. Quizás sea mi instinto sobreprotector o esa jodida desconfianza hablando más alto de lo que debería, pero no puedo sacudirme la sensación de que oculta cosas. No tengo pruebas, es una certeza visceral. Mi instinto nunca se equivoca y ahora me grita que ella está ocultando algo.

Ya estamos frente a la fachada de la heladería, justo cuando estoy a punto de abrir la puerta, aparece un tipo. Alto, delgado, con una mirada que me incomoda al instante. Algo en su postura, en su forma de plantarse frente a Kate, me da un mal presentimiento. Parece la clase de hombre que está acostumbrado a salirse con la suya.

—Kate —dice su nombre con la familiaridad de quien cree tener derechos sobre ella. Su sonrisa pretende ser reconfortante, pero a mí solo me despierta unas jodidas ganas de partirle la cara.

Ella se queda helada. Sorprendida, sí, pero no lo suficiente. Se conocen.

Un presentimiento amargo se instala en mi estómago.

—¿Qué haces aquí, Hunter? —pregunta, claramente incómoda.

—Solo quería verte. Saber que estás bien en este día tan… complicado —responde él con una dulzura que me cabrea más de lo que debería.

Mi mandíbula se tensa y puedo oír cómo rechinan mis dientes.

Así que este es el famoso Hunter. Lo observo con frialdad mientras evalúo la situación. La forma en que la mira, el leve cambio en su tono de voz, la forma en que su cuerpo se inclina hacia ella. No me gusta. No me gusta nada.

Kate traga saliva y se aleja un paso, pero no es suficiente. Hunter da otro adelante, invadiendo su espacio.

Mis manos se cierran en puños antes de darme cuenta. No tengo derecho a sentir celos. No tengo derecho a querer ponerme entre ellos. Pero maldita sea, no puedo obviar esta necesidad de alejarla de él.

—Siempre me preocupo por ti —le dice, y no aguanto más.

—¿Quién eres? —suelto sin filtros ni cortesías.

Kate me lanza una mirada de advertencia, como si quisiera que me callara, pero ya es tarde.

Hunter se gira lentamente, como si acabara de notarme. Me estudia con ojos calculadores, luego vuelve a mirar a Kate. Su reacción es extraña. Parece extrañado. También molesto.

—Un amigo —responde, arrastrando las palabras con desdén.

—Un amigo —repito con sarcasmo, dejando que la incredulidad se filtre en mis palabras.

Kate pone una mano en mi brazo, un gesto que debería calmarme, pero solo me irrita más. Esto no es asunto mío, y, sin embargo, todo en mí grita que debo protegerla de él. No sé si es por cómo la mira o porque Kate, a pesar de su evidente incomodidad, no se aleja del todo.

—Gracias por venir, pero estoy bien. Además, estoy en horario de trabajo —dice ella con una firmeza un tanto… quebradiza.

Hunter la observa unos segundos más, luego esboza una sonrisa ladeada, agacha la cabeza y se aleja. Pero antes, me lanza una última mirada, una que parece decir: «esto no ha terminado».

Mi cuerpo se relaja cuando él desaparece en la oscuridad. Respiro profundo, de todas maneras, la preocupación sigue latiéndome en la sien.

Tengo un mal presentimiento y no puedo quitarme de la cabeza la idea de que lo que a Kate le pasa está relacionado con él.

—Vamos a por ese helado —dice, pero su voz carece de entusiasmo.

Asiento sin decir nada. El humor se me ha jodido por completo. El sabor amargo de la sospecha se acaba de instalar en mi garganta. Ni siquiera me apetece pronunciar una sola palabra.

¡Joder!

El regreso es rápido y silencioso. La cercanía de antes se ha esfumado, fue reemplazada por una distancia incómoda.

Al entrar de nuevo en el apartamento, estoy a punto de despedirme con un seco «buenas noches» cuando me tambaleo levemente al cerrar la puerta. El mareo me toma por sorpresa.

—¿Estás bien? —pregunta Kate, acercándose de inmediato.

Su mano roza mi frente, cálida contra mi piel febril. Es un toque ligero, pero me sacude como un puto latigazo. Sus dedos bajan a mi mejilla y su cercanía, su puta cercanía, me desarma.

—Tienes fiebre —susurra.

Ignorarlo sería más fácil si no tuviera su respiración tan cerca, si sus ojos no me estuvieran viendo así. Como si realmente le importara.

Todo lo que ha pasado esta noche, desde la aparición de Hunter hasta el beso que no me atreví a dar, explota en mi interior.

Está tan cerca…

La tomo de la cara, mis dedos tiemblan. No le doy tiempo a reaccionar antes de que mis labios se estrellen contra los suyos.

El primer contacto es puro voltaje, una sacudida que me recorre de arriba abajo. Y cuando su boca se abre para mí, cuando su lengua se entrelaza con la mía, el mundo simplemente deja de importar.

No sé si intenta apartarse o rendirse. No me importa. Solo existen su sabor, el roce de sus labios y el gemido ronco que escapa de mi pecho.

Mis rodillas amenazan con ceder. Me siento débil. Me tambaleo, apoyándome contra la puerta y ella me sostiene. Sus brazos se deslizan alrededor de mi cintura, anclándome a la realidad mientras la fiebre y el deseo me producen un nudo en el estómago.

Su mirada de asombro me desconcierta. Me siento expuesto, vulnerable. Apenas puedo mantenerme en pie.

—Ya hablaremos sobre esto —susurra con voz tranquila—. Ahora, vamos a la cama.

No sé si es una orden o una invitación, pero en este momento, no tengo fuerzas para cuestionarlo.

Capítulo 10



La visita inesperada de Hunter me ha dejado intranquila. No debería saber dónde estoy y eso me preocupa. No le di la dirección, así que ¿cómo diablos me ha encontrado? ¿Me habrá seguido? Pensar en eso me revuelve el estómago. La idea de que ahora tenga medios para localizarme me asusta. No lo quiero cerca, asediándome.

Me siento vulnerable, no solo por la aparición repentina de Hunter, sino por lo que ha pasado con Cole.

Dios, ¿en qué estaba pensando?

He dedicado dos años de mi vida a buscar justicia para mi hermano, y ahora, con la verdad al alcance de la mano, lo único que hago es perderme en la boca del hombre al que debería odiar.

Mi misión era simple. Limpiar la memoria de mi hermano, descubrir la verdad. Y, en lugar de eso, estoy aquí, sintiendo mariposas por quien podría haberlo asesinado.

Sacudo la cabeza. No. No hay pruebas. Solo las insinuaciones de Hunter.

Me lo repito como un mantra, pero la confusión sigue en mi mente, impregnada en mi piel junto con la sensación de sus labios sobre los míos.

Me niego a aceptar que pueda sentir algo por él. Me niego.

Ahora duerme, con el ceño fruncido incluso en su inconsciencia. Su respiración es pesada y al apoyarme en su frente confirmo lo que ya temía: sigue con fiebre. Tras una revisión rápida, descubro que la

herida no ha sanado bien. Tal vez hayan quedado restos de bala en su costado, cerca del bazo. De ser así, necesitará intervención.

Genial. Más tiempo en este maldito apartamento.

Me aparto, frustrada. No debería estar aquí. No debería preocuparme por él.

Pero tampoco me muevo.

Algo en su rostro —quizás la vulnerabilidad de este momento, la fragilidad oculta bajo su arrogancia— me mantiene anclada a su lado. Me recuerda que, pese a todo, sigue siendo humano. Que, tal vez, no sea el monstruo que me quiero inventar.

Cierro los ojos y me paso las manos por la cara. No sé cómo manejar esto.

Esto no es atracción, es traición. A mi hermano, a su memoria, a la promesa que me hice.

No quiero estar tan perdida. No puedo distraerme.

El sarcasmo es mi mejor defensa. Si puedo pelear con él, si puedo mantener esa barrera, tal vez todo vuelva a su sitio.

Cole se mueve inquieto, con la respiración entrecortada. Al principio, apenas susurra palabras incomprensibles, pero de pronto su cuerpo se tensa y su voz se quiebra en un grito desgarrador:

—¡No! ¡Mike! ¡No dispares!

El pánico de su tono me eriza la piel.

Me inclino sobre él y empapo un paño en agua fría, pasándolo por su frente en un intento por calmarlo.

—Shhh, ya pasó… —murmuro suavemente.

Pero no parece oírme.

—¡No dispares! —exclama entre sollozos. Su cuerpo es sacudido por espasmos, está atrapado en un recuerdo del que no puede escapar.

—Cole, despierta —ruego, moviéndolo con más fuerza. Si sigue agitándose así, se va a lastimar.

Entonces, sus ojos se abren de golpe. Sujeta mis muñecas con tanta fuerza que me duele, su mirada está perdida en algún lugar lejano.

No me muevo.

Su respiración es errática, su pecho sube y baja acelerado. Sus lágrimas caen en silencio.

—Ya pasó —susurro, sin apartar la vista de él—. Estoy aquí.

Le seco el rostro con el mismo paño, dándole tiempo a regresar.

Tarda unos segundos en reaccionar. Cuando lo hace, su agarre se afloja.

—Me siento mal —murmura con voz ronca.

—Pues lamento decirte que vamos a tener que ir al hospital. Creo que tienes restos de bala y eso ha provocado una infección. Sigues con fiebre.

—¡Joder!

No puedo evitar sonreír ante su frustración infantil.

Me lanza una mirada asesina, pero es difícil tomarlo en serio cuando está pálido y desorientado.

Y, sin embargo, sigo sintiendo ese impulso ridículo de besarlo.

Sus labios están entreabiertos, húmedos y su respiración, todavía alterada. Sé que no debería, pero…

No.

Carraspeo, apartándome.

—¿Soñabas con tu amigo?

No debería hacerlo… No obstante, esta flaqueza en la que se encuentra podría jugar a favor de mi propósito.

Me observa en silencio. Hay algo en su mirada, una sombra de dolor que intenta ocultar. Pero yo la veo.

—Siempre sueño con él —gruñe, cubriéndose la cara con el brazo, como si así pudiera ahuyentar los recuerdos—. Con su muerte.

—No debe ser agradable.

—No lo es.

—¿Quieres contármelo?

Me mira por debajo del codo. Sus ojos oscuros brillan con una mezcla de suspicacia y algo más, algo que no logro descifrar. Su escrutinio, siempre evaluando, siempre buscando… Me pone nerviosa.

—Deja de hacer preguntas, Kate Martins, si no quieres que te las haga yo.

Ahí está. Su mecanismo de defensa. Su frialdad calculada.

Y me alivia.

Porque eso significa que ha vuelto a ser el imbécil irónico de siempre, el que me mantiene con los pies en la tierra.

Levanto la barbilla, fingiendo indiferencia.

—Bueno, parece que el agente idiota ha regresado.

—No me molestes. Me siento como una mierda.

—Peor te vas a sentir si no mueves el culo y te levantas para ir a ver al médico —le digo, forzando una sonrisa.

Lo que no menciono es que, si seguimos así, yo también voy a terminar herida... y no por una bala.

Capítulo 11



El dolor es lo primero que siento al abrir los ojos. Un latido sordo y punzante en mi costado que me obliga a inhalar con cuidado. Parpadeo varias veces, tratando de enfocar la vista. El techo blanco del hospital es lo primero que reconozco. Odio este lugar.

Los recuerdos vuelven en ráfagas, confusos pero persistentes. Su boca contra la mía. La presión de sus labios antes de que todo se volviera negro. Kate. Ese instante insignificante en el contexto de todo, pero marcado a fuego en mi memoria.

Fue inoportuno, sí, pero jodidamente perfecto.

Ella no me rechazó. ¿Por qué?

La pregunta me molesta más que el ardor de mi costado, porque no tengo una respuesta. Crucé una línea que llevaba tiempo rondándome la cabeza. No pensé que lo haría. No con ella. No así. Las consecuencias de ese atrevimiento aún son un misterio, y con este dolor lacerante, no tengo la más mínima intención de analizarlas ahora.

Presiono el botón para llamar a la enfermera y dejo caer la cabeza hacia atrás. El aire huele a antiséptico y a desinfectante, a todo lo que detesto. No puedo evitar preguntarme dónde demonios está todo el mundo. Seguramente, siguen regulando la dosis de analgésicos para que no me pase de listo.

El rostro de Hunter se cuela en mis pensamientos. La manera en que se acercó a Kate, con esa jodida confianza, como si tuviera derecho a hacerlo. Me hervía la sangre. Intentó disimularlo, pero su incomodidad al verme con ella fue clara como el agua. ¿Quién demonios es? Y, más importante aún, ¿qué significa para ella?

—¿Quién te crees que eres, Pryce? —murmuro para mí mismo. No tengo derecho a sentir esto. Lo sé. Pero el nudo que me oprime el estómago no entiende de razones.

La puerta se abre y ahí está Kate, llenando la habitación con su presencia. Sus ojos se clavan en los míos, cautelosos, como si esperara que soltara alguna estupidez. No lo haré.

—¿Cómo te sientes? —pregunta, con un tono más neutral del que esperaba.

—Como si me hubiera atropellado un camión y luego hubiera dado marcha atrás para asegurarse. Pero gracias por preguntar.

Ella suspira y se sienta a mi lado. Su cercanía me descoloca y también me ubica en el aquí y ahora. Estoy más consciente de cada movimiento que hace, de cada segundo que pasa en esta habitación.

—Te operaron esta mañana —comenta, sin mirarme directamente—. Sacaron un fragmento de bala. La fiebre está baja ya, pero aún tienes que cuidarte.

—Dame algo para el dolor —reniego. No me gusta sentirme así de vulnerable y débil.

Una leve sonrisa se dibuja en sus labios.

—Pesado —murmura mientras inyecta algo en la vía de mi brazo.

La observo en silencio. ¿Cuándo empezó a gustarme tanto? Luke vio lo que yo no quise admitir y ahora ya no puedo ignorarlo. Estaba mejor en mi jodida ignorancia.

La puerta se abre de nuevo y aparece Hunter. Lleva una bata de médico.

¿Médico?

Mi mandíbula se tensa. ¿Este tipo es médico? Ya me fastidiaba, pero ahora siento que lo odio un poco más. No me gusta el efecto que su presencia tiene en mí, joder. Si hasta tengo los nudillos blancos de tanto apretar los puños.

—Kate —dice. Me ignora por completo—. ¿Podemos hablar un segundo?

La forma en que lo expresa, como si tuviera derecho sobre su tiempo, me pone al borde de soltar una grosería.

Ella se levanta sin mirarme y asiente. Salen juntos, dejándome en la cama, solo con mi rabia.

El dolor físico ya no importa. Es la incertidumbre lo que me está jodiendo vivo. No recuerdo haberme sentido así desde... nunca.

Después de un día ingresado, por fin me dan el alta. Hoy me siento muy bien, aunque cada movimiento me recuerda que todavía no estoy al cien por ciento.

Me pongo la camiseta y espero sentado en el borde de la cama.

Kate entra acompañada del médico que me atendió.

—¿Listo? —me pregunta, mirándome con esos ojos que ya se me meten en los sueños.

—Siempre —respondo, esbozando una sonrisa que sé que la irritará.

Ella bufa y cierra los párpados por un instante, pero no puede evitar que una chispa ilumine su mirada cuando los sube otra vez.

—Durante unos días, nada de esfuerzo. Son nuevos puntos —advierte el doctor.

—De eso me encargaré yo, descuida —asegura Kate antes de que pueda responder.

Su tono protector me reconforta más de lo que estoy dispuesto a admitir. Pensé que después del beso habría tomado distancia, pero aquí está. Cerca. Demasiado cerca.—

—Sí, doctor, tiene un talento natural para joderme la vida. Casi que lo hace por vocación —añado, disfrutando de cómo Kate me fulmina con la mirada.

Me hago el tonto y la mato con la indiferencia. Me pongo de pie con un leve gruñido y camino hacia la puerta.

Oigo que se despiden con confianza y ella empieza a seguirme. Tampoco es que le haya sacado mucha distancia, si ando más lento que una tortuga. Se posiciona a mi lado y se tensa de golpe.

—No me dejes sola —ruega de repente mientras me toma del brazo.

—¿Qué?

—Kate… —Escucho la voz de Hunter detrás de nosotros.

—Ahora no puedo, Hunter. Mi paciente se siente débil y tengo que acompañarlo a su casa —explica ella con un tono que no deja lugar a protestas.

Ah, ¿era eso?

Esto es interesante. Si hay algo que sé hacer bien, es fingir. Así que lo hago. Dejo que mi rodilla ceda un poco, lo justo para obligarla a sostenerme.

Kate me sostiene con más fuerza de la necesaria y por un segundo, su cuerpo se presiona contra el mío. Lo siento todo: su calor, su respiración acelerada...

Me mira con preocupación y antes de que pueda decir nada, le guiño un ojo. Si supiera lo que de verdad me pasa, no estaría tan tranquila.

—¿Puedes o quieres una silla de ruedas? —me pregunta, siguiéndome el juego.

—Puedo… si te quedas exactamente así —murmuro, dejando caer mi peso ligeramente sobre ella, sintiendo su cuerpo moldearse contra el mío cuando le paso el brazo por el hombro.

—Te llamo —dice Hunter, resignado, y se pierde en los pasillos.

—¿Qué ha sido eso?

—Te explico en casa —murmura y acelera el paso.

No me mira. No quiere que vea algo en su rostro.
¿Culpa? ¿Nervios?
No lo sé. Pero lo averiguaré.

Capítulo 12



Nada más entrar en el apartamento, Pryce se acomoda en el sofá y me mira con intensidad.

—¿Y bien? —su voz es tensa, impaciente por deshacerse de la intriga.

—No es nada.

—Kate, no me toques los…

—Me aburre tu frasecita, que lo sepas —le corto, resoplando, y me dejo caer frente a él. No puedo seguir esquivando esto—. Hunter es mi ex. Estuvimos juntos dos años, hasta que lo dejé. Llegó un momento en el que sentí que me ahogaba; si tenía ocasión, me menospreciaba. Se le hizo costumbre. Al final, su palabra era la única que valía. Él que siempre quería tener la razón. Lo soporté unos meses más, pero cuando entendí que no era el tipo de relación que quería, lo corté. Se estaba volviendo…

—Tóxico —completa Cole, apretando los dientes. Sus mandíbulas tensas me hacen sonreír. No sé por qué me parece tierno.

—Fui la última en darme cuenta. —Suelto una risa seca y después suspiro, resignada. No debería seguir con esto, pero algo en su mirada me incita a hacerlo—. Cuando empecé en el hospital, meses después de haber terminado, apareció. Me dijo que lo habían contratado.

—¿Cómo es eso? ¿No trabajaba allí contigo?

Niego y suspiro, resignada. Qué más da contarle sobre mí. Cuando esto acabe, no volveré a verlo. Y si mis sospechas son ciertas, Hunter podría acabar preso.

Sacudo la cabeza para alejar el pensamiento. No quiero que las paranoias de Hunter me contaminen.

—Yo quería entrar en esa clínica en particular — explico sin ganas de ahondar—. Lo conseguí poco después de cortar con él y, al mes, apareció. Nunca me había mencionado que también quería trabajar allí.

—Seguro que no me equivoco si digo que quiere volver contigo.

—No te equivocas —admito, pensativa.

—Por supuesto, porque nada grita «relación sana» como alguien que te menosprecia y después quiere recuperarte —murmura, con enfado.

Examino mis propios sentimientos hacia Hunter, intentando descifrar si hay algo más que gratitud. No encuentro nada más.

—Ahora lo considero un amigo, o algo así. Estuvo cuando lo de Dylan. Me apoyó y se lo agradezco —explico, más para mí que para Cole.

—¿Dylan era tu hermano?

Afirmo con la cabeza. Las palabras se atoran en el nudo que se me forma en la garganta al mencionar a mi hermano delante de Cole Pryce, un agente del FBI que suele trabajar encubierto y a quien Hunter cree haber visto en el hospital donde, por casualidad, él trabajaba, el mismo día que lo llevaron agonizando.

Lo observo, esperando una reacción.

Nada. O quizá sí. Hay algo en sus ojos… compasión.

El silencio se prolonga unos segundos. Luego, chasquea la lengua y se pone de pie con una facilidad que no debería tener.

—Voy a preparar algo para comer.

—¡Se te van a abrir los puntos! —exclamo.

Cuando me acerco para detenerlo, apenas un respiro de distancia nos separa. Sus ojos oscuros se clavan en los míos. Reprimo un suspiro que me infla el pecho.

—Si te preocupas tanto por mí, Kate Martins, voy a tener que volver a besarte —susurra cerca de mi oído.

Su dedo roza mi sien con una suavidad exasperante al apartarme el mechón de cabello. Su piel está caliente, la yema de su dedo se desliza apenas contra mi oreja antes de apartarse. Un

escalofrío me sube por la nuca y tengo que contener el aliento para que no lo note.

Sin más, se gira y me deja sola, con la mente en blanco. Pensé que aquel beso había sido un error, un desliz causado por la fiebre y la confusión. Pensé que no lo recordaba.

Mis rodillas amenazan con doblarse al revivir la sensación de sus labios sobre los míos.

Insisto en que no puedo permitirme esto…, aunque podría aprovecharlo, susurra la parte más frívola de mí, la que busca justicia.

No es la primera vez que procuro convencerme de que la atracción de Cole puede servirme. Tampoco es la primera vez que me maldigo por pensarlo.

Vuelvo a mirarlo. A su cuerpo fuerte, su cabello revuelto, la postura erguida, imperturbable. Dejo escapar un suspiro. Compartimos pocos momentos agradables, pero esos pocos despiertan en mí infinidad de sensaciones bonitas e inesperadas que debo prohibirme.

Cierro los ojos. Restos de su perfume todavía pululan a mi alrededor. También la sensación de cosquilleo que me produjo su mirada anclada en mi boca.

Debo encontrar una excusa para marcharme antes de hacer alguna estupidez. Estoy a punto de disculparme y rechazar la cena cuando suena el timbre.

—Debe ser Luke —comenta Cole desde la cocina—. Es el único que tiene la llave de abajo. ¿Le abres?

Siento alivio por la llegada de su amigo. Podré escabullirme sin dar explicaciones.

Abro la puerta sin comprobar quién es. Grave error.

Hunter.

Mi cuerpo entero se tensa. Miro rápidamente hacia donde está Cole y doy un paso fuera del apartamento.

—¿Qué haces aquí, Hunter? —mi voz es baja, pero firme. No quiero que Pryce escuche.

—Te he seguido. ¿Qué haces tú aquí? ¿Te estás acostando con él, Kate?

Su mirada está cargada de celos, rabia y un montón de cosas que no quiero ver. Me asusta si se pone en este estado. No merezco ni deseo mantener una discusión con él. No le debo explicaciones.

—Por favor, vete.

—¡Respóndeme! —exige y me toma por el codo, la presión que hace me provoca un pequeño gemido de dolor.

—¿Kate? —la voz de Cole suena a mis espaldas, grave y controlada. Me pone la piel de gallina.

Capítulo 13



Al ver que Kate no responde y Luke no entra, voy en su búsqueda. Doy dos pasos y la escucho. Su tensión me pone en alerta. Algo no anda bien.

—¿Tenemos una visita? —pregunto, colocándome al lado de mi enfermera.

Clavo la mirada en el tipo que ha irrumpido en mi casa sin invitación.

—Ya se iba —murmura Kate.

—Mejor. No quiero demorar el baño. Sabes que te necesito para que me pases la esponja, *bomboncito* —destaco la última palabra. Saboreo la reacción que provoca en él. Para darle un toque extra de provocación, le doy una palmada en el trasero a Kate.

Ella me lanza una mirada de reojo, intentando reprimir una sonrisa. En sus ojos brilla la misma jodida y maravillosa complicidad de siempre.

—Sí, enseguida voy, *pajarito* —responde con una mueca que encuentro adorable.

Asiento. Gozo de la pequeña victoria que me acabo de marcar. Entre nosotros hay algo que va más allá de las pullas. Debería analizar qué es.

—No tardes —murmuro y le doy un beso en la mejilla. El gesto es deliberado. Quiero dejar claro que este terreno es mío, aunque no esté seguro de qué cojones significa eso.

El tipo, Hunter, frunce el ceño y le planta una carpeta en el pecho a Kate con demasiada fuerza. Ella se tambalea un poco hacia

atrás, y el dosier se desliza hacia el suelo.

Algo en mí hace clic.

Se acabó.

Mi instinto se activa.

Golpeo el cuadro decorativo junto a la puerta, de donde cae una de mis armas. La tomo al vuelo. Antes de que Hunter pueda reaccionar, le retuerzo el brazo y lo empujo contra la pared del recibidor. Mi cuerpo lo inmoviliza mientras le presiono el cañón de la pistola contra la sien.

—Acabas de invadir la casa de un agente del FBI y has golpeado a su chica. Dame una buena razón para no apretar el gatillo —gruño, de manera exagerada, simulando contener la rabia. Necesito asegurarme de que nunca vuelva aquí.

Los abusones no me gustan y este tiene toda la pinta de serlo.

—So… solo quería… darle eso a Kate. Ya me voy —balbucea, visiblemente asustado.

—Suéltalo, Cole, por favor —ruega ella, acariciándome el brazo con el que sostengo la pistola. Es un toque suave, casi tembloroso, como si dudara entre detenerme o aferrarse a mí.

Respiro hondo y relajo la presión.

—Vete y no vuelvas en tu puta vida. ¿Me oyes? A menos que desees disculparte.

—¡Espero que sepas lo que haces! —escupe antes de largarse.

Cierro la puerta de un golpe, me guardo el arma en la cintura y tomo la cara de Kate entre mis manos. Sus mejillas están cálidas bajo mis palmas. Paso el pulgar por la curva de su mandíbula, sintiendo la tensión bajo su piel. Su aliento roza mis labios, demasiado cerca, demasiado tentador. Su mirada encendida, desafiante. Mi pecho se contrae.

—Lo siento si te he asustado. Exageré para asustarlo.

Ella no responde. Me sostiene la mirada y es todo lo que necesito. La acorralo contra la puerta y la beso con una urgencia casi violenta que apenas reconozco como mía. Su gemido se mezcla con mis jadeos cuando se aferra a mí. El calor de su cuerpo, la manera en que su cadera roza la mía, su mano en mi nuca, todo eso

junto me hace gruñir. Mi polla busca su contacto, mi cuerpo reacciona sin control.

El dolor de mis lesiones pasa a un segundo plano ante la necesidad de hacerla mía.

Deslizo mi mano a su pecho y acaricio su pezón con el pulgar. Ella arquea la espalda, se quita la camiseta y siento que lo poco que me quedaba de control se ha ido al carajo. No pierdo el tiempo, me inclino para devorar todo lo que encuentro por el camino.

—Vamos al sofá —ruego entre jadeos.

Consciente de mis limitaciones físicas, la guío con cuidado y llegamos a trompicones hasta el sillón. Me dejo caer con un gruñido y escondo mi arma entre los almohadones, por si acaso.

—Cole…

—Estoy bien.

Quiero sentir sus manos sobre mí. No lo pido, lo exijo con la mirada, con la forma en que mi cuerpo responde a su cercanía. Cuando lo hace, un gruñido escapa de mis labios, y la paciencia que creía tener se hace añicos. Me apodero de sus pechos, entierro mi cara en ellos y lamo su piel hasta encontrar un pezón, que muerdo con suavidad.

Su gemido es música para mis oídos.

—Me harías un favor si me quitas la ropa, enfermera, que estoy demasiado convaleciente para hacerlo yo solo —susurro, mordisqueándole la oreja.

—Por eso… deberíamos…

—Darnos prisa. Hace siglos que no follo y tus manos son demasiado hábiles —la interrumpo antes de que cambie de opinión.

Sin dudarlo, me baja el pantalón y el calzoncillo. Su rostro se ilumina con una mezcla de deseo y determinación, y yo me dejo llevar por la forma en que me toca. Cuando empieza a masturbarme con calma, mi cadera se mueve instintivamente hacia ella, busca más.

—No te sacudas así. Te vas a lastimar —me reprende, sin dejar de tocarme—. Disfruta lo que tienes.

—No me toques los cojones —gruño entre jadeos.

—Justo eso estaba por hacer —responde, divertida.

Pellizca mis labios con los dientes y me provoca con sus caricias. ¿Cómo demonios puede tener tanto control sobre mí?

—¿No vamos a follar? —pregunto, sin dejar de buscar con mis manos cualquier rincón de su cuerpo.

Niega con la cabeza, sin ser consciente de que su rostro la delata: lo desea tanto como yo. Introduzco mis dedos en ella y su respuesta es inmediata: cierra los ojos, abre los labios y deja escapar un suspiro que me vuelve loco.

—No te desconcentres, *bomboncito* —bromeo, deleitado por su expresión.

Mi respiración se acelera al percibir el toque de su dedo pulgar.

Me mira con intensidad, y sé que ambos estamos al borde del abismo. Encuentro su punto débil y acelero mis movimientos. Ella responde acariciando mi polla con destreza.

—Eres buena, muy buena —gimo, mordiéndole el pezón mientras vuelve a acariciar mi punta.—Haz eso una vez más y no respondo.

Con una mirada desafiante, lo hace una y otra vez. Mi control se desvanece y exploto en su mano, manchando nuestros vientres.

Su cuerpo se amolda al mío, caliente, desesperado. Cada jadeo, cada espasmo de su abdomen me dice que está cerca.

Con la cabeza más fresca, me concentro en su clítoris, masajeándolo mientras mis dedos continúan dentro de ella. Sé que lo está deseando y, joder, quiero verla gozar.

Tiro de su cabello, acercándola a mi boca, ansioso por sentir el aliento tibio de sus gemidos. Tiene los ojos cerrados y de vez en cuando los abre para mirarme y afirmar con una sonrisa que lo está disfrutando.

—Te encanta, ¿cierto? —susurro, sintiendo su espasmo contra mis dedos.

El único sonido en la habitación es su placer y el golpe de mi mano contra su piel. Ella gime, se tensa y su rostro se transforma en pura entrega. Su placer llena el aire.

—No te detengas —ruega desesperada.

—No pienso hacerlo —respondo, manteniendo el ritmo.

Cuando un gemido final escapa de sus labios, me inclino para besarla. Dejo mi mano sobre su entrepierna para disfrutar del calor que he provocado.

Mi piel se estremece con su abrazo. El peso de su cuerpo y la humedad de su lengua, que acaricia la mía con parsimonia, me producen un inesperado escalofrío.

Podría pasar la noche entera así.

Capítulo 14



Respiro con dificultad al apartarme de Cole. Mi pecho sube y baja a una velocidad trepidante y mi piel arde con el calor que desprende la suya todavía sobre mí.

Esto no debió suceder.

Recojo la ropa del suelo. Mis movimientos son torpes, mis manos tiemblan. Esto es una locura.

«Tenía que hacerlo. Era necesario».

Me repito esas palabras en silencio, como un mantra, mientras me paso el sujetador por los brazos. Mis dedos tropiezan con el cierre. No puedo borrar su tacto. Es como si aún estuviera ahí, deslizándose por mi piel. Y lo peor es que lo quiero de vuelta.

No, no, no. No es real.

Es un medio para un fin. No importa que me haya defendido de Hunter como lo hizo. Nadie me ha protegido así antes. Nadie.

Y eso no debería significar nada.

—Kate, háblame —murmura Cole.

—Tengo que ducharme.

—Kate…

—No debió suceder —sentencio, señalándolo con el dedo a modo de advertencia—. Me ducho y te cambio la venda.

Me visto a toda prisa, sin mirarlo, obligándome a recuperar el control.

Sé que su mirada me busca. Mis palabras lo afectaron de alguna manera, lo sé. Lo ignoro.

Me siento fuera de mí. Aun siento sus manos recorriéndome. Y cuando me alejo, el vacío que deja su contacto es casi tan insoportable como la necesidad de olvidarlo.

Oigo a CP despotricar en voz baja desde el salón. Seguro le duele la herida, pero no puedo ocuparme de él ahora. No puedo ocuparme de nada.

Cuando por fin me encierro en el baño, dejo escapar el aire que llevaba conteniendo. Encuentro el reflejo en el espejo. En mis ojos hay un sinfín de emociones encontradas.

¿De verdad voy a hacerme creer que es parte de mi estrategia?

—Sí. Lo es —sentencio.

Ese plan en el que debo hacer que confíe en mí. Ese por el que he arriesgado demasiado. Cuando mi mente intenta aferrarse a esa idea, otra parte de mí me traiciona. Revive el momento en que me estremecí con su toque. Cómo, por un instante, olvidé todo lo demás.

Me esfuerzo por no pensar en él, en sus labios, en su voz ronca y en sus manos acariciándome, como lo hace la esponja que me froto con el afán de borrar sus caricias.

—¡Basta!

Mis propias palabras rebotan en las baldosas.

No sé en qué estaba pensando al imaginar que esto era una buena idea. No lo es.

Me visto con lo primero que encuentro, dispuesta a hacerle la cura a Cole y meterme en la cama. Necesito pensar. Planear mis próximos movimientos.

Al entrar en el salón, la presencia de Luke llena la sala. Su cuerpo enorme parece encoger el sofá bajo su peso. Su postura es relajada, pero sus ojos no dejan de analizarlo todo. Apenas consigo ignorar el nudo que ahora mismo tengo en el estómago.

—Hola —me saluda con una sonrisa casual. Casi no logro devolverle el saludo.

Mi mente sigue atrapada en otra escena. Piel caliente, un cuerpo sobre el mío…

—Quería hacerte las curas… —Mi voz sale rasposa y debo carraspear.

—Después de comer. Ven, Luc ha traído sushi —responde Cole, palmeando el espacio junto a él.

Hasta sonríe. Como si nada hubiera cambiado.

Respiro hondo. Me obligo a caminar hacia ellos, a pesar de que mi cuerpo grita que me aleje. Luke me sigue con la mirada, atento. Su curiosidad es evidente.

—¿Eres de por aquí, Kate? —pregunta de pronto, con una confianza que no tenemos.

—Nací en Brooklyn. Me mudé a Manhattan para estudiar —respondo sin pensar, y antes de poder detenerme, las palabras siguen saliendo—. Mi familia sigue allí. Odio ese barrio… allí perdí a mi hermano.

El aire se espesa de inmediato.

Cole deja de moverse. El sonido del televisor se vuelve un murmullo distante. Luke baja la cabeza.

El ambiente ha cambiado.

Mi corazón empieza a latir con fuerza, al percibir que algo va mal, muy mal. Algo no encaja.

—También perdimos a un hermano en Brooklyn —murmura Luke, dirigiendo sus ojos hacia CP.

Mi estómago se revuelve. Mi piel se eriza.

Algo dentro de mí me grita que haga preguntas, que no lo deje pasar.

—Mike —interviene Cole. Su tono es tenso, su postura rígida—, el amigo que te comenté.

Mike.

El nombre rebota en mi mente. El aniversario de su muerte es el mismo día.

Maldito Hunter, ¿y si tiene razón?

—Lo siento —digo. Debo mantener la calma para poder seguir indagando—. ¿Cómo pasó? ¿Fue un accidente?

Cole vacila.

—Estábamos en una misión… —empieza, pero Luke lo interrumpe.

—Le dispararon —aclara, su voz es firme, con un deje de dolor que no se molesta en ocultar—. Seguro lo viste en las noticias. Iban

tras una banda que robaba coches.

Mi corazón se detiene.

No… no puede ser. No puede ser el mismo lugar.

—¿El taller de la Cuarta Avenida? —Mi pregunta sale sin filtro.

Cole se tensa.

Luke asiente, sin darse cuenta del terremoto que acaba de desatar en mí.

—Sí. Desmantelamos la banda ese día. Fue un infierno —comenta Pryce, con la mirada perdida en el recuerdo.

El aire se vuelve denso, difícil de respirar.

Todo encaja.

Dylan murió allí.

Mi hermano murió allí.

Mi pecho se oprime. Mis oídos zumban. Cada parte de mí quiere gritar.

Hunter tenía razón.

Cole está involucrado.

No puedo perder la compostura ahora.

—Cambiemos de tema, por favor —ruega el dueño de casa en un tono más tenso que antes.

El frío se mete en mis huesos. Tengo miedo de desplomarme.

Debo irme.

—Creo que… voy a… —balbuceo, sintiendo el suelo temblar bajo mis pies—. Me voy a descansar. No tengo hambre. Gracias.

Me levanto con urgencia, casi tropezando con mis propios pasos.

Necesito estar sola.

Necesito pensar.

Porque las piezas del rompecabezas han empezado a encajar.

Y por primera vez en mucho tiempo, me siento aterrada por la verdad que busco.

Me estoy involucrando demasiado.

Capítulo 15



El silencio en la casa es absoluto, pero en mi cabeza no hay paz. Estoy atrapado otra vez. La maldita misión vuelve a desarrollarse ante mis ojos como si estuviera ocurriendo ahora mismo.

El sudor me empapa la espalda. Sé que es un sueño, pero no logro despertar. No puedo moverme. Tampoco evitar lo que está por pasar.

Todo vuelve a suceder.

Mike está a mi lado, con la pistola en alto. El pulso se me acelera. Le grito que no dispare, pero mi voz apenas rompe el ruido de mi propia respiración entrecortada. El estruendo de la bala retumba en mis oídos. La sangre salpica, caliente, metálica. Mike se tambalea. Su cuerpo se desploma. Sus labios se mueven, pero el sonido de sus últimas palabras es devorado por el rugido en mis oídos. Con ellas me obliga a mantenerme fuerte, a seguir siendo lo que soñamos ser desde pequeños.

La otra figura se desdibuja en mi mente, pero el impacto de la bala que recibe no.

La boca de un arma apunta directo a mi pecho. Intento moverme. No puedo. No tengo tiempo. El chico aprieta el gatillo. El *eco de las palabras: «Lobo, no».*

Y todo se vuelve negro.

Un nudo de angustia me oprime el pecho, como si la bala aún estuviera ahí, incrustada en mi piel. Tengo la frente húmeda y la

camiseta pegada a la piel. Me sofoca.

Me paso una mano por la cara, intentando sacudirme el maldito recuerdo.

No importa cuánto intente enterrarlo, el recuerdo siempre encuentra la manera de empujarme de vuelta.

Me paso una mano por el rostro e intento sacudir la sensación.

¿Por qué Luke ha tenido que hablar de eso? Ya debería saber que me arrastraría hacia un mal sueño, hacia la oscuridad que encuentro cuando me duermo recordando aquello. Odio que me exponga, como si eso fuese a borrar la maldita culpa que siento.

Mencionarlo delante de Kate… otro error.

Kate.

Tenso la mandíbula, exhalando con frustración. El eco de su voz sigue en mi cabeza. *«No debió suceder».*

Eso ha sido un golpe bajo. Y lo peor es que no tengo ni puta idea de por qué.

Aprieto los puños, conteniéndome. Porque si algo tengo claro, es que lo que pasó anoche no fue un error. Fue una jodida maravilla. El calor de su piel contra la mía, el sonido entrecortado de su respiración, la forma en que su cuerpo se arqueó buscándome… No, no fue un error.

Pero entonces, ¿por qué huyó como si lo fuera?

¿Por qué se fue anoche de manera tan intempestiva y con esa excusa ridícula que ni ella misma se creyó?

Me apoyo en el marco de la puerta, observándola empacar con movimientos torpes, apresurados. No me mira, no quiere hacerlo. Pero su nerviosismo es evidente.

—¿Te vas? ¿A esta hora?

Su espalda se tensa, pero sigue metiendo cosas en el bolso.

—Tengo que… Una amiga me necesita ——murmura.

Es una excusa pésima.

—Kate…

Tarda un segundo en girarse y, cuando lo hace, sus ojos están llenos de confusión, miedo, dudas.

Bufa e intenta disimular lo que sea que le pasa con una indiferencia que no le queda.

—¿Qué? ——escupe.

Lo pillo, no desea hablar conmigo.

Acaba de levantar un muro entre nosotros. Lo siento. Ladrillo a ladrillo con cada palabra que no dice.

—Hablemos…

Mantengo mi voz baja, pausada. Necesito entender.

—No tengo tiempo.

Su tono es firme, pero su voz traiciona la mentira con un leve quiebre. Baja la mirada un segundo, pero se recupera rápido, mordiéndose el labio con frustración.

Me quedo en su camino. Podría apartarme con un solo movimiento, pero no lo hace.

—¿Quieres llevarte mi coche?

Es un ofrecimiento para ganar tiempo y aflojar la tensión.

Sé que se negará.

—No hace falta, gracias.

Levanta la mirada y ahí está. Apenas un instante, pero suficiente. La vulnerabilidad que trata de ocultar. El arrepentimiento.

Se recompone al instante.

—¿Me permites pasar, por favor?

Me aparto hacia un costado y cuando pasa por mi lado, le rozo el brazo. Es breve, pero la sensación me recorre como un puto choque eléctrico.

—Tendremos que hablarlo, Kate. Lo que sea que haya pasado…

—Tengo que irme.

Y se fue.

Me quedé en el umbral, con los dientes apretados y la mandíbula tensa, intentando calmar la irritación.

Reconozco que sigo tan o más confundido que ayer. No tengo ni la más pajolera idea de lo que hice para que escapara así de mi lado.

Me levanto de la cama con cuidado. La herida todavía me arde. Voy a la cocina, buscando una distracción, cualquiera.

«No debería haberla dejado irse así».

Me sirvo un vaso de agua y lo bebo de un trago. El líquido frío me reconforta, pero no hace nada por el vacío que siento sin Kate a mi alrededor.

El móvil vibra en la encimera.

—Luc —digo después de atender.

—¿Todo bien?

—Todo bien.

Mentira.

—Estaba preocupado por ti. Después de lo de anoche... Kate no parecía estar bien.

—Sí, bueno… ya sabes cómo es esto —respondo, sin ganas de entrar en detalles—. Pasaron cosas.

—Lo supuse —dice de repente—. Te avisé que sería complicado. Esa chica no me da confianza, C. Trama algo, no sé qué. Mira raro, pregunta...

Frunzo el ceño, aunque no me vea.

No tengo ganas de indagar en sus dudas infundadas. También desestimo las mías, que se reafirman con lo que dice.

—No pasa nada, de verdad —digo.

La frase suena vacía incluso para mí.

Después de conversar con Luc, decido ponerme en marcha. Enciendo la cafetera y oigo el sonido de la puerta. No necesito mirar para saber quién es. El golpe suave pero seguro de sus pasos se ha grabado en mi memoria.

Levanto la mirada cuando ella entra en la cocina. Su rostro no revela nada. Sus ojos me observan con cautela, como si midieran cada movimiento.

—Vine a buscar mis cosas —dice, directa y fría. Sigue en la misma postura con la que se fue.

Agarro la taza de café con calma, pero mi espalda se tensa.

—¿Tus cosas? —repito. Alzo una ceja, dejando que el sarcasmo impregne mi voz y reciba un poco de mi desconcierto—. Anoche, parecía que no te importaba lo que dejabas atrás.

Sus labios se tensan. No responde. Me ignora con una indiferencia que corta más hondo de lo que debería y se dirige al

cuarto que usaba hasta hace menos de un día.

Me quedo donde estoy, con los dedos apretando el borde de la encimera, conteniendo el impulso de seguirla.

Quiero una jodida respuesta.

Quiero que me haga entender qué diablos está pasando.

Mis pies siguen clavados al suelo y las palabras, atoradas en mi garganta.

Capítulo 16



No voy a echarme atrás. Todo se ha complicado de una manera inesperada y soy la única responsable. Me dejé llevar por la tentación que me provoca su apariencia y las emociones que me despierta. Emociones que debo erradicar de mi sistema.

No conozco a nadie que discuta esa frase «la distancia lo cura todo».

Eso haré: tomar distancia.

Hablar con el doctor Gibson me ha dejado tranquila. No estoy incumpliendo el trato y puedo irme si lo deseo.

Y sí, lo deseo. Pryce ya no me necesita.

Salgo del dormitorio con mis cosas. El corazón me galopa a un ritmo que me asusta. También lo hacen las palabras que no digo, la reacción que reprimo y hasta las emociones que me atormentan en silencio. Nunca creí que me sentiría así después de confirmar que Cole estuvo involucrado.

No debería haberme acostado con él. Ahora todo es más complicado y sin las pruebas concretas, tampoco puedo increparlo.

Lo encuentro en la sala, apoyado en el marco de la ventana, con una taza de café en la mano. Cuando me ve, su mirada intensa se queda conmigo. No puedo sostenerla mucho tiempo.

—¿Te vas ya? —pregunta.

Su voz tiene una calma engañosa, una que no coincide con la tensión en su postura.

Me ajusto la correa del bolso en el hombro, buscando algo que hacer.

—Me han dado permiso. Ya estás bien. Así que… —Dejo la frase inconclusa. Espero que esta escueta explicación sea suficiente para evitar preguntas.

—Oh, por supuesto. —Su tono cambia, ahora es sarcástico, cortante—. Qué desilusión. Parece que no eres de las que miran a los ojos después de acostarse con alguien. ¿Siempre dejas las cosas así después de una noche como la nuestra?

Sus palabras me hieren más de lo que quiero admitir. Lo miro con dureza, aunque por dentro me desmorono. La serenidad que ayer veía en sus ojos, hoy es una mezcla de sentimientos bastante negativos, dirigidos hacia mi persona.

—No todas las noches son especiales, CP. Algunas, simplemente, cumplen su propósito.

En cuanto lo digo, me arrepiento.

Su reacción también es inmediata: encuadra los hombros y se muerde la parte interna de la mejilla, antes de que sus párpados se entrecierren. Luego, se lleva la taza a los labios, sin apartar la vista de mí.

—¿Cumplen su propósito? —repite después—. Genial. Me alegra haber sido útil. ¡Qué suerte la mía!

Su tono es lacerante. Me cruzo de brazos y desvío la mirada hacia la ventana. No debería afectarme. No debería importarme.

Sin embargo, lo hace.

—No todo tiene que ser tan complicado, Cole. Puedes intentar hacerlo fácil —murmuro.

Tengo que apagar el fuego que yo misma encendí, porque esta tensa aplomo con el que actúa, me exaspera y preocupa más que si estuviese gritando.

—¿Fácil? —Ríe. Su risa es seca, sin rastro de humor—. Claro, fácil. Como acostarte con alguien y luego actuar como si nada hubiera pasado. ¿Eso sí es lo que haces siempre?

Mis manos se tensan alrededor de la correa del bolso. No quiero discutir, tampoco que crea que tiene algún poder sobre mí.

—¿Y qué esperabas? ¿Que pongamos etiquetas? Lo siento si te hice pensar otra cosa.

El comentario lo descoloca y puede que mi actitud también. No importa, necesito que crea mi mentira.

Su mandíbula se tensa y sus ojos oscuros brillan con algo que podría ser dolor o rabia, o ambas cosas. O quizá me lo imagino.

Tampoco importa.

—No eres de esas —dice en voz baja, como si estuviera hablando consigo mismo—. Eres de las que se van justo cuando las cosas se ponen… interesantes.

Se sienta en el sofá y cruza las piernas. Cualquiera que lo viera, diría que está relajado. Yo sé que no. La taza de café tiembla levemente en su mano y sus nudillos se marcan con la fuerza que le aplica al agarre.

Sé jugar a esto si me siento herida o indefensa. Acabo de salir de una relación donde aprendí a hacerlo. No es lo mismo, aun así, me sirve la experiencia.

—Interesantes… —Uso ironía justa, también entrecierro los ojos y elevo los hombros—. ¿De verdad lo crees? Lo que pasó entre nosotros no cambia nada, Cole.

Tuerce el gesto, murmura algo que no escucho, deja la taza en la mesita y me mira con el ceño fruncido después de soltar una risita nerviosa.

—Si eso piensas, así será.

Quiero agregar algo, pero las palabras no salen. Tengo que irme. Estoy perdiendo el control. Su expresión endurecida y su cuerpo tenso me hacen sentir como la villana de esta historia, no obstante, ¿qué otra opción tengo? Si me quedo, corro el riesgo de perderme en él. Y no puedo permitírmelo. No cuando cada vez que lo miro recuerdo que hay indicios de que sea el responsable de lo que le pasó a Dylan. Seré incapaz de enfrentar esa verdad si cedo.

—No he venido a pelear, CP. Solo vine a buscar mis cosas. Nada más.

—Por supuesto. Haz lo que tengas que hacer, Kate. No te detendré.

Lo miro una última vez, examinando si hay algo que me haga cambiar de opinión. Solo encuentro un par de puños apretados y labios convertidos en una delgada línea. Su mirada ya no me busca. Su postura es una muralla impenetrable.

—Es mejor así —susurro, con un hilo de voz. Intento sonar firme, pero no lo logro—. No somos el tipo de personas que deberían liarse. No funcionaría.

No espero respuesta.

Antes de que mi decisión flaquee, salgo del apartamento y cierro la puerta detrás de mí.

Cada paso que doy lejos de él me pesa más que el anterior.

Apenas puedo avanzar.

Lo odio por ser quien es. Me odio por no haberme resistido a sentir. Sobre todo, me odio por desearlo de vuelta.

Capítulo 17



Kate se ha marchado. Me quedo solo en el salón, con la vista fija en la puerta. Mi pecho sube y baja con una respiración pesada. Quiero convencerme de que esto es lo mejor, pero lo único que siento es que algo se me escapa entre los dedos.

Una parte de mí quiere darme una bofetada por haberle permitido irse así, dejándome con más preguntas que respuestas. Lo que ha dicho, su actitud... nada tiene sentido. Me paso una mano por el pelo, despeinándolo aún más. Lo que me jode no es que se haya ido, sino desconocer el porqué. ¡Joder!

¿Qué carajos he hecho mal?

La conversación sigue dándome vueltas en la cabeza, repitiéndose como un maldito eco. ¿En qué momento se torció todo? Creí que habíamos llegado a una tregua, algo parecido a una paz inestable. Y, de pronto, su frialdad. Esa mirada calculadora, como si hubiera decidido que soy una molestia.

Frustrante. Desquiciante.

Suelto un bufido y me levanto. No puedo estar quieto. Camino de un lado a otro, con los músculos tensos, las manos apretadas en puños. Me detengo frente al ventanal y observo mi reflejo. No me gusta lo que veo.

«No significa nada», me repito, apretando los dientes. «Kate no significa nada».

Mentira. Y lo peor es que lo sé.

Golpeo el marco de la ventana, no con fuerza, aunque lo suficiente como para sentir algo, cualquier cosa que no sea este

maldito torbellino de pensamientos.

Kate se está metiendo bajo mi piel, sabe presionar los botones correctos y también aprendió a desarmarme con pocas palabras. Pero lo que más me jode son sus silencios. Joder, esos malditos silencios suyos dicen más de lo que debería soportar.

Mike aparece en mi mente, como siempre que me desestabilizo. Esa maldita misión… el instante que lo cambió todo. Cierro los ojos. Recuerdo los gritos, el eco de los disparos, la sangre. No fue solo Mike quien murió ese día; también una parte de mí. Desde entonces, he ignorado el lujo de sentir. Me ha costado demasiado recuperar el control y ahora… Kate amenaza con derrumbarlo. Sus ojos inquietos, sus palabras llenas de significados ocultos y… las jodidas dudas que me provoca.

Regreso al sofá, pero no me siento. Estoy demasiado inquieto. El recuerdo de su piel contra la mía y de su boca robándome el aliento sigue demasiado presente. Maldita sea, debería estar furioso, debería dejarla ir, pero lo único que quiero es buscarla. Eso es lo que me jode más: esta necesidad irracional de verla de nuevo, de entender qué diablos acaba de pasar.

Mis ojos se desvían hacia el suelo, debajo del mueble de la entrada, y veo… ¿una carpeta?

«So… solo quería… darle eso a Kate. Ya me voy». Hunter acojonado vuelve a mi memoria y con él, el instante en que lo que le entregaba a Kate, de mala manera, se deslizaba hacia allí. Y mientras... bueno, mientras no pensábamos en nada que no fuera arrancarnos la ropa, nos olvidamos de eso.

La tomo con esfuerzo; agacharme no es fácil en este momento. Joder.

¿Volverá a buscarla? La sola idea me hace apretar la mandíbula. La dejo sobre el mueble. Ya veré lo que hago con ella.

¿Por qué no dejo esto atrás y listo? Porque no. A pesar de que mi instinto me grite que corra en la dirección contraria, hay algo en Kate que me hace querer más. Cada detalle de ella sigue ahí, clavado en mi mente: su forma de mirarme, como si tratara de leer lo que oculto; su lengua filosa; esa sonrisa pendenciera…

Me siento un idiota esperando a que vuelva. No lo hace. Por supuesto que no lo hace.

Me paso una mano por la cara con el afán de borrar el rastro de sus caricias. Es imposible. Me dejo caer en el sofá y cierro los ojos; tampoco ahí encuentro paz.

Kate se está convirtiendo en algo más y me aterra que su ausencia duela. Frunzo el ceño, decidido a no dejar que esto me domine. Ya no soy del tipo que se deja llevar por sus emociones. Sé lo que eso significa y no estoy dispuesto a sentirlo de nuevo.

Tengo que verla y pedirle explicaciones. No para suplicar. Lo necesito para cerrar el círculo que ella misma abrió, para entender por qué está haciendo esto y cómo diablos me las arreglé para perderla tan rápido. Inventaré cualquier excusa, lo que sea, porque una parte de mí no soporta la idea de que esto termine aquí.

Levanto la vista hacia la puerta una vez más. Busco una señal, cualquier indicio de que el universo está dispuesto a darme una segunda oportunidad.

Nada.

Suelto una risa seca, sin humor.

—Estoy jodido —digo en voz baja, dejándome caer contra el respaldo.

Capítulo 18



Volver al hospital es justo lo que necesitaba. Aunque al principio me resultó extraño retomar la rutina de alarmas y carreras para no perder el bus. Con cada paso sentía que las cosas volvían a su lugar. La normalidad, aunque monótona, es un refugio cómodo.

—Me han dicho que el paciente ha acabado su rehabilitación —comenta el doctor Gibson a mi espalda—. Bienvenida de vuelta, Kate.

—Gracias, doctor. El señor Pryce se ha recuperado muy bien, incluso de su segunda intervención.

—Estuvo en buenas manos.

Mientras converso con el director, veo a Hunter pasar cerca de nosotros y bufar como un niño malcriado. Ni siquiera me mira. No me sorprende. Siempre ha sido así.

—Me alegra verte, Kate —dice Gibson antes de alejarse, dejándome sola con mis pensamientos.

Respiro profundo y con unas cuantas zancadas me acerco hasta Hunter. Lo agarro del codo y lo obligo a volverse. Quiero que me mire.

—¿No piensas saludarme? —le pregunto, irritada por su actitud.

—Depende. ¿Sigues con ese matón que quiere meterme una bala en la cabeza? ¡No fuiste capaz de defenderme, Kate!

—Sabía que Pryce estaba exagerando. Es un engreído que solo quiere hacerse el duro —miento, restándole importancia. No le debo

explicaciones. Solo quiero un mínimo de respeto entre nosotros, a pesar de nuestras diferencias.

—De verdad estás con él. ¡Te has vuelto loca! —me grita, con los ojos chispeando de rabia.

—No estoy con él. Y cuida tu forma de hablarme, Hunter —le advierto con firmeza.

Inspira profundo. Sé que intenta controlarse. Cuando estábamos juntos, solo me decía cosas lindas antes de quitarme la ropa. Para él, yo no servía para nada. Supongo que todavía lo cree, pero ya no tiene poder sobre mí. Me importa poco lo que piense. Lo único que tolero es su opinión sobre la investigación que comenzamos juntos sobre Dylan. Aunque me haga dudar demasiado, lo escucho. Puede ser más objetivo que yo con la información.

—Solo quiero cuidarte, Kate.

—No necesito que lo hagas.

—¿Cenamos esta noche y hablamos? —pregunta, con ese tono suave, casi meloso. Se acerca y me acomoda un mechón de cabello detrás de la oreja—. Te extraño.

—Lo nuestro terminó hace mucho tiempo —respondo, apartándome.

—Entiendo —gruñe con brusquedad—. De nada por la información que te di.

Entrecierro los ojos y antes de que pueda preguntarle a qué se refiere, se da media vuelta y me deja sola.

«De nada por la información que te di». La frase resuena en mi cabeza y entonces hago clic: la carpeta. ¿Dónde está?

Repaso la escena en silencio y rebusco en mi memoria. Soy incapaz de recordar dónde la dejé.

Saco el móvil del bolsillo para llamar a CP y me arrepiento de inmediato. Ir en persona será lo más acertado. Miro la hora: solo faltan cuarenta minutos para concluir mi turno. Puedo esperar.

Estoy frente a la entrada de CP de nuevo, preguntándome en qué momento he perdido el control. No debería estar aquí, pero necesito

saber lo que hay en ese dosier. Mi mano tiembla antes de tocar el timbre. Respiro hondo y cuento hasta diez para calmarme.

Conservo la esperanza de que todo sea rápido: entrar, recuperar lo que vengo a buscar y largarme antes de que las cosas se compliquen.

La puerta se abre de golpe.

Ahí está él. Su mirada me recorre de arriba abajo. El cabello algo desordenado, la camiseta ajustada que marca sus hombros anchos y el pecho firme. El cosquilleo habitual aparece.

Mantengo la cabeza fría.

—¿De nuevo por aquí? —dice, con esa ironía que parece haber perfeccionado solo para mí—. ¿Tan pronto?

Su tono me enfurece. Y también me atrae. A ambas cosas estoy acostumbrada.

—He olvidado algo —comento, cruzándome de brazos. Necesito levantar una barrera, aunque sé que él tiene el poder de atravesarla.

—¿Eso o es que no puedes mantenerte alejada?

Su sonrisa ladeada es una invitación peligrosa. Ese gesto arrogante me saca de quicio y me anula al mismo tiempo.

Lo ignoro. O al menos. Lo intento. Entro en el apartamento sin esperar su permiso y comienzo a buscar la carpeta. Me agacho junto al sofá, reviso debajo. Nada. Camino hacia la cocina, frustrada. Tampoco. Cuando vuelvo al salón, mis manos están vacías y mi mente, llena de maldiciones.

Cole me espera en medio de la habitación, provocándome con su actitud. Mi corazón late fuerte. Lo hace a propósito, lo sé. Su proximidad me desestabiliza y él lo sabe. Lo disfruta.

—¿Buscas esto? —pregunta, levantando el dosier.

Su voz tiene un deje de satisfacción que me dan ganas de borrar de un manotazo, aun así, me contengo. Asiento, incapaz de confiar en mis palabras. Solo quiero recuperar lo que me pertenece y salir antes de que él me desarme otra vez.

Mi plan es sencillo; llevarlo a cabo con Pryce presente es lo complicado.

—La encontré debajo del mueble de la entrada —me explica, y señala hacia el recibidor.

Extiende su brazo y me la entrega sin demasiado protocolo.

La tomo.

Listo.

Solo queda salir de aquí sin complicaciones. Sigo ignorando la chispa que se ha encendido ante el roce de nuestros dedos.

—Gracias —murmuro, y me giro hacia la puerta. Aquí acaba todo.

Doy un paso hacia la salida, a la vez que su mano se apoya en la puerta, bloqueándome el camino. El calor que emana de él me hace dudar. Lo que me provoca es irresistible.

—¿Es todo? —susurra.

Mi cuerpo se tensa. Sigo con la vista en el suelo.

—Sí. Es todo —mi respuesta es rápida, casi automática.

No quiero mirarlo, pero lo hago. Me arrepiento al instante. Sus ojos están clavados en los míos, tan cerca que siento su respiración contra mi piel. Mi corazón se desboca.

—No puedo dejar de pensar en lo que pasó entre nosotros —murmura, su voz es grave, densa, me envuelve.

Su aliento choca contra mi piel. Me sofoca. Aprieto más fuerte la carpeta. Mis labios se entreabren y las palabras se me atascan antes de pronunciarlas.

Él baja la vista a mi boca y, en un gesto calculado, inclina la cabeza. Un movimiento mínimo. Suficiente para que el aire entre nosotros se vuelva irrespirable. Mi cuerpo se tensa, mi corazón golpea fuerte dentro del pecho.

Sus labios rozan los míos. El mundo desaparece.

El beso no es suave ni cuidadoso. Es urgente, hambriento, cargado de lo que ambos hemos estado reprimiendo. La carpeta cae al suelo, olvidada, mientras mis manos se aferran a su camisa. Debería empujarlo y huir; sin embargo, el deseo es más urgente.

Mi cuerpo responde antes de que mi mente pueda detenerlo. Sus labios son una promesa rota y su lengua, una confesión que no requiere ser pronunciada en voz alta. Por un instante, somos solo él y yo, sin pasado ni futuro, solo el presente enredándonos… confundiéndome.

Debo detener esto.

Me obligo a dar un paso atrás, con la respiración entrecortada.

—No puedo —susurro, aunque el deseo sigue ardiendo en mi piel.

Agarro la carpeta con fuerza y salgo de ahí antes de perder la cabeza.

Capítulo 19



Lavo la taza del desayuno, tomo la cartera y salgo del apartamento. El ruido de la puerta al cerrarse resuena más fuerte de lo habitual o tal vez sea mi cabeza, que lleva días machacándome con la misma cantinela.

—La vida continúa —me repito. Aunque no me convenzo del todo.

Han pasado siete largos días desde que Kate se marchó, desde que me besó y luego huyó como si el roce de mis labios le hubiera quemado. Siete días en los que he intentado, sin éxito, arrancarla de mi mente.

Al principio fue pura frustración. «¿Qué demonios le pasa? ¿Por qué siempre parece que lleva un pie dentro y otro fuera?». Luego vino el desconcierto. «Lo que pasó entre nosotros no fue algo insignificante, no puede haberlo sido». Aún puedo sentir su cuerpo pegado al mío, la forma en que tembló cuando la toqué… y hasta su maldito perfume.

Los días pasaron entre esa mezcla de enojo y duda, hasta que mi instinto tomó el control. Algo no cuadra. Kate no es solo indecisa, es una mujer con secretos, y si hay algo que he aprendido en mi trabajo es que los secretos, tarde o temprano, salen a la luz.

Conduzco sin prisa, con las manos firmes en el volante. El hospital se alza frente a mí y la tensión se instala en mi cuerpo. Inspiro hondo, liberando el aire en un suspiro lento.

—No tengo por qué verla hoy —me digo. Pero la idea me sabe a mentira.

Aparco en el primer hueco libre y bajo del coche, nervioso. Mis hombros están tensos y la mandíbula, apretada.

Entro y observo cada rincón; el olor a desinfectante no me pasa desapercibido. Subo al ascensor y me dirijo a la planta donde se encuentra la consulta del médico que me operó.

—¿Cole?

Me giro y la veo. Kate.

El pulso me traiciona por un instante, pero mi expresión sigue imperturbable. Ella, en cambio, parece nerviosa.

—Kate… hola.

Su boca se entreabre, como si quisiera decir algo más, pero titubea. Frunzo el ceño, intrigado.

—¿Estás bien? —pregunta al fin.

Asiento, justo cuando aparece Hunter, el imbécil que la empujó aquella vez en mi casa. Me lanza una mirada desdeñosa y sigue su camino. Una sonrisa ladeada se dibuja en mi rostro.

—No le hagas caso —murmura Kate.

Doy un paso hacia ella, acercándome lo suficiente para que sienta el calor de mi cuerpo.

Joder, qué bien huele.

—¿Te cuento un secreto? —susurro, cerca de su oído.

El ligero temblor en su respiración me dice todo lo que necesito saber. Le afecta. Y eso me gusta.

—Me importa un carajo ese tipo —digo, con voz grave—. Solo quiero saber si a ti te molesta.

Ella niega con la cabeza, en un gesto rápido. Eso es suficiente para saciar momentáneamente mi inquietud.

—Llego tarde —comento y doy un paso hacia la consulta, aunque la idea de alejarme de ella me jode más de lo que debería.

—Cole —su voz me detiene. Su mano atrapa mi muñeca. El contacto es breve, pero un destello de electricidad me recorre la columna. Ella también lo siente; lo sé por la rapidez con la que me suelta, como si se hubiera quemado.

—¿Te veo luego? —pregunta, con un leve temblor en la voz.

La observo un segundo de más. Mi mano se alza sin pensarlo. Deslizo los dedos por su mejilla; apenas es un roce, pero es

suficiente para que su pecho se eleve en una inhalación entrecortada. Sé que debería apartarme, que no necesito esta complicación, pero joder... verla reaccionar así me da más respuestas de las que ella está dispuesta a admitir.

—Te espero en la cafetería —dice.

Le guiño un ojo y me alejo.

Si sigue tentándome así, va a descubrir que tengo límites, pero también tengo toda la paciencia del mundo para hacer que los cruce por voluntad propia.

Kate está jugando con fuego. Y yo… yo estoy dispuesto a quemarme.

Capítulo 20



Inspiro profundo y suelto el aire lento, concentrada en recuperar el control. Es la tercera vez que lo intento y apenas lo consigo. Cole Pryce acaba de desestabilizar la tranquilidad que había logrado en estos días. Y lo único que hizo ha sido aparecer, susurrarme al oído, acariciarme la mejilla… y guiñarme un ojo. Tonterías. Cosas sin importancia. Pero mi cuerpo se niega a ignorarlas.

Tomo asiento en una mesa apartada de la cafetería, con la dichosa carpeta frente a mí. Cruzo y descruzo las piernas. Estoy ansiosa. Espero. Hasta que lo veo avanzar hacia mí. Tiene una mano en el bolsillo y con la otra se acomoda el cabello rebelde, ese que insiste en no ser domado. Sus ojos oscuros me encuentran y una letal sonrisa se le dibuja en el rostro. No hay prisa en sus pasos, como si se regodeara en la inquietud que me provoca. Me obligo a sostenerle la mirada, a aparentar que nada dentro de mí está a punto de incendiarse.

Se sienta a mi lado. Es definitivo: su cercanía me afecta demasiado. Su calor, su olor… Mis dedos juguetean con una servilleta.

—¿Todo bien con el médico? —pregunto, para romper el hielo. Cada segundo de silencio tensa más el ambiente.

—Todo perfecto. Eso es…

—Sí, el dosier que fui a buscar a tu casa hace una semana —lo interrumpo, directa.

—Ya.

Carraspeo y me armo de valor. Debo soltarlo de una vez:

—Necesito tu ayuda, Cole. Hace días que quiero llamarte, pero me pareció inapropiado después de… bueno, por lo que pasó…

—Curioso que pienses eso si, según tú, no cambiaba nada —responde, con reproche.

La atmósfera cambia de inmediato. La calidez de su sonrisa se esfuma, reemplazada por una clara tirantez.

—Sabía que no era buena idea —murmuro y me levanto, pero mis piernas tambalean cuando intento retirarme.

Quizá debería haberlo pensado mejor.

Ya encontraré a alguien más que me ayude. Siempre hay algún agente o un policía en este hospital. Solo necesito un poco más de paciencia.

—Espera —su orden me congela. Su tono es bajo, firme. Innegociable—. Tienes razón. Perdona. Empecemos de nuevo. ¿Qué es esto?

Sus ojos se posan en los informes y mi corazón comienza a latir con más fuerza. Esto es lo que quería y temía a la vez. Ahora que lo tengo enfrente, me es difícil explicarme.

—Es una investigación sobre la muerte de Dylan, mi hermano. Hay detalles que no entiendo porque quien me la dio obtuvo partes del expediente policial o lo que sea. La información parece estar codificada —explico, observando cómo su expresión se endurece.

—Y quieres que la decodifique por ti —dice, como si fuese evidente.

Toma la carpeta y empieza a hojearla. Su expresión cambia. Sus dedos se tensan alrededor de las hojas. Su respiración se acelera. Sus fosas nasales se dilatan. Cuando levanta la vista, la simpatía ha desaparecido de sus ojos, es reemplazada por algo mucho más oscuro. Confusión. Rabia. Una tormenta a punto de desatarse.

—¿Qué coño es esto? —cuestiona en voz baja, afilada—. ¿Estás jugando conmigo?

Niego, con la garganta cerrada. Cole se pone de pie de golpe, su furia estalla en la tensa calma de la cafetería. Golpea la mesa. Algunas personas nos miran, pero a él no le importa.

—Siéntate. Déjame explicarte, por favor— —le pido, sintiendo cómo me tiemblan las manos.

¿Qué le pasa?

—No tienes nada que explicar —responde con frialdad, sin mirarme—. Siempre supe que algo no cuadraba contigo.

Me enderezo, aguantando el golpe. Y si yo no le cuadraba, ¿por qué metió en su cama...? Bueno, en su sillón.

—Nunca lo has disimulado bien. Incluso Luc se ha dado cuenta.

Mi mente se acelera. Su reacción me confunde demasiado y... ¿Luke? ¿Qué tiene que ver Luke en esto?

—Cole, no sé de qué demonios estás hablando —digo por fin.

—¡¿No sabes de qué...?! —Su risa es áspera, incrédula. Luego suelta el aire, negando—. ¡Por Dios! ¡Te falta vergüenza! Te abrí las puertas de mi casa, te conté sobre mis putas pesadillas, ¡y tú solo jugabas conmigo!

Da un paso atrás y luego vuelve, como si ni él mismo supiera si quiere alejarse o enfrentarme. Me enfrenta otra vez, con los dientes apretados.

—Dime, ¿qué quieres de mí? ¿Quién demonios eres en realidad?

Mis labios se mueven, pero ninguna palabra sale de mi boca. El aire se siente tóxico, imposible de respirar.

Nunca me había intimidado tanto una reacción, una mirada.

Antes de que pueda responder, una enfermera se acerca.

—Kate, te necesitan en la habitación 312.

Me quedo congelada un instante, aunque reacciono enseguida ante la voz de la chica repitiendo mi nombre. Asiento para que mi compañera comprenda que la he oído y clavo mis ojos en Cole.

—Déjame explicártelo —le ruego en voz baja. Lo veo negar, con la mirada perdida en el suelo—. Por favor. Te lo contaré todo, pero no ahora, ni aquí.

Silencio. Su mirada se clava en la mía. Hay rabia, sí, pero también desilusión. Resignado, murmura un «está bien».

Sin otra opción, salgo de la cafetería, con la sensación de que he dejado más que una conversación a medias.

Capítulo 21



Estoy sentado en el borde de la cama, con la vista fija en el suelo. No sé cuánto tiempo llevo aquí, lo que sí siento es el peso de cada segundo aplastándome. Desde que Kate se alejó de la mesa, me quedé en blanco. Lo único que puedo oír es el eco de sus palabras, repitiéndose una y otra vez en mi cabeza: «Una investigación sobre la muerte de mi hermano».

Me bastaron un par de párrafos para darme cuenta de que se trataba de la misma misión en la que murió Mike.

¿Qué tiene que ver el hermano de Kate en todo esto? ¿Quién demonios era en realidad? Ese día hubo varios muertos por ambos lados; los rostros, los gritos y el humo… Me aprieto los ojos con las manos y respiro hondo. Es inútil. No sirve de nada. Ese puto día está tatuado en mi memoria, como una maldición imposible de borrar.

Y ella lo sabía. Desde el principio.

Cada conversación, cada maldita mirada... Todo fue una estrategia. ¿Solo fui una pieza más en su rompecabezas?

«No todas las noches son especiales, CP. Algunas, simplemente, cumplen su propósito».

¡Dios! Me lo dijo a la cara y fui tan estúpido que ni siquiera me di cuenta.

Un golpe en la puerta me saca del trance. Sé quién es. Necesito respuestas, aunque no tenga muy claro si estoy listo para escucharlas de su boca.

Dejo pasar unos segundos antes de abrir, intentando recomponerme. Trato de reunir la calma que me falta y esconder la

rabia que me desborda. El dolor... ese se me nota hasta en la forma de moverme. Cuando abro la puerta, ahí está ella, con los ojos llenos de incertidumbre.

Si busca obtener mi compasión esta vez, lo lleva claro.

—No imaginé que vendrías— —gruño. Mi voz suena más áspera de lo que pretendía, me da igual. Si se siente herida, mejor.

Se encoge de hombros, insegura, y entra con un paso cauteloso. Cierro tras ella y la observo desenvolverse con confianza. Como si todavía tuviera derecho a estar aquí. El silencio se vuelve espeso y la dejo en él, esperando.

«Habla, maldita sea», pienso con los dientes apretados, hasta que, por fin, se gira para enfrentarme.

—No he sido honesta contigo —admite.

Cada palabra que sale de su boca es como una cuchillada. No hace falta que lo admita porque ya lo sé. Cada parte de mí lo sabe.

—No me digas —respondo, con una amargura que no intento disimular.

Me mantengo quieto, tenso, sin apartar la mirada de ella. Espero. Quiero que termine de hundirse.

—La carpeta... La investigación sobre Dylan incluye información sobre la misión en la que murió Mike —continúa, y siento que mi estómago se revuelve. Mis puños se aprietan de forma automática. Aun así, me obligo a callar. Me asusta lo que pueda salir de mi boca si la abro—. No supe que estabas involucrado hasta que uní cabos con lo que me habían contado Luke y tú. Te juro que me enteré al hablar con él aquella noche.

La rabia se extiende por todo mi cuerpo. ¿No lo sabía? ¿Es eso lo que me quiere hacer creer? Desde el primer día ha estado detrás de algo y ahora resulta que la conexión entre su hermano y Mike ha sido solo una maldita coincidencia. ¡No me jodas! ¿Se cree que soy idiota?

—Solo busco respuestas, Cole. Necesito saber quién mató a Dylan. Te lo pido por favor, ayúdame.

—¿Ayudarte? —repito, con el sarcasmo desbordando en mis palabras—. ¿Después de ocultarme todo esto? ¿Te das cuenta de lo que me estás pidiendo, Kate? No tienes ningún derecho. Primero,

me escondes toda esta mierda. Y, segundo, no tengo ni puta idea a qué bando pertenecía Dylan. Si no estaba con el FBI o con la policía, la única opción que queda es pensar que fuera parte de la banda de delincuentes que desmantelamos. Eres consciente de ello, ¿verdad?

Niega con vehemencia.

Sigue enfrentándome con esos malditos ojos suplicantes, llenos de verdades a medias. Traga con dificultad y se mantiene firme.

—Dylan fue un daño colateral que prefirieron ocultar. Mis padres hablaron con altos mandos y ellos lo reconocieron. Lo callan porque les conviene y te juro por su memoria, Cole, que voy a vengar su muerte llevándolos a juicio.

«¿Un daño colateral?».

Suena tan absurdo y tan lejos de lo que hace el FBI, que me cuesta procesarlo.

—¿Sabes lo que estás diciendo? —le suelto, y la miro como si estuviera loca—. Estás hablando de una operación que se cobró la vida de mucha gente, entre ellas la de Mike. ¿En serio piensas que estoy dispuesto a abrir esa herida por ti, después de esto?

El dolor en sus ojos parece genuino. Si no fuera porque me cuesta creer en ella...

—Solo quiero la verdad, Cole. Eso es todo lo que busco —dice, y su voz se quiebra al final.

¿La verdad? Maldita sea, si realmente la quería, debería haber empezado por contarme la suya desde el principio.

—¿Por qué ahora, Kate? Tenías esa carpeta, sabías lo que había... ¿por qué lo callaste? —Las palabras brotan de mí cargadas de algo más parecido a la decepción que a la ira—. ¿Por qué no dijiste nada mientras yo...?

Me detengo. No pienso darle el placer de escucharme terminar esa frase. No pienso admitir que me estaba enamorando de ella.

Abre la boca para responder, pero la corto con un gesto.

—¿Sabes qué? Ya no importa. Es duro reconocer que fui un maldito peón en tu juego.

Da un paso hacia mí, su mano tiembla al intentar tocarme. Retrocedo, impidiéndoselo.

—Porque tenía miedo —susurra—. Miedo a lo que pudiera descubrir, a que fueras el responsable y a que te alejaras.

Una risa amarga se escapa de mis labios. La ironía es demasiado grande. ¿No me alejé de todos modos? ¿Ahora resulta que ya no cree que yo lo maté?

—Pues adivina qué, Kate: hiciste que sucediera lo que querías evitar. Me alejaste. Desde el principio, me has tratado como un imbécil.

Sus ojos brillan con algo que parece… arrepentimiento. Pero ya no confío en lo que veo. ¿Cuántas veces creí en esa misma expresión? ¿Cuántas veces le confié mis miedos solo para que los usara en mi contra?

Mi teléfono suena. Es Luke. Quizás sea lo mejor. Necesito aire. Necesito distancia.

—Tengo que atender —digo, sin mirarla.

Kate asiente. Veo lágrimas que bajan por sus mejillas y no le ofrezco consuelo. No puedo.

—Déjame pedirte perdón por dudar de ti, al menos. Ya sé que no eres quien le disparó —añade, y señala la maldita carpeta, que abraza como si su vida dependiera de ello—. Lo leí aquí.

Así es como se va de mi apartamento.

Le creo. Pero eso no cambia una mierda. Estoy seguro de que todavía debe pensar que algo de responsabilidad tengo.

Capítulo 22



Llevo días intentando enfocar mi mente y solo logro perderme en mis pensamientos. Desde aquella discusión con Cole, no he podido salir de este agujero mental.

¿Por qué no hablé con él? ¡Maldita sea!

Lo tuve frente a mí, al alcance, y dejé escapar la oportunidad. Podría haberlo enfrentado, preguntarle directamente qué sabía, explicarle la situación con calma… Pero no lo hice. Cole puede haber sido una de las últimas personas que vio a mi hermano con vida. Y en lugar de buscar respuestas, me dejé arrastrar por esta maraña de emociones que me aturden y me confunden.

Hay algo en él que me atrae y me vulnera al mismo tiempo. Su mirada, su forma de sostenerla sin titubear, ese sarcasmo que esconde más de lo que revela… Cuando estamos juntos, me desconcierta hasta el punto de no saber cómo reaccionar. Podría rendirme a esa conexión extraña y dejar que las cosas fluyan, pero el recuerdo de Dylan es un muro infranqueable. No puedo permitirme apostar por Cole sin saber qué papel jugó en todo esto. Y si descubro que su presencia aquel día lo convierte en culpable, aunque sea indirectamente… ¿Podría soportarlo?

Arruiné la oportunidad que se me presentó. La frágil confianza que habíamos construido se rompió. No fui capaz de manejar la situación; lo mezclé todo. La atracción, la rabia, la culpa… Quise convencerme de que podía ser fuerte y mantenerme distante, pero lo único que conseguí fue alejarlo.

¿Cómo pude ser tan ingenua? Cole pudo haber sido mi mejor fuente, el atajo hacia la verdad por el que me convencí de trabajar en el hospital. Me dejé consumir por mis miedos, por esa parte que sigue dudando de él y, al mismo tiempo, lo desea con una intensidad que no quiero admitir.

¿Qué me pasa? ¿Cómo puedo estar tan desorientada e indecisa?

Las calles de Brooklyn me reciben con esa mezcla de familiaridad y extrañeza que siempre me hace sentir un poco fuera de lugar. Todo sigue igual, pero también diferente. La panadería de la esquina huele al mismo pan recién hecho de siempre, pero ya no me reconforta. Camino despacio, observando a la gente que pasa con prisa. Me pregunto si alguno de ellos sabe lo que es perderlo todo.

Al llegar a la cafetería donde Dylan y yo solíamos pasar las tardes, me detengo. El mismo cartel de «Abierto» cuelga en la puerta, tan gastado como mis recuerdos. Nunca he vuelto a entrar desde que él murió. Mi reflejo en el cristal me devuelve la mirada: el cabello recogido apresuradamente, las ojeras marcadas… No parezco yo. Parezco alguien más frágil, más rota.

Los recuerdos me asaltan. La risa de mi hermano, su expresión de fastidio cuando lo molestaba… ¿Qué hacía él en ese lugar el día que murió? ¿Por qué nadie lo menciona?

—Hey. Eres Kate, ¿cierto?

La voz me saca de mi ensimismamiento. Me giro rápidamente, sobresaltada. Un chico de la edad de Dylan me observa. Lleva una gorra gastada y una chaqueta que ha visto mejores días. Sus ojos me observan con curiosidad y cautela.

—¿Nos conocemos? —pregunto, obligándome a esbozar una simpatía que no siento.

—Más o menos. Yo… era amigo de Dylan. —Se encoge de hombros, como si no tuviera importancia, pero su tono me dice lo contrario—. Solíamos juntarnos en el barrio. Era un buen chico.

Mi pecho se contrae. Hace tanto que no escucho su nombre pronunciado con tanta naturalidad… Desde que murió, solo lo mencionan con pesar, con incomodidad.

—Siento mucho lo que pasó —continúa—. ¿Tú sabes qué fue lo que realmente sucedió?

Hay un matiz en su voz que me pone en alerta. Es sutil, pero está ahí. Me está midiendo.

—No sé mucho más que lo que la policía dijo. Fue todo muy confuso —respondo sin dar más información.

Asiente lentamente, sin apartar la mirada de mí. Sus ojos entrecerrados me analizan.

—Claro… Es que algunos dicen que fue raro, ¿no? No tenía sentido que él estuviera en ese lugar.

La incomodidad se instala en mi estómago. Está tanteando el terreno. ¿Por qué?

—No lo sé —murmuro, sin ganas de seguir la conversación.

Él repite el gesto de asentir varias veces, como si mi respuesta lo tranquilizara.

—Escuché que investigabas por tu cuenta. Tiene sentido, eres su hermana. Si estuviese en tu lugar, querría respuestas.

Nuestras miradas se cruzan. Procura parecer indiferente, pero hay algo en su expresión que no me cuadra. ¿O soy yo la que está viendo fantasmas?

—¿Quién te dijo eso? —indago, sintiendo un escalofrío recorrerme la espalda.

—Se comenta en el barrio, ya sabes cómo es esto.

El frío sube por mi columna. ¿Cómo sabe todo esto? No me gusta hacia dónde va esta conversación. Me inquieta.

Él también me inquieta.

—Me enteré de que alguien estaba haciendo preguntas sobre Dylan... dos tipos. —Suelta y yo me paralizo.

—¿Cómo has dicho que te llamabas? —pregunto, intentando recordar si mi madre ha mencionado a algún Jason.

—Eh… Jason —responde con desgana.

Necesito alejarme de él. Me hace sentir expuesta, y no me agrada en absoluto.

—No hay nada nuevo en su caso —digo finalmente, obligándome a sonreír. Mis labios tiemblan ligeramente—. Tengo que irme. Me ha gustado conocerte.

Sin esperar su respuesta, doy media vuelta y me alejo con paso firme, aunque mis piernas parecen de gelatina y mi corazón late

desbocado. ¿Quién era realmente ese chico? ¿Por qué se me acercó?

Al girar la esquina, me detengo y miro hacia atrás. Jason sigue ahí, observándome. Como si esperara algo. Un escalofrío me recorre la piel y apresuro el paso, mezclándome entre la gente. Necesito desaparecer.

Capítulo 23



Han pasado tres días desde que inicié una investigación por mi cuenta, sin el respaldo de la agencia. Sé que estoy cruzando una línea, pero no puedo ignorar la imagen de Kate rogándome ayuda.

No hemos vuelto a hablar desde nuestra última discusión. Tengo ganas de enfrentarla, de decirle todo lo que guardo y escupirle en la cara mis sentimientos, esos que pisoteó. Pero con cada hora que pasa, el rencor se diluye. Vuelvo a enfocarme en lo que me gusta de ella, en lo que provoca si está cerca. Me desconcierta, eso me jode, y me atrae.

No sé cómo hubiese actuado yo en su lugar. Tal vez peor. Pero eso no importa ahora. No quiero responsabilizarla de nada, solo ayudarla a abrir la caja de Pandora que he evitado desde que despedí a Mike. La culpa echó raíces en mí, y ya es hora de arrancarlas. Además, en la muerte de Dylan hay algo que no cuadra, detalles que no me dejan dormir.

Luke me está ayudando. Tiene tantas o más intrigas que yo.

—¿No se te hace raro que no figure su nombre? —pregunta Luc mientras repasa unos documentos. La mesa del comedor es un caos: hojas, fotos, listas interminables. Una de esas fotos me llama la atención más que el resto. Kate. Me pierdo un momento en su rostro.

—¡C! —Luc chasquea los dedos frente a mi cara—. Concéntrate. Tengo que salir para el trabajo en menos de una hora.

Parpadeo y vuelvo al presente. Señalo una lista de nombres.

—Tiene que ser uno de estos.

—No, hombre. Ninguno coincide. —Luc suspira y me observa con seriedad—. Entonces, macho, no queda otra que...

—No vamos a considerar eso hasta que sea la última opción —le corto.

Bufa, pone los ojos en blanco y sacude la cabeza.

—Vale. Retrocedamos. Dime qué recuerdas. No te dejes nada, ni siquiera lo que te parezca irrelevante.

Inspiro hondo. Me pongo de pie y camino de un lado a otro, incapaz de quedarme quieto bajo su escrutinio. El lápiz gira entre mis dedos en un movimiento mecánico para calmar mis nervios.

—Nos desplegamos tal cual estaba planeado —empiezo, con la voz tensa—. Habían robado cuatro vehículos y los íbamos a atrapar cuando desarmaran los coches para esconder la droga. Nuestro infiltrado nos dio luz verde. Todo iba según lo previsto, hasta que salieron los adolescentes. Nos vieron y todo se jodió.

Luke asiente. Su expresión es dura como una roca.

—Trueno, Lobo y Flash. Dos muertos y uno condenado —recita.

—Así es —murmuro.

La escena sigue atormentándome, cada detalle está clavado en mi memoria. Mis gritos, los de los delincuentes, Mike...

—Uno de ellos apuntó a Mike. Eran críos, Luc. Tres chavales que no llegaban a los veinte y ya estaban metidos hasta el cuello.

—Ahí fue cuando le gritaste a Mike que no disparara —— interviene, para evitar que me vaya por las ramas, como estaba haciendo. Lo conozco.

Asiento, tragando el nudo en mi garganta. Las palabras tardan en salir.

—Quise que esperara, que no disparara a un niñato. —Aprieto el lápiz entre los dedos—. Fue un error. Mike dudó y ese segundo lo cambió todo.

Luc no dice nada. Deja que el peso de mis palabras caiga por completo sobre mí.

—Uno de ellos le disparó. Mike cayó al mismo tiempo que apretaba el gatillo. Hubo gritos, disparos, desconcierto. Pedí una ambulancia y refuerzos... No pude dejarlo solo. No quería. Sabía que

ese susurro ahogado sería lo último que escucharía de él. —Respiro hondo. La culpa me quema—. Soy responsable de su muerte.

Luc se inclina sobre la mesa, frotándose la frente.

—C, ya hablaremos de responsabilidades más tarde. Sigue.

Muevo la cabeza y trato de enfocarme.

—Lobo me apuntó. Alguien le gritó que no apretase el gatillo. Igual lo hizo. La bala me rozó el brazo. Después, todo fue confuso. Había gritos, sirenas, caos por todas partes. Sentí el calor de la sangre en el brazo y el sonido de los disparos resonando en mis oídos. Me giré hacia la dirección de los disparos, pero algo me golpeó la cabeza. Todo se apagó de golpe.

Luke me observa con atención, mientras respiro hondo, intentando mantener la calma.

—¿Qué más? —insiste.

—Desperté en la ambulancia. La cabeza me latía como el infierno. Un paramédico dijo que tuve suerte. Uno de los delincuentes estaba desangrándose y lo habían subido a la misma ambulancia. Como yo estaba estable, me ofrecí a acompañarlo al hospital. Más tarde, supe que murió antes de que llegara la custodia, mientras me hacían las curas de las heridas.

—Lobo —murmura Luc.

Asiento, incapaz de agregar más.

Revisa su reloj y se pone de pie, dándome una palmada en el hombro.

—Tengo que irme. ¿Estarás bien?

—Sí. Voy a seguir revisando.

Mi amigo se marcha y el silencio se instala en la sala. Me dejo caer en el sillón, rodeado de papeles que parecen burlarse de mí.

Hace unos días, estuvimos en el barrio donde ocurrió. Preguntamos, hicimos ruido. Quizá demasiado. Una noche, encontramos un mensaje en el parabrisas: «Dejad de husmear. No queréis que vuestra amiguita salga herida».

Solo un nombre había salido en la investigación: Kate.

El enojo y la preocupación me producen mucha ansiedad. Tengo que decirle algo. Avisarla. Pero ¿cómo?

Tomo el móvil. Marco su número, pero cuelgo antes de que suene.

No. No puedo dudar.

Esta vez, llamo sin pensar.

—¿Cole? —Su voz me detiene el corazón por un segundo.

—¿Puedo ir a verte?

Capítulo 24



Todavía me tiemblan las piernas.

El hecho de que esté investigando y exponiéndose por mí y por Dylan me remueve demasiado. Sentimientos que han estado germinando sin que yo los alimente o los ahogue. Cada palabra suya me toca donde no quiero que lo haga. No quiero sentir esto. No puedo.

Lo veo y no sé qué pensar. No soy tan fría como para ignorar lo que siento si me mira, si me toca por accidente o, incluso, si simplemente está en la misma habitación. Cole Pryce se está metiendo en mi vida con la misma naturalidad con la que respira. Y lo peor es que no tengo fuerzas para sacarlo.

Cierro los ojos y respiro hondo para recuperar el control. Las dudas, los remordimientos. Asimilar lo que acaba de contarme es demasiado.

Su respiración es profunda y el aire parece electrificarse. Está detrás de mí, demasiado cerca.

—Kate, ¿estás bien? —Su voz resuena grave en mi oído, enviando un escalofrío a lo largo de mi espalda.

Asiento sin mirarlo. Si lo hago, todo lo que he tratado de contener se derrumbará.

—Me equivoqué al pedirte ayuda. No deberías hacerlo por mí —susurro, para convencerme a mí misma—. Estás involucrándote demasiado en esto, Cole.

Siento que se acerca más y mi corazón late tan fuerte que parece resonar en mi cabeza. Un segundo después, sus manos se apoyan con suavidad en mis hombros. Su tacto es cálido. Firme. Su aliento roza mi cuello, erizando mi piel antes de que mi mente pueda reaccionar.

—Déjame ser yo quien decida si debo hacerlo o no —murmura contra mi piel—. Quiero estar aquí, Kate, y no voy a dejar que te enfrentes a esto sola.

Giro el rostro y busco su mirada. Sus ojos me atrapan, ardientes, expectantes. Y yo caigo en ellos. Las palabras se me quedan atrapadas en la garganta. Lo único que existe es ese magnetismo brutal que nos empuja el uno hacia el otro.

No sé quién acorta la distancia y no importa. El beso es un incendio contenido que estalla al mínimo contacto. Al principio, es una exploración torpe, como si ninguno de los dos pudiera creerse que por fin está pasando. Luego se vuelve feroz. Mis manos suben a su nuca, se hunden en su cabello y tiran de él. Necesito más. Más de su boca, de su sabor, de su piel. Cole responde con la misma urgencia, como si el tiempo no fuera suficiente. Su lengua se desliza con la mía, exigiendo, robándome el aire. Me devora con hambre y hasta se me olvida respirar.

Sus manos descienden por mi espalda, me presionan contra su cuerpo. La dureza de sus músculos contra mis curvas despierta una urgencia primitiva. Gimo contra sus labios cuando sus dedos se deslizan bajo mi camiseta, quemando cada centímetro de piel que tocan.

—Kate… —jadea contra mi piel y aumenta la fuerza de su agarre —. No puedo… detenerme.

—No lo hagas —susurro sin rastro de vergüenza.

Cole no espera otra respuesta. Tira de mi camiseta y la arranca de mi cuerpo. Se aparta lo justo para recorrerme con la mirada, oscura y ansiosa, antes de empujarme suavemente contra la pared. Antes de que pueda pensar, me gira y empuja contra la pared. El frío del tabique contrasta con el calor abrasador de su cuerpo pegándose a mi espalda. Su boca se desliza por mi cuello, dejándome sin aliento, mientras sus manos exploran cada curva con descaro.

Cuando uno de sus dedos se cuela en mi pantalón y presiona mi clítoris, dejo escapar un gemido ahogado.

Cole sonríe contra mi piel y suelta una risa ronca.

—Me encanta escucharte.

Deslizo mi cadera hacia atrás, restregándome contra la evidente erección que endurece su pantalón. Él gruñe, con su voz cargada de promesas.

—Provócame, enfermera.

Me doy la vuelta sin dudarlo. Lucho con el botón de su pantalón. Estoy lista para eliminar cualquier barrera.

Un ruido en la entrada rompe el hechizo.

Nos congelamos. Su respiración sigue caliente contra mi cuello, pero la tensión ha cambiado.

—¿Qué ha sido eso? —susurro, sintiendo el miedo instalarse en mi estómago.

Cole reacciona de inmediato. Saca un arma de su tobillo.

—¡Kate, al suelo! —me grita, empujándome detrás de la mesa.

Me apresuro a ponerme la camiseta al revés, pero poco importa. Un estruendo revienta la puerta contra la pared, haciéndola vibrar. La madera cruje y los cristales estallan en mil pedazos. El golpe resuena en mi pecho como un disparo.

Dos hombres irrumpen en el apartamento. Llevan pasamontañas oscuros; uno sostiene una barra de hierro y el otro, un bate de béisbol.

—¡Cole! —exclamo, con el pánico recorriéndome la columna.

Mis piernas tiemblan. Busco mi móvil a tientas, pero no lo encuentro. Cole se mueve rápido, toma una silla y la arroja contra uno de los intrusos para crear una distracción.

—¡Baja la cabeza! —ordena con voz firme.

Me arrastro por el suelo y busco refugio detrás del sofá. La confusión es total. ¿Por qué están aquí? ¿Qué quieren? Apenas puedo pensar.

El sonido de una pelea inunda la habitación. Cole forcejea con uno de ellos, pero el otro se acerca más… a mí.

El hombre del bate me mira y suelta una risa grave, burlona. Me arrastro hacia atrás hasta chocar contra la pared.

Esto no puede estar pasando.

—Vaya, vaya… Si te hubieras quedado calladita, no tendríamos que estar aquí. Pero te gusta jugar con fuego, ¿verdad? —gruñe, tomándome de la camiseta con fuerza—. Deja de husmear.

Su voz me golpea con la misma intensidad que su amenaza.

—¿Jason? —murmuro, helada.

Capítulo 25



La adrenalina sigue corriendo por mis venas mientras sostengo a Kate contra mi pecho. Su cuerpo tiembla y cada sacudida se siente como un golpe directo a mi estómago. Aprieto la mandíbula hasta sentir dolor, intentando contener la rabia. Quiero hacerla desaparecer, pero no puedo. No después de lo que ha pasado. No cuando su miedo me quema por dentro.

Mis manos recorren su cabello en un intento torpe pero genuino de calmarla. Su fragilidad me vulnera de una forma que no esperaba.

—Tranquila, Kate. Ya pasó —murmuro, con voz baja pero firme.

Ella no responde. Su agarre en mi camiseta es desesperado, como si soltarme significara caer al vacío. La sensación de su cuerpo aferrándose al mío me provoca más que la simple necesidad de protegerla. Mi instinto se potencia.

Horas después, ya estamos en mi apartamento. No hubo discusión: no iba a dejarla sola. No después de esto.

Me pongo de pie para buscar un vaso de agua. Desde la cocina, la observo en el sofá, envuelta en la manta que le di. Sus dedos juegan con el borde del tejido, es un gesto mecánico. Su mirada sigue fija en algún punto del suelo.

Kate no debería verse así. Siempre lleva una armadura, incluso cuando sonríe o cuando me desafía. Pero esta noche... esta noche está rota.—

Dijo que se llamaba Jason… que era amigo de Dylan.

Su voz es apenas un susurro, aun así, rompe el silencio con fuerza.

Me tenso al escucharla. Jason. Otro nombre más que añadir a la lista. Otro cabo suelto.

—¿Te dijo algo más? —pregunto.

Insisto en conservar mi tono tranquilo. Necesito que se sienta segura, que no se cierre.

Ella niega con la cabeza y la mirada perdida.

—Solo eso… y que dejase de husmear. Cole… no sé qué hacer.

No fue una advertencia. Fue una amenaza. Y si creen que voy a retroceder, no tienen ni puta idea de con quién se han metido.

—No estás sola en esto, Kate. Vamos a averiguar lo que pasa —aseguro.

Voy a encontrarlos. A todos. Y cuando lo haga, se arrepentirán de haberla tocado.

Ella levanta la vista, encontrándome en la penumbra de la habitación. Sus ojos cargan un torbellino de emociones que no termino de descifrar. Miedo. Agotamiento. Sombras.

—Gracias. No sé cómo haces para que me sienta segura cuando todo se está cayendo a pedazos —murmura, pero su voz se quiebra al final.

Algo dentro de mí cede.

Debería mantener la distancia. Es lo correcto. Pero cuando me mira así, con la vulnerabilidad asomando entre las grietas de su coraza, no hay reglas que me contengan.

Me inclino y la beso.

Es un contacto dulce, lento, cargado de todo lo que he estado callando. No hay urgencia, solo necesidad. La necesidad de demostrarle que aquí estoy, que no voy a ninguna parte. Sus labios tiemblan, pero no se aleja. Se queda. Se aferra.

Me separo solo lo justo para mirarla.

—¿Quieres quedarte esta noche? —pregunto, acariciando su mejilla con el pulgar.

Ella asiente en silencio.

Tomo su mano y la llevo al dormitorio. No hay expectativas de más. Solo estar. Solo sentirnos. Nos tumbamos juntos y, tras una

vacilación, apoya la cabeza en mi pecho. Su respiración es irregular, pero con cada segundo, su cuerpo se relaja, acompasándose al ritmo del mío.

A lo lejos, mi móvil vibra. Es Luke. Lo sé sin mirar. Pero no me muevo. No quiero romper este momento. No quiero soltarla.

—Gracias —susurra de nuevo.

—No tienes que agradecerme nada —respondo, aunque dudo que me haya escuchado.

Me quedo despierto, observando el techo. Jason. Dylan. El ataque. Nada encaja. Y lo peor es que, hasta que lo haga, no puedo garantizar que Kate esté segura.

A la mañana siguiente, me aseguro de que esté más tranquila antes de salir a encontrarme con Luke. Necesito respuestas. No puedo protegerla sin saber qué mierda estamos enfrentando.

Cuando regreso, la encuentro en la sala, al teléfono. Su postura es rígida, tensa. Susurra, pero hay algo en su tono que me pone en alerta.

—¡Kate, por favor! —grita una voz al otro lado de la línea.

Me detengo en seco.

Hunter.

—Pryce va a tu casa y, el mismo día, te atacan. No digo nada, pero… tal vez deberías pensarlo.

Su tono es calculado, envenenado de insidia. Y funciona. Lo veo en el rostro de Kate. En la forma en que sus ojos se llenan de dudas.

En el instante en que me ve y las preguntas parecen multiplicarse.

Nuestra mirada se cruza. Hay confusión. Incertidumbre. Desconfianza. Lo siento todo como un golpe en el pecho.

Hunter ha plantado la semilla.

Y si no hago algo, esa semilla podría destruir lo que apenas estamos comenzando a construir.

He enfrentado criminales, asesinos, gente sin escrúpulos. Pero nunca había sentido tanto miedo como ahora, al ver la duda en sus ojos.

Capítulo 26



Ya no puedo más. Cada vez que creo que las cosas empiezan a aclararse, vuelvo a la casilla de partida.

Hunter no es del todo confiable, pero es Hunter. Ha sido una presencia constante en mi vida, incluso cuando preferiría que no lo fuera. Pero con el tiempo se ha vuelto insoportable, irascible, e incluso, diría que agresivo. Y aunque intento aparentar indiferencia ante su frustración, sus palabras retumban en mi cabeza como una alarma: «Pryce va a tu casa y, el mismo día, te atacan».

Mis dedos tamborilean sobre la mesa, inquietos. Mi mente me grita que haga caso a la advertencia de Hunter, pero mi instinto no sabe en quién confiar. No me gusta lo que insinúa, pero tampoco puedo ignorarlo.

La puerta se abre y levanto la vista. Los ojos de Cole brillan con algo diferente.

—He traído el desayuno —dice mientras se dirige a la cocina sin siquiera mirarme.

Algo anda mal.

Qué fue de las caricias, los besos, la intensidad de anoche. Qué encargos eran esos que lo hicieron salir tan temprano. Y por qué siento que, de alguna forma, estamos en bandos opuestos sin saber cómo llegamos hasta aquí.

—Voy a hacer la denuncia —suelto, buscando provocarle una reacción.

Se detiene. Frunce el ceño y me observa con una expresión crítica antes de acercarse y sentarse a mi lado. Su mano atrapa la mía, cálida, segura, como si con ese contacto pudiera disipar todas mis dudas. Debería apartarme, pero no lo hago.

—Tenemos que ser precavidos, Kate. No sabemos quién está detrás de lo que pasó ayer ni qué busca ese tal Jason. Dame unos días para averiguarlo. Si no consigo nada, te llevaré a la comisaría.

Niego con la cabeza, intentando no ceder a la comprensión de su mirada ni a esas caricias que amenazan con debilitar mi determinación.

—No sé… —murmuro, pero incluso a mí me suena débil.

—Es tu decisión —sentencia, alejándose otra vez.

Su postura me confunde. Parece interesado en lo que elija, pero al mismo tiempo mantiene la distancia. Como si no quisiera presionarme... o como si ya hubiera decidido por los dos.

—Justamente por eso —insisto, sin saber muy bien qué quiero de él.

—Piénsalo mientras desayunamos, ven —me invita, con una sonrisa que me irrita.

¿Por qué está tan tranquilo?

El eco de Hunter resuena en mi cabeza otra vez: «Pryce va a tu casa y, el mismo día, te atacan». Maldita sea.

Me acerco, acepto la taza de café que me ofrece y muerdo un trozo de galleta sin mucho ánimo. Cole me observa con paciencia, como si estuviera esperando a que llegue sola a una conclusión.

—Kate, mantén la calma. Si actúas sin pensar, podrías cometer errores que te pongan en peligro.

Las palabras de Cole suenan lógicas. Sus ojos me dicen que confíe en él. Pero las de Hunter también lo hacían. Y ese es el problema: ya no sé en quién confiar.

—¡Me pones más nerviosa con tu maldita calma, Pryce!

No es que no le importe, supongo. Es que se entrena para esto. Para no perder la cabeza en los momentos críticos. Pero si le importo tanto, ¿por qué parece tan frío?

—Vaya, ¿otra vez soy Pryce? Y yo que pensé que habíamos avanzado —murmura con una sonrisa ladeada.

Avanza hacia mí con una sensualidad natural, cada paso es lento y deliberado, y algo dentro de mí se sacude con fuerza. Mi cuerpo reacciona antes de que mi cerebro procese lo que está haciendo.

—No cambies de tema.

—No estoy cambiando de tema, enfermera —replica divertido, rodeándome la cintura con sus brazos y atrayéndome contra su pecho.

La tensión en mis hombros se desmorona con el calor de su cuerpo. Sus labios están tan cerca que apenas puedo pensar. Pero tengo que hacerlo. Tengo que hacerlo.

—No te olvides de respirar, Kate —murmura, y roza mi labio superior con los suyos. Es un roce apenas, antes de deslizar su lengua sobre él en una caricia que me roba el aliento.

Lo miro con desafío, con la última chispa de resistencia que me queda. Pero Cole solo sonríe, tranquilo, confiado. Como si ya supiera el desenlace. Y lo sabe.

Inhalo profundo. Necesito recuperar el control. Pero su aroma me envuelve, su presencia es demasiado, y las fantasías que he luchado por ignorar regresan con fuerza.

—Cole... —intento hablar, pero mi voz se quiebra.

Con facilidad insultante, me levanta y me coloca sobre la encimera. Suelto un pequeño grito, más de sorpresa que de protesta, y la sonrisa traviesa que curva sus labios me pone al borde del abismo.

Sus labios recorren mi rostro, dejando un rastro de calor que quema y reconforta a la vez. Sus manos, firmes y suaves, dibujan patrones en mi espalda bajo la tela de mi camiseta.

—Cole… —repito, sin saber por qué.

—Dime.

—Para.

Tuerce los labios y ladea la cabeza, mirándome como si pudiera ver a través de mis dudas.

—Repítelo de una forma que me convenza de que eso es lo que realmente quieres.

Odio que tenga razón. Mi cuerpo traiciona mis palabras; un gemido escapa de mis labios. Mis dedos se hunden en su cabello y

mi boca busca la suya, ignorando lo que intenté decir segundos antes.

—Necesito que seas la parte razonable —murmuro, desesperada por aferrarme a algo de control.

Cole sonríe contra mi cuello. Es una risa baja, irónica, que me provoca rabia y el deseo de rebelarme solo para no darle la razón.

—Eso es imposible —susurra antes de que su boca se apodere de mi piel, arrancándome un nuevo suspiro.

Mi mente sigue siendo un campo de batalla entre la lógica y el deseo. Pero mi cuerpo… mi cuerpo ya se rindió hace rato.

—¿Qué pasa, Kate? —pregunta, deteniéndose un instante—. Puedo escuchar cómo giran los engranajes de tu cabecita.

Y eso es lo peor. Que siguen girando. Y aunque mi piel lo reclame, mi mente no deja de preguntarse si no estaré cayendo en la trampa de alguien más.

Capítulo 27



Luke niega con la cabeza y murmura algo que no alcanzo a entender.

—¡¿Qué?! —indago, molesto, mientras dejo una cerveza frente a él.

Sé lo que va a decir incluso antes de que abra la boca. Y parte de mí, la que siempre está jodidamente alerta, teme que tenga razón.

—Me encanta ver que te abres a alguien, pero ¿a ella? —responde con otra pregunta antes de darle un sorbo a su botellín.

Kate acaba de irse, excusándose con la visita del cerrajero y los destrozos en su casa. Su mente estaba en lo que le dijo Hunter, no en nuestros besos.

—La entiendo —respondo, tratando de sonar firme.

Caleb me mira como si quisiera meterme una idea en la cabeza a puñetazos. Lo ignoro, bebiendo largos tragos de mi cerveza.

—Tú sabes quién soy —añado—. Ella apenas me conoce.

—Bien que para meterse en tu...

—No termines esa frase —lo corto y levanto un dedo en advertencia, a lo que él alza las manos en señal de tregua.

—Está bien, está bien… Lo que intento decir es que esta chica es un puto huracán y tú no eres precisamente un puerto seguro. No sé si juntos van a salvarse o a destruirse.

—¿Desde cuándo eres poeta? —respondo con sarcasmo para cortar el tema.

—Solo digo que tengas cuidado, C.

—No pienso detenerme, Luc. Esto es más grande de lo que parece. He hablado con Reynols.

—¡Por fin! —exclama, golpeando la encimera con la palma abierta—. Maldita sea, eres del FBI, C. Tienes los recursos de medio país para investigar y te escabulles más que un novato.

No puedo evitar soltar una risa amarga.

Por primera vez en dos años, me atreveré a hacer las preguntas que había enterrado tras el miedo. Y ahora que tengo acceso a las respuestas, no estoy seguro de que me vayan a gustar.

—Reynols no va a reabrir la investigación. Me dejó ver el expediente, porque, según él, «es por mi salud mental». Supongo que me ve afectado por lo de Mike.

—No me digas... —Caleb arquea una ceja, y hay ironía pura en su voz.

—Vete a la mierda —le espeto, sonriendo.

—Eso pensaba hacer. Tengo guardia y esta noche, una cita —añade con una sonrisa petulante.

—Si esa mujer te clava un puñal en la espalda, al menos que sea después del postre —gruño, incómodo con el tema, y él se ríe antes de terminar su cerveza.

La idea de que otra vez salga con esa mujer me pone de mal humor. Pero es bastante mayorcito ya.

Entro al edificio del FBI con una incomodidad punzante en el estómago. Sin saludar a nadie, subo directo al despacho de Reynols. Su secretaria me permite el paso con una sonrisa automática, más protocolo que amabilidad.

—Permiso, señor —digo al entrar.

Reynols está frente a su ordenador. Me observa por encima de sus gafas y señala los documentos en su escritorio.

—Pasa, Pryce. Tengo poco tiempo. Aquí tienes lo que pediste. Y, por supuesto, esta reunión nunca ha ocurrido.

—¿Qué reunión, señor? —respondo, sin cambiar el semblante.

Él asiente, satisfecho.

—Exacto. ¿Qué necesitas saber?

Respiro profundo. Mis manos comienzan a sudar. Me las seco en los vaqueros y comienzo a hablar. Solo espero que mi voz suene firme:

—Para empezar… ¿quién era Dylan Martins? ¿Por qué no hay información clara sobre él y quién disparó la bala que lo mató? —Hago una pausa, sintiendo el peso de mis propias palabras antes de soltar la pregunta que me consume desde hace dos años—: ¿Soy responsable de la muerte del agente Mike Williams?

Reynols suelta un largo suspiro, se quita las gafas y me estudia con una mezcla de cansancio y frustración.

—No, Pryce, no lo eres. Según las grabaciones y los reportes balísticos, el proyectil que mató a Williams no vino del chico que le apuntaba. Provino de uno de los delincuentes que salían del galpón.

El peso de mis hombros desaparece al tiempo que dejo escapar el aire de mis pulmones. Cierro los ojos un segundo, para asimilarlo. No era mi culpa. Dos años llevándola como una puta losa en la espalda y resulta que no era mía. Joder. No sé si quiero reír o romper algo. Merezco que alguien me grite que soy un gilipollas.

—Esto es inadmisible —protesta Reynols, sin cortesías—. Una simple revisión del informe habría bastado para esclarecerlo hace años. Pero… ¿qué has hecho tú?

—Nada, señor.

—Exactamente: nada. Te lamentaste y huiste. ¿Cómo llamamos a ese comportamiento?

—Cobardía, señor —admito, mordiéndome la lengua al decirlo—. Era algo personal y no habría soportado saber que era el responsable.

Reynols alza una ceja y su mirada es más cortante que sus palabras.

—No volverá a suceder —me ordena.

—No, señor.

Él toma sus gafas y me señala con ellas como si fueran un arma.

—Aquí somos profesionales, Pryce. Que no se te olvide.

Asiento y trago el poco orgullo que me queda procesando su diatriba, en lo que él regresa la vista a su monitor.

—Dylan Martins, alias Lobo —empieza a decir Reynols—, junto con los otros dos menores, conocidos por sus alias Trueno y Flash, salieron del galpón durante el operativo. Williams lo puso en el blanco cuando Martins lo apuntó. Al recibir un disparo, Mike cayó. En ese momento, Lobo cambió de objetivo.

—¿Lobo? —mi voz se quiebra. Mi garganta se seca.

El aire se vuelve espeso. Siento un latido ensordecedor en los oídos. Quiero que Reynols siga hablando, pero al mismo tiempo, necesito que se calle. Que no lo haga real.

Pero Reynols asiente, absorto en el expediente, ajeno a la bomba que acaba de detonar en mi interior.

—Dylan es Lobo —me confirma.

Mi estómago se retuerce. Mis manos se cierran en puños. Apenas puedo respirar, es como si alguien hubiera llenado la habitación con humo. ¡Mierda! Dylan. Lobo.

Mierda.

De todas las personas que podrían estar conectadas a esto, tenía que ser él. Y Kate… Joder. ¿Cuánto sabe ella? ¿Qué más no sé yo?

—La bala que te rozó el brazo era de él. El chico murió en el hospital —añade Reynols, observando mi reacción.

—Yo lo acompañé en la ambulancia —susurro, y el recuerdo del rostro ensangrentado y el cuerpo inerte del muchacho viene a mi mente.

—No me digas que también es un asunto personal, Pryce —me recrimina, al ver que me he quedado pensativo.

—Lo siento, señor, pero lo es.

Reynols se pone de pie y le da un golpe seco a la mesa con la palma de la mano.

—¡Maldita sea, Cole!

Me echo a reír por la intensidad de su reacción, rompiendo momentáneamente la tensión.

—Tienes una semana para cerrarlo —dicta, señalándome con un dedo—. Haré la vista gorda. Y se acabaron los favores.

Salgo del despacho con la mente hecha un caos. ¡Dylan era Lobo!

Esto cambia todo. Y si Kate se entera por alguien más… No. No puedo permitirlo. Pero tampoco sé cómo decírselo sin romper algo que aún no hemos terminado de construir.

¿Cómo demonios se lo digo?

Capítulo 28



El viento me azota la cara, arrancándome las lágrimas que me niego a soltar. Desde hace días, estoy atrapada en un pozo de dudas. Enamorarse debería ser bonito, pero lo que siento por Cole está manchado de sombras. Mi amor está destinado a un hombre que podría estar implicado, directa o indirectamente, en la muerte de mi hermano.

Me gustaría ser lo bastante fuerte como para exigirle respuestas, pero él tampoco parece tener la franqueza para dármelas. Insiste en que no conocía a Dylan. Improbable. Tanto como lo nuestro. ¿Cómo podríamos funcionar si ni siquiera somos capaces de ser honestos el uno con el otro?

—Kate.

Su voz me atraviesa, sacándome de golpe de mis pensamientos. Me giro y lo veo avanzar hacia mí con el ceño fruncido. Estamos a pocos metros de la entrada de mi edificio. Su sola presencia desordena todo dentro de mí, pero su ausencia de los últimos días ha sido peor.

Hunter ha llenado mi cabeza de ideas peligrosas. No sé qué creer. No sé en quién confiar.

—No me coges el teléfono —dice cuando llega a mi lado. No hay reproche en su voz, solo una calma tensa, la misma que siempre me desconcierta.

Niego con la cabeza, incapaz de sostenerle la mirada.

—No puedo, Cole —susurro, sintiendo cómo me tiembla la voz—. No puedo acercarme a ti si no sé en quién confiar. Si Hunter tiene razón… si tú…

Se acerca más. Sus ojos me buscan con una intensidad que me deja sin aire. Siempre me pasa lo mismo con él.

—Puedo imaginar los motivos que tiene tu ex —dice en voz baja, pero firme—. Pero yo no soy responsable de lo que pasó en tu apartamento. Oí lo que insinuó. Jamás te haría daño, Kate.

Lo miro, desesperada por creerle. Por aferrarme a lo que me hace sentir. Pero mi mente vuelve a Dylan. Quizá a mí no me haría daño. ¿Pero a mi hermano?

Me toma el rostro entre las manos y su contacto desarma mi resistencia. Sus labios rozan los míos y el calor de su beso me debilita. No hay fuerza en mi cuerpo para apartarme. Ni siquiera estoy segura de querer hacerlo.

Pero entonces, lo siento en mis entrañas. La duda.

Se me tensa el estómago como si hubiese recibido un puñetazo.

Me aparto, obligándome a respirar.

—Podría confiar en ti si me contaras la verdad de lo que sucedió aquel día —susurro contra sus labios, obligándome a recuperar la razón—. ¿Por qué te involucras ahora? ¿Qué me ocultas?

Su expresión cambia. Parece que lucha consigo mismo. Vacila. Y eso es lo que más miedo me da. Mi corazón comienza a latir con fuerza, esperando una respuesta.

—Lo hago por ti, Kate —dice al fin. Su voz es grave, baja, como si no quisiera que nadie más lo escuchara—. No quiero que te hagan daño. El ataque en tu apartamento es la prueba de que estás en peligro. Tienes que…

Unos pasos rompen la tensión.

—Siempre piden la confianza que no dan, Kate —la voz de Hunter nos congela.

Nos giramos hacia él, entre sorprendidos y asustados. La mirada de Hunter está cargada de urgencia y algo más, casi parece desesperado. No lo había visto así antes.

—No puedo con esto —murmuro, retrocediendo.

Otra pelea. Otra guerra de egos. No quiero ser testigo de más discusiones sin sentido. Pero cuando bajo la vista para darme la vuelta, los escucho bajar la voz. Y la curiosidad me traiciona.

Me oculto en la penumbra de una columna, obligándome a respirar en silencio.

—Tenemos que hablar —dice Cole, con una firmeza contenida.

—No hay nada que hablar —Hunter responde con desprecio—. Deja de inventarte cosas y de molestar a Kate con tus delirios.

Aprieto los puños. Cole no se va a amedrentar, pero si esto sirve para que, por fin, alguien me diga la verdad, entonces que hablen.

—¡Tú no tienes ni idea de lo que está en juego! —exclama Cole, perdiendo la paciencia—. Hay mucho más de lo que imaginas, Hunter. Deja de hacerte el salvador.

La tensión en su tono me asusta. Rara vez lo he oído hablar así. No sé si me asusta más su tono o lo que esas palabras significan.

—Aléjate de ella —le espeta Hunter—. Desde que has aparecido en su vida, es otra persona. Ha perdido la alegría.

Cole suelta una risa baja, sin humor.

—No soy responsable de eso. Si no hubieras interferido desde el principio…

Su voz se apaga. No sé si por rabia o porque no quiere decir lo que realmente piensa. Pero me quedo con su frase. ¿Por qué sería culpa de Hunter?

Mis manos tiemblan. Algo en esta conversación va más allá de una simple disputa.

—Pryce, aclárame algo —la voz de Hunter se vuelve más cortante—. Estabas ahí. ¿Sabes quién le disparó a Dylan? ¿Por qué lo callas? ¿Qué más oculta el FBI sobre este caso? ¿O eres tú quien lo oculta?

Mi corazón se detiene.

Mi ansiedad alarga los segundos.

—No tienes ni puta idea —gruñe Cole, con esa calma peligrosa que solo él sabe manejar.

Hunter espera un segundo antes de lanzar la pregunta como un puñal.

—¿Quién mató a Dylan?

Cierro los ojos.

Silencio.

—No es el momento —dice Cole, con una calma que me desespera.

—Nunca lo será, porque no te conviene —le espeta Hunter.

Pryce solo inspira.

—No eres tú quien debe pedirme explicaciones —Cole dispara de vuelta.

Hunter le rebate algo que no alcanzo a oír.

—Cállate —escupe Cole.

Su humor ha cambiado.

Lo escucho. Lo siento. Y no es suficiente.

Mi respiración se entrecorta. El informe decía que Pryce salió herido en la revuelta en la que Dylan murió. Entonces, si Cole no tiene nada que ver, ¿por qué no se defiende? Yo lo haría. Lo gritaría si fuera necesario. Pero él… él se calla.

Mi mente divaga, buscando respuestas donde solo hay vacío.

Me agarro a la pared para no caer.

No escucho nada más. Me asomo apenas y los veo midiéndose con la mirada. El silencio pesa más que cualquier palabra.

No puede ser tan hijo de puta.

No puede estar ocultándome algo que lo inculpe.

Pero si lo está haciendo…

Aprieto los dientes. La sangre me hierve.

Si Cole Pryce tuvo algo que ver con la muerte de mi hermano, juro que lo haré pagar.

No importa cuánto lo ame.

No importa cuánto me duela.

Si ha mentido…

No voy a detenerme hasta destruirlo.

Capítulo 29



Estoy aquí, discutiendo con este idiota porque Luke me dio un ultimátum, el muy cabrón. Me dejó recapacitando en algo que ya sabía, pero no quería aceptar: no se puede escapar de la verdad para siempre.

—Ve a hablar con ella.

—¿A decirle qué? ¿Que Dylan no era el ángel que imagina? ¿Que lideraba una banda que robaba coches en Manhattan para desmantelarlos en Brooklyn, donde los llenaban hasta el culo de droga, para traficarla en otros estados? ¿Que consumía parte de esa mierda y que lo hacía mientras ella creía que estaba en clase?

—¿Prefieres que siga presumiendo que tú lo mataste o lo que sea que imagine? ¡Dios, eres insoportable! Siempre con el mismo discurso de mártir, como si el peso del mundo estuviera sobre tus hombros. Primero con Mike, ahora con ella. ¿No te cansas de revolcarte en tu culpa? Llámame cuando se te pase la idiotez.

La verdad es que sí, pensé eso.

Luke tiene razón. No puedo seguir así. Ahora bien, debo ser cauto y darle la noticia a Kate de manera que consiga digerirla.

Estoy trabajando con la policía y todos saben lo mal que nos llevamos el FBI con ellos; sin embargo, tengo un par de conocidos que me deben favores.

Vine a verla para advertirle del peligro y prometerle respuestas. No esperaba encontrar a Hunter. Mucho menos su actitud arrogante

y posesiva. Está claro que quiere recuperarla, y yo… yo solo soy un obstáculo en su camino.

—¿Quién mató a Dylan? —pregunta Hunter con veneno en la voz.

Joder, no para.

—No es el momento.

—Nunca lo será, porque no te conviene.

Su insistencia es burda, desesperada. Busca un descuido, una grieta en mi control. Quiere que estalle, que la verdad salga mal, que yo mismo cave mi tumba.

Inspiro profundo antes de responder. No pienso darle el gusto.

—No eres tú quien deba pedirme explicaciones.

—¡Eres un maldito mentiroso! —espeta entre dientes, la mandíbula comprimida.

—Cállate —le digo en voz baja, mientras aprieto los dientes por la impotencia.

Le sostengo la mirada, tranquilo, imperturbable.

—Lloriqueas demasiado para alguien que no tiene derecho a exigir nada.

Justo entonces, Kate aparece a mi lado.

Joder.

Está pálida, con los ojos fijos en mí, buscando respuestas que no sé cómo darle.

Me paso la mano por el cabello, frustrado. No es el momento ni el lugar, pero la verdad es que nunca lo será. Todo está a punto de desmoronarse.

—Hablemos dentro —le ruego.

—Aquí y ahora, Cole —exige con voz firme.

No me deja opción.

Inspiro hondo, otra vez.

—Dylan no era quien pensabas, Kate —comienzo, mi voz me suena extraña, apenas la reconozco como mía—. Hay cosas que necesitas saber.

Su expresión se congela. La incredulidad le nubla los ojos.

—Tu hermano lideraba una banda que robaba coches. Los desmantelaban y los llenaban de droga para distribuirla en otros

estados.

Kate retrocede. Reacciona como si mis palabras fueran golpes. Su mirada cambia de recelo a horror. Su respiración se agita.

Hunter permanece en silencio, observándonos con cautela.

—El día que lo arrestamos… las cosas salieron mal.

Ella niega con la cabeza, con fuerza, con desesperación.

—Eso es mentira.

—No lo es. —Doy un paso, pero se aparta como si mi sola presencia le doliera—. Lo siento, Kate. No quería que te enteraras así.

Los ojos se le llenan de lágrimas, aunque no llora. No todavía. En lugar de eso, la rabia se abre paso.

—No… no, no, no —repite, llevándose las manos a la cabeza. Las lágrimas ya caen libremente por sus mejillas.

—Mike iba a dispararle —confieso, y siento la garganta arder—. Le grité que no lo hiciera. Pero Dylan…

Trago saliva.

—Él también tenía un arma.

Kate se estremece. Su expresión se tuerce en puro horror.

—No.

—Tú viste su alias en los reportes. «Lobo». Ese era él.

—¡Cállate! —su grito corta el aire antes de que su mano impacte contra mi rostro.

El ardor en mi piel es nada comparado con el vacío que deja en su mirada.

Hunter no dice nada, pero lo siento. Está disfrutándolo.

Kate tiembla, atrapada en su propia pesadilla, mientras la verdad la destroza, la rompe por completo. Niega con la cabeza una y otra vez, como si eso pudiera borrar mis palabras.

—No… no puede ser —susurra, con la voz ahogada.

Se lleva las manos a la boca, su cuerpo entero está siendo sacudido por el shock.

Yo doy un paso hacia ella. No sé qué demonios espero, pero no que retroceda tan bruscamente, como si mi sola presencia la asfixiara.

Pero entonces, su mirada se alza y me aniquila.

—No es verdad. No puede ser verdad. —Su pecho sube y baja con fuerza, las lágrimas inundan su rostro—. Estás mintiendo.

Mi mandíbula se tensa. Sé que esto sería difícil, pero verla romperse me golpea más fuerte de lo que esperaba.

—Kate…

—¡No! —grita, tapándose los oídos, como si con eso pudiera bloquear la realidad—. ¡Dylan no era así! ¡Tú no estabas ahí, no lo conocías!

Intento alcanzarla, pero me aparta de un empujón.

—¡Mientes!

—No lo hago. —Mi voz es firme, aunque por dentro todo en mí se desmorona.

Hunter da un paso adelante, colocándose entre nosotros como si ella necesitara protección de mí.

—Vamos, Kate. No tienes que escuchar esto ahora.

Ella está temblando. Atrapada entre dos mundos: el que siempre creyó y el que le estoy mostrando. Su mirada se posa en mí, y en sus ojos solo veo pánico, un rechazo visceral.

—No —afirma, y me señala con un dedo acusador.

En ese instante, Hunter aprovecha y pasa su brazo sobre los hombros de Kate.

Lo que más me duele es ver que ella acepta el contacto.

Capítulo 30



El aire se vuelve pesado, como si la gravedad me aplastara contra el suelo. Siento la piel arder, la sangre latir en mis sienes. Quiero gritarle, escupirle en la cara lo que pienso de él, pero no puedo. Estoy atrapada en mi propio cuerpo, congelada en un instante que no debería existir.

Lo que acaba de decirme Cole no puede ser verdad. No.

Dylan no era un criminal.

Se encontró en el lugar equivocado, atrapado en una red de corrupción en la que el FBI fue juez, jurado y verdugo. Fue un daño colateral. Y no puedo aceptarlo. Nunca pude. Y ahora Pryce pretende hacerme creer que era uno de ellos.

La rabia me araña la garganta, un dolor lacerante se expande en mi pecho.

«Él tenía un arma…».

«Lobo… tú viste ese nombre en los reportes…».

¡No!

Dylan no era capaz de hacer algo así. Recuerdo su risa cuando le enseñaba a patinar en la acera de casa. Sus brazos flacos eran fuertes y me levantaba en volandas para hacerme girar como si todavía fuéramos niños. El hermano que conocí jamás habría empuñado un arma contra alguien. Jamás.

Cierro los ojos y me aferro a la única verdad que me queda. Sacudo la cabeza.

No puedo permitirme dudar. Si lo hago, si siquiera me planteo que Cole pueda tener razón, todo lo que he hecho para limpiar el nombre de mi hermano se irá al garete**.** Y yo con ello.

Siento el brazo de Hunter en mis hombros. Es firme, protector… y asfixiante. Su silencio es más elocuente que cualquier palabra. Sé lo que está pensando. Siempre ha querido que llegara este momento. Que finalmente viera a Cole como el enemigo.

La rabia me consume por completo, pero me niego a dejar que ambos me vean rota.

Me aparto de Hunter de un tirón y alzo la vista. Cole sigue ahí. Lo odio. Lo odio por cada palabra, por cada verdad que intenta imponerme, por la culpa reflejada en sus ojos. Y lo odio aún más porque parte de mí quiere creerle, quiere dudar de lo que dijo y encontrar una excusa. Cualquiera.

—Vete, Cole —mi voz tiembla, pero no me importa—. No quiero verte nunca más.

Cole se queda inmóvil. Su mandíbula se tensa, y por un segundo creo que va a replicar. Pero no lo hace. No lucha. No me da razones para no odiarlo.

Cada paso que da alejándose de mí es como un puñal clavándose más hondo en mi pecho y se lleva una parte de la esperanza que me quedaba. Cuando por fin desaparece, el suelo bajo mis pies parece desmoronarse.

Y entonces, me hago consciente de las lágrimas.

Estas no son por Dylan. Son por mí. Por haber creído, aunque fuera por un segundo, que Cole podría haber sido diferente.

—Kate… —murmura Hunter, con voz baja, complaciente.

No necesito que hable. Sé lo que quiere decirme.

—Necesito estar sola, si no te importa.

No espero su respuesta.

Me giro hacia el edificio y comienzo a alejarme, ignorándolo.

Saco el móvil y llamo a mi madre.

Tienen que saber lo que está sucediendo. Ellos me confirmarán lo que siempre supe. Dylan es inocente. Buscaré el consejo de un abogado y luego, tal vez, vaya a la policía.

No me quedaré de brazos cruzados mientras lo culpan por conveniencia.

Capítulo 31



Una semana después

Me ajusto el chaleco antibalas por última vez y reviso la carga de mi arma. Llevo la corredera hacia atrás, dejando una bala lista en la recámara, y aseguro el rifle en su sitio. Hago una seña al equipo para que se dispersen, cada uno en su posición.

No voy a permitir errores. No esta vez.

Han sido días de cacería, de seguir rastros apenas perceptibles, de noches en vela con la esperanza de que esta vez consigamos cerrar el maldito caso de una vez por todas. Tras el golpe que les dimos hace dos años, lograron reagruparse. Siempre hay cabos sueltos que se esconden y un buen día… Sabemos hacer nuestro trabajo de inteligencia.

Después del ataque a Kate, no hubo tregua. Su denuncia fue el hilo que nos condujo hasta aquí, hasta este almacén, donde pondremos fin a su persecución.

Por Mike. Por Kate. Por mí.

—Sin disparos —ordeno con voz firme.

No quiero que ningún cabrón tenga la excusa de morir antes de cantar. Nos van a decir hasta lo que cenaron anoche.

Vamos a entrar en su madriguera, un agujero de mala muerte en medio de la nada, el refugio donde se escondieron.

—Entramos —aviso. Y avanzo con el rifle pegado al hombro, el ojo en la mira y la respiración medida.

Es hora de terminar esto.

Tres horas más tarde, con ocho detenidos y algunos cargadores vacíos, me dirijo a la comisaría que intervino junto a mi equipo. Necesitan que reconozca a los atacantes de Kate. Una tarea difícil, pues iban encapuchados, pero insisten en que lo intente.

El reconocimiento es una mierda, como esperaba. No puedo identificar a ninguno.

Salgo de la sala, exhausto y sudoroso, con la ropa de trabajo aún puesta, frotándome la nuca, y al levantar la vista la veo.

Kate.

El golpe es instantáneo, brutal. No porque no supiera que podía encontrarla aquí, sino porque no estaba preparado para lo que me hace sentir.

Joder.

Está a unos metros, con la sorpresa escrita en la cara. Nos quedamos así, mirándonos, incapaces de decir nada. Intento sonreírle, pero solo consigo torcer los labios.

Ella sí sonríe. Y joder, es como si acabara de encender todas las luces del puto mundo.

—No has podido reconocerlos, ¿verdad? —pregunta, inclinando la cabeza hacia la puerta.

Me cuesta centrarme en la conversación cuando su sola presencia me está desarmando.

—No —respondo con voz ronca—. ¿Tú?

—A uno —susurra—. Jason. El que vi en el barrio. También reconocí su voz.

—Me alegro. Ya estás a salvo, enfermera.

La forma en que sus labios se curvan me dice que no ha olvidado cómo solía llamarla. No ha olvidado nada.

—Gracias a ti —dice suavemente—. Supongo que eras parte del equipo que los atrapó.

—Culpable.

Me meto las manos en los bolsillos, alejándome un poco de ella y del deseo que me golpea como un disparo directo al pecho.

Me observa, elevando las cejas después de repasarme de arriba abajo y aprieta con fuerza la correa de su bolso.

—Te queda bien —me dice, señalándome con un gesto.

No sé cómo responder, así que hago una mueca juguetona, lo que provoca que ponga los ojos en blanco.

Ríe.

Su risa es baja, íntima, como si estuviéramos compartiendo un secreto.

—No cambias —susurra.

—Lo haría por ti.

No dudaría en hacerlo. Si con eso logro quedarme a su lado, lo haría sin pensarlo dos veces.

Me acerco un paso, lo suficiente para sentir su respiración contra mi piel. Su mirada es un anzuelo, una invitación clara.

Sus labios se separan apenas. Su pecho sube y baja con más rapidez**.** Dios, si me quedo aquí un segundo más, voy a perder el control.

—Estoy segura de que sí —responde en un murmullo.

Ese sonido es mi condena.

—¿Tomamos un café? —pregunta, como si fuera la cosa más sencilla del mundo.

Pero no lo es. Nada de esto es tan simple ni fácil**.**

Miro mi reloj y maldigo por lo bajo.

—¡Pryce! —grita uno de mis compañeros desde la puerta.

Aprieto los dientes. Mal *timing*, cabrón.

—Voy —respondo, pero mi mirada sigue clavada en ella—. ¿En mi casa? ¿Ocho en punto?

Ella asiente, y su sonrisa me vuelve a joder por completo. Es tan hermosa que duele.

Empiezo a alejarme, caminando de espaldas, sin dejar de mirarla.

Y entonces, la pregunta me sale sola:

—¿Qué ha cambiado?

Kate se acaricia el pecho, justo donde late su corazón. Es un gesto pequeño. Sutil. Pero me dice muchas cosas que me devuelven la ilusión.

—Todo.

La palabra queda suspendida en el aire y mi autocontrol se hace pedazos.

Corro hacia ella sin pensarlo. La tomo de la cara y la beso**.**

Joder, si la beso.

Fuerte. Desesperado. Salvaje.

Kate me recibe con un gemido ahogado, abriéndose para mí, dejándome devorarla con cada beso. Mis manos se hunden en su cabello, su sabor me llena la boca y todo en mí reconoce que soy suyo. Que siempre ha sido así.

Cuando me separo, su mirada está vidriosa. Sus labios rojos, hinchados por mis besos son una provocación.

Me acerco a su oído y murmuro con voz áspera:

—Para que vayas sabiendo cuáles son mis intenciones.

Ella ríe suavemente, pero no me responde.

No necesita hacerlo. Ya lo sé.

Capítulo 32



No esperaba ver a Cole hoy. Después de días sin saber nada de él, pensaba llamarlo. Disculparme. Agradecerle. Pero me lo encontré inesperadamente y no supe cómo actuar.

Lo que hizo… me lo tomo como algo personal, porque sé que no estaba en sus planes revivir el peor día de su vida. Ese día que aún lo persigue. Aun así, se metió de lleno en la operación para acabar con lo que quedaba de la banda de Dylan. Es duro reconocerlo, pero es la verdad.

Conocer a Cole me trajo emociones contradictorias. Me enamoré de él, pero también fue quien me obligó a ver la peor cara de mi hermano menor. Me dolió como nada en el mundo escucharlo decir esas palabras, la verdad que hubiese preferido no saber. Hoy lo entiendo: era la verdad que mi familia necesitaba para volver a vivir en paz. ¿Podría culpar al mensajero? No, claro que no. Cole no lo hizo mal.

Verlo ahora con la ropa del FBI… Uf. Mejor no decir en voz alta lo que me pasa, no quiero que me arresten por faltarle el respeto a un agente de la ley.

Cole despierta en mí un sinfín de emociones intensas. No es solo su apariencia. Es su voz. Su mirada. La forma en que me hace sentir bien, incluso cuando sus palabras me destrozan. Como aquella vez… Cuando me dijo la verdad sobre Dylan.

Quise odiarlo. Luché contra él, contra la verdad, contra mí misma. Pero era inútil. La verdad había salido a la luz y solo tenía

que asumirla. Mis padres me lo confirmaron después: siempre lo supieron, pero guardaron silencio. Los amenazaron. Callaron por miedo. Callaron por mí.

Ese secreto los destruyó. Mi padre quiso contarme y mi madre lo detuvo. Su matrimonio se rompió por ese maldito secreto. Nuestra familia también. Y yo… pasé demasiado tiempo sin saber a quién culpar.

Ahora intentan recomponer lo que quedó. Igual que yo. Denuncié el ataque. Fui a la tumba de Dylan. Estoy aprendiendo a perdonarme para, algún día, poder perdonarlo a él.

Ahora, tengo que lidiar con Cole Pryce.

La puerta de su apartamento está a solo unos pasos. No debería estar tan nerviosa. No después de todo lo que hemos pasado. Pero aquí estoy, con el estómago revuelto y las manos sudorosas mientras el ascensor se detiene en su piso.

Inspiro hondo. Cierro los ojos. Cuento hasta cinco.

Uno. La última vez que lo vi, me besó con la misma intensidad con la que discutimos.

Dos. En cuanto supe lo que había hecho por mí, supe que lo había perdonado.

Tres. Pero, ¿y si él no me ha perdonado a mí?

Cuatro. ¿Y si esto es un error?

Cinco. No, no lo es.

Levanto la mano para llamar a la puerta, pero su voz me interrumpe, apareciendo antes de que pueda hacerlo.

—¿Te arrepientes de haber venido, enfermera?

Siempre ha sido impaciente.

Alzo la vista y ahí está. Apoyado en el marco de la puerta, con su camisa remangada y ese aire de seguridad que siempre me desarma. Su mirada atrapa la mía y, en un segundo, todo lo que planeaba decir se evapora. No hará falta una conversación larga sobre lo que hicimos o pensamos estos últimos días sin vernos.

Él sabe que estoy al tanto de lo que hizo y yo sé que lo hizo por mí.

Nada ha cambiado entre nosotros.

Abro mi bolso y rebusco mientras respondo a su pulla:

—¿Arrepentirme? Si hasta he traído mi cepillo de dientes, sé que lo tengo por aquí. ¿Qué cajones me corresponden en el armario?

Su risa resuena en el pasillo, grave y profunda. Me observa entrar con los ojos recorriendo cada curva de mi cuerpo sin disimulo.

—¿Te gusta? —pregunto, girando para dejarle admirar el vestido corto y ajustado que elegí a propósito.

—Mucho —responde en un susurro ronco.

Trata de abrazarme, pero me aparto con un paso.

—Tenemos que hablar.

—No me toques los cojones —sonríe, sabiendo lo mucho que me irrita esa expresión.

Aunque se cruza de brazos y frunce el ceño, esperando ¿qué? ¿Una discusión?

No he venido a eso. Ya tuvimos suficiente.

—Sé lo que hiciste y lo que pasó con la banda de Dylan, y quiero agradecértelo. También necesito pedirte perdón —le explico, descalzándome lentamente, comenzando un juego que parece entender.

Tuerce un poco la cabeza y se muerde el labio. Sus brazos caen flojos a su lado. Acaba de entenderlo, sus ojos me lo confirman.

—Perdón aceptado. Y no tienes nada que agradecer —responde con un gesto pícaro, señalando los tirantes de mi vestido en clara invitación. Lo hago despacio y dejo que su mirada me devore.

Es el momento perfecto para soltar la bomba que detonó en su ausencia.

—Hunter ayudó a Dylan en varias oportunidades. Lo curó cuando se metía en problemas.

—¿¡Qué!? Repite eso —su voz se endurece al instante. Sabía que esto lo pondría tenso.

Se aleja, patea la pared y gruñe, conteniendo mil exabruptos que estoy seguro que quiere soltar por su bonita boca.

—Joder, lo tuve delante todo este tiempo. Y no lo vi —murmura, impotente.

Me acerco y le acaricio los antebrazos. Su primera intención es rechazarme, pero no lo hace.

—Él lo sabía todo y no quería que investigaran por miedo a verse implicado.

—Hijo de puta —masculla, pasándose las manos por el cabello mientras camina en círculos. Ya conozco sus reacciones.

—Renuncié al hospital, Cole. Ya tengo otro trabajo en mente. No lo veré más y no pienso perdonarlo.

Se detiene. Se acerca con zancadas firmes y envuelve mi rostro con sus manos cálidas.

—Lo siento —susurra, apoyando su frente en la mía.

—Estoy bien. No me importa Hunter —le aseguro.

—Bien, esa es mi chica —murmura antes de besarme con suavidad. Luego, con esa sonrisa traviesa que me encanta, añade—: ¿En qué estábamos? Ah, sí. Te desnudabas para mí.

Se acomoda en el sofá, relajado pero expectante, con esa masculinidad que despliega con tanta facilidad. Camino hacia él, lenta, deliberadamente. Me siento a horcajadas sobre su regazo y muerdo su labio inferior con suavidad.

—¿Me ayudas?

No termino la frase. En un movimiento ágil, él desliza mi vestido por encima de mi cabeza y lo deja caer al suelo. Sus dedos recorren mi piel con precisión, arrancándome suspiros que parecen gustarle.

—Me tiemblan las manos —confiesa, su voz ronca. Sus palmas recorren mis costados y rozan mis senos con una delicadeza que me hace gemir—. Quiero ir lento y no puedo.

—Yo tampoco puedo ir lento —digo, arqueándome contra él.

Sus labios encuentran los míos en un beso cargado de anhelo. Su lengua explora, domina, exige todo de mí mientras nuestras respiraciones se entremezclan. Mi cuerpo se arquea por propia voluntad y busca el roce de su erección a través de la ropa.

—Los condones están en el dormitorio —murmura contra mi boca, levantándome con facilidad.

Nos tambaleamos hacia la habitación, chocando con las paredes y sin detenernos ni un instante. Se deshace de los pantalones con movimientos desesperados. Yo me aferro a él, con las piernas enredadas en su cintura y las uñas arañando la piel de sus hombros.

Me deja de pie junto a la cama. Sus pupilas nunca abandonan las mías. Abre el cajón y saca un condón, se lo coloca con precisión y rapidez, para no perder tiempo. Y antes de que pueda procesarlo, me toma de nuevo en brazos, empujándome con suavidad contra la pared.

El primer toque es lento, casi insoportable. Lo siento deslizarse dentro de mí, llenándome, estirándome, haciéndome sentir cada centímetro. Mis gemidos quedan atrapados entre sus labios cuando nuestras bocas se buscan de nuevo.

—Dime algo —jadea. Su aliento cálido rebota contra mi cuello y me encanta.

—Te amo. La confesión escapa sin filtro, directa desde el fondo de mi pecho.

Se detiene de inmediato.

El silencio lo envuelve todo.

¿Qué hice?

—Cole…

Me acaricia la mejilla y besa mi frente. Me mira con una intensidad que me quita el aire, guiña un ojo y dibuja una sonrisa que apenas curva sus labios antes de hundirse de nuevo en mí con un movimiento certero que me arranca un grito ahogado.

—No creo que me ames más de lo que yo te amo a ti —responde con una mueca desafiante y vuelve a moverse, esta vez, con más fuerza. Sus caderas chocan contra las mías en un ritmo que me ahoga.

Mi corazón acaba de detenerse por el susto, pero él lo volvió a la vida con sus palabras.

—Eso está por verse —lo pincho para no ponerme melancólica.

Me muevo, buscando su compás, desafiándolo, invitándolo a perderse conmigo.

Y se pierde. Nos perdemos juntos.

Sus manos encuentran mis pechos, sus dedos los acarician y su boca desciende, capturando mis pezones uno por uno. Cada succión, cada caricia, cada embestida me lleva más cerca del clímax, hasta que el placer estalla en mí como un incendio incontrolable.

Mi cuerpo tiembla contra el suyo. Estoy desbordada, agotada, pero completamente satisfecha. Me acaricia el rostro y aparta los mechones pegados a mi piel húmeda. Todavía está dentro de mí y nuestras respiraciones desordenadas llenan el silencio de la habitación.

—Pensé que te había perdido —susurra con una emoción que no intenta ocultar.

—Ya ves que no. Perdóname por… —No me deja acabar la frase.

Su boca toma la mía con urgencia, robándome las palabras y el aliento en un beso que lo dice todo.

No importa. Habrá tiempo para disculpas y explicaciones. Ahora, lo único importante es que no quiero, y tampoco puedo, alejarme de él nunca más.

Epílogo.

Un mes después.

La tarde está tranquila. La luz del sol atraviesa las cortinas y llena el espacio de una calidez que trasciende lo físico. Kate está en la cocina. Preparará lo que insiste en llamar *café gourmet*. Yo me recuesto en el sofá, esperando el dichoso café, y disfruto del momento.

Oigo sus pasos ligeros acercándose.

—¿Qué? Levanto una ceja al ver su mueca juguetona. Esa expresión suele ser el preludio de un comentario que me hará querer discutir solo por diversión.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de ti, *agente Pryce*? —pregunta, cruzándose de brazos, mirándome como si fuera a darme una conferencia.

—Bueno, podría darte una lista, pero sorpréndeme.

—Que eres un dolor de cabeza constante y, de alguna manera, consigues que padecerte valga la pena.

—Vaya, eso ha sido *casi* un cumplido, enfermera.

La observo acercarse, gira un mechón de cabello con los dedos y pone carita de traviesa.

—¿O te estás volviendo sentimental? —pregunto con sorna.

No te emociones —responde, con esa chispa que me atrapó desde el primer momento. Da unos pasos hasta quedar frente a mí —. Todavía tienes que aprender a lavar los platos si quieres que esto funcione. ¡Mira ese desastre!

Suelto una carcajada y sacudo la cabeza. Así avanza esto entre nosotros: con sarcasmos y un tira y afloja que se ha vuelto la columna vertebral de nuestra relación.

Le rodeo por la cintura y ella se sienta a horcajadas en mis piernas.

—¿Sabes? Nunca pensé que acabaría aquí, contigo. Siempre estaba atrapada en lo que ya no podía cambiar. Y entonces… llegaste tú. Con tus ironías, tu falta de respeto por las reglas y con tu forma de colarte en mi vida sin pedir permiso… —Hace una pausa y acaricia mis mejillas—. Me hiciste ver que el presente podía valer la pena.

La estudio un momento, saboreando sus palabras. Aunque no soy fan de los discursos emotivos, esta también es Kate y si ella se permite ser vulnerable, ¿quién soy yo para impedírselo?

—Oye, si hasta parece que estás admitiendo que te cambié la vida —digo, con burla.

—No te equivoques. Si algo ha cambiado en mí, es porque decidí dejar de vivir con arrepentimientos. Tú solo… —hace un gesto con la mano, restándole importancia— me empujaste un poco.

—Entonces supongo que tendré que seguir empujándote —murmuro contra su cuello. Su risa se corta en un suspiro cuando mis labios trazan un camino descendente—. Lo que tenemos no va a ser fácil. Nunca lo es, no conmigo. Pero no voy a dejar que te escapes de mí otra vez. Gracias a ti, también aprendí a vivir el aquí y el ahora. Y bien sabes que estaba tan atrapado en el pasado como tú.

—¿Quién se ha puesto ñoño ahora? —me pincha, pero le robo un beso rápido y le muerdo el labio antes de que pueda decir algo más. Ella enreda los dedos en mi cabello.

—Entonces, ¿tomamos ese café o hacemos otra cosa, Kate Martins? —pregunto, dándome aires de sexy e insinuando mis intenciones.

—Primero, lavas los platos.

Antes de que pueda protestar, un golpe fuerte en la puerta interrumpe el momento.

Kate suspira y va a abrir.

Luke entra sin esperar invitación, como siempre.

—¿Otra vez aquí? No te cansas, ¿verdad? —pregunta a Kate, solo para molestarla.

Ella ya va de camino a la cocina otra vez, ignorándolo.

—Necesito una cerveza, aunque un café tampoco estaría mal —dice, desplomándose en una silla.

—¿No pasabas el fin de semana con tu chica? La tóxica —le suelto.

Si bien frunce el ceño, hay una sombra de humor en su mirada.

—No me hables de eso.

—¿Qué ha pasado con ella? —pregunta Kate desde la cocina.

Luke exhala con fastidio.

—Sabes cómo es. No todos podemos tener finales felices.

—¿Eso crees? —insiste Kate—. Tal vez buscas en la dirección equivocada.

Luke eleva una ceja, sorprendido, pero no responde de inmediato. Se limita a suspirar, esquivando cualquier conversación seria.

—Estoy bien con lo que tengo —responde finalmente, encogiéndose de hombros, como si le diera igual—. Mi tren ya pasó.

Se hace un breve silencio.

—Bueno, Luc, si decides que estás cansado de buscar finales equivocados, avísanos. A lo mejor podrías aprender algo de Cole —bromea Kate.

—Ya veremos, cuando el trabajo me deje tiempo para pensar en otra cosa.

Lo ha repetido tanto que ha terminado por creérselo. Siempre se escuda en su trabajo para no lidiar con lo demás. Lo sé porque yo también fui un experto en eso.

—No creo que el trabajo sea el problema —le digo, porque yo también puedo ser molesto.

Luke suelta un resoplido y se pone de pie.

—¿Sabes qué? Debería irme antes de que sigáis con vuestra terapia de pareja. Algunos tenemos cosas que hacer, incendios que apagar, por ejemplo, o gatitos que rescatar.

Kate vuelve al salón con la bandeja de café y galletas justo en el instante que Luke sale por la puerta.

—¿Qué le pasa? —pregunta.

—Le pasa que sigue corriendo en círculos para no enfrentarse a nada. —Me encojo de hombros—. Ya se cansará.

Mi chica me observa, evaluando mis palabras. Luego, con ese típico sarcasmo y esa infinita ternura que la hace única, se inclina

hacia mí.

—A lo mejor tienes más en común con Luke de lo que te gusta admitir, Cole. Solo que tú has aprendido a dejar de huir al conocerme.

—¿Eso crees? —Levanto una ceja.

—Eso creo. Porque si no, seguirías solo, sobreviviendo a base de pizza y cerveza, y sufriendo pesadillas. Mírate ahora, tomando un perfecto *café gourmet*.

Sonrío, porque tiene razón.

—No sé de qué hablas —miento descaradamente, dándole otro sorbo a mi *café gourmet*.

Fin

Déjame tu opinión o comentario:
¿Te gustó? Escanea o toca y cuéntamelo.

Gracias a...

Escribir un libro es un viaje solitario en muchos aspectos, no me cansaré de decirlo, pero nunca se recorre completamente en soledad. Este segundo libro tampoco existiría sin el apoyo, la paciencia y el cariño de personas increíbles que hacen que todo valga la pena.

A mi familia, gracias por ser el refugio al que siempre puedo volver. Por las conversaciones interminables, los cafés compartidos y por recordarme, incluso en mis momentos de mayor caos, que puedo con todo.

A mis amigas, mis compañeras de sueños y batallas, gracias por vuestro entusiasmo inagotable, por celebrar cada logro como si fuera vuestro y por empujarme a seguir adelante cuando la inseguridad intentaba colarse entre las palabras. Qué mundo más bonito es el de las letras.

A mis lectoras cero, LAS CRITICONAS, que hacen honor a su nombre con cada comentario afilado, cada observación quirúrgica y, sobre todo, con su pasión por mejorar la historia. Sin vosotras, este libro no sería lo que es.

A Melody Bloom, Analista de Investigación de Mercados, por ir más allá del análisis y convertirse en una cómplice en este proceso. Y a Calice Libros, por hacer la portada que soñé para esta historia.

Y, por supuesto, a vosotras, las lectoras. Gracias por confiar en mí, por enamoraros de estos personajes y por dejaros atrapar por cada cruce de miradas, cada conversación cargada de tensión y cada diálogo punzante que hace que la chispa nunca se apague. Esta no es solo una historia de amor, es también un duelo de voluntades entre dos personas que aprenden a amarse entre las dudas, la pasión y la ironía. Porque, al final, ¿qué sería del amor sin unas cuantas réplicas mordaces?

Ojalá que al leer este libro encuentres algo que te haga sentir, soñar y, sobre todo, creer en el poder del amor… y en que un buen café puede solucionar más de lo que parece. Lo del café no tiene que ver con la historia, pero es un consejo que quería darte.

Con todo mi cariño y un toque de misterio,
Mía Cross

Mia Cross

Soy Mía Cross, apasionada de la lectura, la música, el cine y, cómo no, el café. Como escritora, mi misión es clara: atraparte desde la primera página y no soltarte hasta que llegues al último suspiro, justo cuando leas la palabra «FIN».

Me encanta crear historias que combinan romance apasionado con un toque de suspense, esas que te hacen soñar, emocionarte y, de vez en cuando, morderte las uñas. Mi amor por contar historias nació leyendo bajo las sábanas y desde entonces he trabajado mi estilo para ofrecer tramas que aceleren tu corazón y mantengan tu mente llena de preguntas.

Para mí, escribir no es un trabajo solitario, sino una forma de conectar contigo. Cada novela es una invitación a perderte en mundos donde el amor y el peligro se entrelazan para crear momentos inolvidables.

¿Te animas a acompañarme? Te prometo un viaje que no querrás que termine.



Mantengamos en contacto

Mis redes sociales:

Conecta conmigo: novedades, eventos y sorpresas.

Déjame tu opinión o comentario:

¿Te gustó? Escanea o toca y cuéntamelo.

Si quieres más: No te pierdas nada de mi contenido exclusivo, adelantos y mucho más. Participa activamente, escanea y suscríbete. Escribamos juntas lo que viene.